

Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea N° 71



TOTALISMO POLÍTICO LE PEN Y EL *FRONT NATIONAL*



Alexandre Doma
*La renovación neo-
populista del Frente
Nacional en Francia*



Jesús J. Sebastián
*Relaciones peligrosas:
Un relato sobre la
«Nouvelle Droite» y el
«Front National»*

Elementos

Metapolítica para una Civilización Europea

Director:
Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com



Elementos N° 71

TOTALISMO POLÍTICO LE PEN Y EL FRONT NATIONAL

**[http://urkultur-imperium-
europa.blogspot.com.es/](http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/)**

Sumario

El Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen,
por *José L. Rodríguez Jiménez*, 3

La renovación neo-populista del Frente
Nacional en Francia, por *Alexandre Dorna*, 15

El “Totalismo ideológico” en el Front
National, por *Miguel Ángel Simón*, 28

Relaciones peligrosas: Un relato sobre la
«Nouvelle Droite» y el «Front National»,
por *Jesús J. Sebastián*, 41

Algo ha cambiado en el Front National:
Marine Le Pen ha vencido,
por *Ernesto Milá*, 52

Le Pen, ¿la opción de los trabajadores?,
por *Michel Wiewiorka*, 59

Front National: el partido de la juventud y del
obrero, por *Área Identitaria*, 64

La derecha radical populista en Europa:
discurso, electorado y explicaciones,
por *Aitor Hernández-Carr*, 67

La claves del fenómeno Le Pen,
por *Fernando José Vaquero Oroquieta*, 79

Doce tesis para un Frente Nacional (en
España) (1999). ¿Para qué el Frente? ¿Cómo?
¿Hacia dónde?, por *Ernesto Milá*, 82

El Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen

José L. Rodríguez Jiménez

1. La reorganización de la extrema derecha

Cuando, en abril de 1964, Tixier-Vignancour anunció su candidatura a la Presidencia de la República, una buena parte de los desorganizados grupos de la extrema derecha le ofreció su apoyo para la campaña. Tixier-Vignancour había sido diputado para la Asamblea Nacional en 1936, subsecretario de Estado para la Información con el régimen de Vichy y había alcanzado notoriedad como abogado de los dirigentes de la OAS Salan y Bastien-Thiry. Aunque Tixier procuró ampliar las bases de su campaña, negándose a aceptar la etiqueta de extrema derecha, casi todos los que colaboraron directamente en apoyo de la misma procedían de Jeune Nation, Europe Action, Fédération des Étudiants Nationalistes, Fédération des Français d'Algérie y Les Amis d'Antoine Argoud (dirigente de la OAS); sin embargo, Poujade y parte de los integristas católicos le negaron su apoyo. Sólo obtuvo el 5 por 100 de los sufragios. Nuevamente, con el respaldo de núcleos monárquicos, neofascistas, ultranacionalistas y anticomunistas, fundó en 1966 la Alliance Républicaine pour la Liberté et le Progrès, pero con escaso éxito (fracasó rotundamente en las elecciones parlamentarias de 1967) y continuidad.

Ante los cambios experimentados por la sociedad occidental y especialmente por la francesa, en la que influyen de forma especial los acontecimientos del «mayo francés», los dirigentes y estrategias más perspicaces de la extrema derecha se dieron cuenta de la necesidad de buscar nuevos argumentos y métodos de exposición menos ligados al pasado. Todos sabían perfectamente que el electorado conservador nunca había confiado en ellos.

Como en años anteriores, en la extrema derecha encontramos un maremágnum de asociaciones, partidos y ligas sumidas en un mundo de «fantasías elaboradas sobre lo que había sucedido o sobre lo que en realidad podría suceder». A finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, al margen de algunas asociaciones que funcionaban en la Universidad, la más importante de las cuales era el grupo de Unión de Derecho, la extrema derecha tan sólo hacía sentir su presencia mediante un activismo desorganizado y extremadamente violento, como era el protagonizado por el Movimiento Occidente y la Asociación de Combatientes de la Unión Francesa.

Sin embargo, es en esta época cuando determinados sectores de la extrema derecha comienzan a confeccionar un proyecto de partido populista de «derecha nacional», distanciado, aunque sólo teóricamente, del activismo y de las declaraciones abiertamente profascistas. Así, en octubre de 1972, en parte sobre las bases del diluido Ordre Nouveau (una asociación creada a raíz del «mayo francés» por el abogado y profesor universitario Jean François Galvaire), se crea el Frente Nacional (FN), partido surgido de un cruce de tendencias del «nacionalismo revolucionario» y de la «derecha nacional» y que aspiraba a seguir los pasos del Movimiento Social Italiano; poco después, en noviembre de 1974, se pone en funcionamiento otro nuevo partido de extrema derecha, el Parti des Forces Nouvelles (PFN).

El PFN arrastró en un principio a algunos cuadros intermedios de la extrema derecha desilusionados por los pobres resultados obtenidos por el Frente Nacional en las elecciones legislativas de 1973. Dirigido por Alain Roben, uno de los fundadores de Ordre Nouveau, y el historiador Pascal Gauchon, consiguió atraer a ex militantes de Occident y Ordre Nouveau, movimientos que habían sido disueltos a causa de la persecución policial y posterior legalización; sobre esta base y los grupos de Unión y Defensa, asociación universitaria creada tras los acontecimientos de mayo de 1968, y la Union

des Lyceens Nationalistes, formada por estudiantes de bachillerato, se constituyó el Front de la Jeunesse (Frente de la Juventud), la principal fuerza activista del PFN. Su propaganda se centraba básicamente en la demanda de medidas frente a la inmigración y en la invocación de un gobierno «fuerte». Aunque hasta comienzos de los años ochenta consiguió aventajar en respaldo popular y capacidad de agitación al Frente Nacional, para 1984 había entrado en un proceso de autodisolución. Mientras el Frente Nacional buscaba crear un movimiento con respaldo social y popular, aunque representase a una reducida base del electorado, el PFN practicó el «entrismo», buscando aproximarse a la derecha giscardiana en el poder y a los neogoullistas, además de relacionarse con la «nueva derecha». De esta estrategia, acusando a Le Pen de ser un dirigente dictatorial y al Frente Nacional de practicar una política poco realista, al tiempo que trataba de influir en el partido de Chirac y conseguir puestos en sus listas electorales, pensando que sería incapaz por sí solo de captar un electorado amplio que proporcionase una representación en las instituciones, el PFN iba a obtener escasos beneficios. En cambio, facilitó el camino al Frente Nacional.

2. Los inicios del Frente Nacional

Hasta la llegada de la década de los ochenta el Frente Nacional no fue sino una fuerza minúscula. Fundado por Jean-Marie Le Pen en octubre de 1972, el partido retomaba el nombre de la alianza ultraderechista conformada en Francia en los años treinta (cuyos ecos no tardaron en llegar a España de manos de los falangistas y la derecha radical), y en sus inicios se limitó a reagrupar a una parte de los simpatizantes de los numerosos y en declive grupúsculos de extrema derecha (el núcleo de Le Pen y el procedente del disuelto *Ordre Nouveau*) y a los antiguos colaboradores del gobierno de Vichy.

Sin embargo, de forma paulatina el Frente Nacional ha protagonizado el resurgimiento de la extrema derecha en Francia, influyendo poderosamente en otras formaciones europeas de extrema derecha y ultranacionalistas, y ha contribuido a modificar los argumentos y el

tono del debate político francés de los últimos años. Ha sabido movilizar a un núcleo importante de ciudadanos en torno al tema de la inmigración y la inseguridad en los grandes centros urbanos y rentabilizar los movimientos de protesta contra las distintas políticas gubernamentales. No cabe duda de que el descrédito del régimen de Vichy y la continua vinculación de determinados dirigentes y militantes de extrema derecha a organizaciones terroristas, había constituido un lastre del que sólo pareció comenzar a librarse en los años ochenta, en gran parte gracias al respaldo que en algunos núcleos de la sociedad francesa ha encontrado el discurso antiinmigracionista. Como señala Chebel d'Appollonia, la extrema derecha estaba necesitada de una estrategia unitaria y de una renovación doctrinal, y el Frente Nacional ha sido capaz de cubrir este vacío explotando los temores surgidos con la crisis económica y la ausencia de perspectivas, presentándose como un movimiento contra el declive y capaz de apaciguar las inquietudes individuales y colectivas, así como sus modos de manifestación.



El partido ha buscado desde sus inicios aparecer ante la opinión pública como la representación de la «derecha nacional» o, más bien, de un movimiento nacionalista interclasista, mucho más que como una agrupación de militantes neofascistas, lo que ha provocado la salida de algunos de sus miembros más radicales. Pero pese a que el partido ha procurado distanciarse de la extrema derecha paramilitar, no ha dejado de estimular las actitudes y ataques xenófobos. Así, en el partido, junto a una tendencia monárquica y una tendencia puramente

ultranacionalista, convive una tendencia nacional- revolucionaria o neofascista. Esta se encuentra agrupada en los Grupos Nacional Revolucionarios, creados por Francois Duprat, y Agenda Europea y Anne Zéro, publicaciones ambas plagadas de citas de Hitler y de los intelectuales fascistas y de argumentaciones sobre biopolítica en la órbita de la «nueva derecha»; se trata de textos eminentemente racistas en los que se afirma que los pueblos europeos tienen unos comunes rivales exteriores y los mismos enemigos interiores, lo que debería facilitar la unión de las naciones europeas en defensa de unos «ideales superiores» enfrentados a los intereses de los comunistas y las «razas inferiores».

Los órganos publicísticos del partido son Le National (mensual) y National Hebdo (semanal), aparte de contar con el apoyo del diario Le Présent y de otras publicaciones menores como Rivarol, Aspects de la France y Le Crapouillet. Cuenta además con una importante organización juvenil, el Front National de la Jeunesse. Una parte de los miembros más activos del Frente Nacional ha colaborado en la creación de la asociación racista SOS-France (en contraposición a SOS-Racismo) y mantiene estrechas relaciones con los foros intelectuales de la Nouvelle Droite, como son el Club de l'Horlage (varios de sus miembros, Yvon Blot, Bruno Mégret, Jean Yves Le Gallou, han sido diputados del Frente Nacional) y el Groupement de Recherche et d'Étude pour la Civilisation Européenne (GRECE). En esta coyuntura, la «nueva derecha» buscaba distanciarse tanto del activismo de la extrema derecha como de las posiciones tradicionales de la derecha conservadora para convertirse en foco irradiador a nivel cultural e ideológico. Con este propósito, el GRECE puso en marcha en 1969 la revista Nouvelle École, coordinada por Alain de Benoist, y, posteriormente, Elements. La editorial de la asociación, Copernic, se ha especializado desde entonces en trabajos de evocación de la raza indoeuropea, el paganismo y en la crítica de los postulados del universalismo humanista, manipulando o utilizando de forma parcial estudios científicos sobre antropología,

genética, astrofísica o microfísica, siempre para justificar sus posiciones racistas y elitistas.

Pero si queremos analizar el proceso de reorganización de la extrema derecha francesa, no cabe duda de que la carrera política de Jean Mane Le Pen nos ilustra sobre su funcionamiento en el transcurso de las cuatro últimas décadas.

3. La carrera política de Le Pen

Nacido en junio de 1928 en una familia de agricultores, existen dudas sobre si Le Pen se incorporó o no a la resistencia contra los alemanes en las últimas semanas de la guerra. Presidente de la asociación de estudiantes de derecho del Instituto de Ciencias Políticas, pronto comenzó a demostrar su capacidad de acción y agitación participando en manifestaciones y en la preparación de actividades de la extrema derecha, centradas entonces en solicitar la amnistía para los condenados por colaboración con el régimen nazi; aparentemente, no se trataba tanto de reivindicar directamente el fascismo, lo que hubiera sido contraproducente en aquellos momentos, como de protestar contra los «excesos» de la depuración (pidiendo la liberación de Pétain y sus colaboradores) y de llamar a una cruzada contra el comunismo. En los años cincuenta sirvió en el Regimiento de Paracaidistas de Indochina y Argelia y fue miembro activo del movimiento poujadista. A este respecto, en 1951 formó parte de la lista electoral de la Unité Nationale des Indépendants Républicains, partido ligado al poujadismo y que, incluyendo entre sus propuestas la rehabilitación del gobierno de Pétain, alcanzó 280.000 votos, porcentaje reducido pero que se podía interpretar a sólo seis años del final de la II Guerra Mundial como un signo de la capacidad de pervivencia de la extrema derecha francesa. Dos años después, Le Pen se alistó como voluntario para luchar en Vietnam, donde las tropas francesas trataban de mantener el control francés frente al avance de los independentistas, pero su unidad no consiguió llegar antes de que se consumase la derrota francesa de Dien Bien Phu. Reincorporado a la actividad política, en 1956 consiguió, con veintiocho años, salir elegido diputado en las

listas poujadistas, las cuales, como ya se ha dicho, obtuvieron cincuenta y dos actas para la Asamblea Nacional. Este avance se explica principalmente por la existencia de una situación de crisis interna y de derrotas externas que iba a terminar, al menos parcialmente, con la vuelta de De Gaulle y la elaboración de una nueva Constitución. Para entonces, Le Pen había roto con el poujadismo (después de que en 1957 Poujade condenase la expedición francesa contra el canal de Suez), y participado en la creación del Front National des Combattants (pro Argelia francesa), el cual intervino activamente en los disturbios que acabaron enterrando la IV República; en uno de los altercados en que participaron militantes de este grupo, el propio Le Pen perdió un ojo. En 1958 tomó parte en las elecciones legislativas del mes de noviembre y fue reelegido diputado, ahora en las filas del Centro Nacional de Independientes y Campesinos. Ponente de la Comisión de Presupuestos de Guerra, se opuso a la salida de Francia de la estructura militar de la OTAN dirigida por De Gaulle (a quien Le Pen siempre identificó con la Resistencia a los alemanes), y expresó su apoyo a los generales contrarios a la política de De Gaulle tendente a negociar la independencia de Argelia. Le Pen no tardó en abandonar momentáneamente las actividades políticas y se alistó como paracaidista de la Décima División Aerotransportada con destino en Argelia. La guerra entre Francia y el Frente de Liberación Nacional Argelino fue una guerra sucia por ambas partes, dominada por la violencia terrorista. En 1962 Le Pen y otros oficiales fueron acusados de torturar a varios prisioneros argelinos, pero estas denuncias, repetidas en los años ochenta, no le han causado ningún daño político, especialmente gracias a la habilidad de Le Pen a la hora de argumentar sobre una guerra de extrema violencia a lo largo de la cual el gobierno francés, dominado entonces por los socialistas (incluido el joven F. Mitterrand), deseaba ardientemente la victoria, con lo cual Le Pen ha buscado para sí el papel de víctima y el apoyo de quienes, especialmente en el sur de Francia, todavía se lamentan de la pérdida de la guerra. Tras el inicio del conflicto

argelino Le Pen expresó su respaldo al alzamiento protagonizado en abril de 1961 por un sector de los generales franceses, pero fue incapaz de entenderse con los oficiales destinados en Argelia y acabó creando un efímero Frente Nacional para una Argelia Francesa. En noviembre de 1962 pierde su escaño de diputado, comenzando una larga etapa de aislamiento político, una travesía del desierto que durará veinte años. Si bien en esta etapa consigue conformar sus ideas con mayor precisión, los éxitos políticos habrán de esperar a una etapa de crisis económica y social de profundas proporciones, a una agudización de la confrontación izquierda-derecha y a la división de los partidos de la derecha.

En 1965 encontramos a Le Pen como coordinador de la campaña electoral de Jean-Louis Tixier-Vignancourt, quien competía como aspirante a la Presidencia de la República. En la primera vuelta de las elecciones Tixier consiguió 1.250.000 votos (un 5,27 por 100), pero de cara a la segunda vuelta sus sentimientos antigauillistas le impulsaron a alentar el voto a Mitterrand, lo que provocó la división de los dirigentes y votantes de extrema derecha; esta situación se repite en abril de 1969 cuando sectores influyentes de la extrema derecha alentaron a votar negativamente en el referéndum que acabó propiciando la salida de De Gaulle de la presidencia de la República. Y es esta misma situación, junto con la aparición de la «nueva derecha» la que alienta la fundación del Frente Nacional. Debemos recordar que hasta su aparición la extrema derecha había permanecido dividida en tres grupos o corrientes: una de reflexión intelectual, dominada por la «nueva derecha»; una anclada en la reivindicación del régimen de Vichy y de la OAS, y una activista y violenta, especialmente en el ámbito universitario, en la que destacan grupos como Occidente, Orden Nuevo, FANE y Joven Revolución.

En aquella coyuntura Le Pen ya era consciente de la necesidad de introducir cambios sustanciales en el discurso y en la estrategia de la extrema derecha. En su opinión no debería tratarse tan sólo de

rehabilitar a Petain y revisar la visión histórica de la II Guerra Mundial o de agitar la calle, sino que era necesario agrupar a todos los descontentos, establecer una buena red de relaciones y participar en las instituciones sin confiar en un cada vez más improbable golpe de Estado. Le Pen ha tenido, sin ninguna duda, una carrera política extremadamente activa, llena de dificultades que le han hecho resistente a las adversidades y desde comienzos de la década de los ochenta ha conseguido atraer la atención de los medios de información nacionales e internacionales gracias a una base electoral (sólida o inestable, tema sobre el que volveremos) de proporciones desconocidas para la extrema derecha europea desde finales de la II Guerra Mundial. Muy posiblemente, su capacidad de agitación política y la crisis del sistema colonial francés, son los factores que determinan el carácter y el discurso de Le Pen. Hombre seguro de sí mismo y sin complejos políticos, de fuerte presencia física, sarcástico sentido del humor y habilidad para sortear los ataques, se ha convertido en una figura carismática y de gran capacidad de comunicación con sus seguidores. Su influencia a nivel electoral se debe a su éxito en presentarse como un hombre del pueblo dispuesto a «explicar» los problemas de forma directa y sencilla y a hablar de ellos en público con un discurso provocador que parece estar, casi siempre, perfectamente calculado y que apela a los sentimientos de inseguridad y temor. En esta línea se encuentran sus declaraciones y conferencias sobre temas como la inmigración, la homosexualidad y el SIDA, enfermedad en relación a la cual ha declarado que lo necesario y eficaz es poner a los enfermos en «sidatorios» para que no contagien al resto de la población y preservar la salud de los franceses. Su retórica se diferencia claramente de las asociaciones de la época de preguerra y de los partidos de extrema derecha de la década de los cincuenta o los sesenta, pero también presenta semejanzas importantes, tales como la defensa de una sociedad elitista, las continuas referencias a la decadencia de Francia y sobre todo la idea del complot y el enemigo interior (el judío, el comunista, la conspiración

masónica, los inmigrantes). Como escribe Harris, parte del éxito de Le Pen reside en presentar sus ideas como si éstas fueran inofensivas al régimen democrático, respetables políticamente, al tiempo que identifica racismo con patriotismo, xenofobia con conservación de la identidad nacional y autoritarismo con sentido de la autoridad.

4. El avance electoral del Frente Nacional

El Frente Nacional consiguió hacerse presente en el escenario político francés en virtud de los resultados obtenidos en las elecciones municipales de 1983. En París, el Frente Nacional alcanzó el 11,3 por 100 de los votos en el distrito xx, así como resultados destacados en una parte del resto de los distritos, lo que le impulsó a proponer a los neogaullistas una alianza para la segunda vuelta. El pacto no fue aceptado por el partido de Chirac, el neogaullista Asamblea para la República, y, finalmente, el Frente Nacional se hizo con el 8,5 por 100 de los votos, pero tan sólo uno de sus candidatos consiguió ser elegido concejal. Sin embargo, en septiembre de este año los conservadores aceptaron un acuerdo con el Frente Nacional a fin de desplazar a los socialistas de la alcaldía de Dreux, un suburbio al norte de París. En la primera vuelta de las elecciones el Frente Nacional alcanzó el 16,7 por 100 de los votos, estableciendo las condiciones necesarias para obligar a las fuerzas de la derecha, Asamblea para la República (RPR) y la Unión para la Democracia Francesa (UDF) a apoyarse en los votantes de extrema derecha para derrotar al candidato socialista, si bien considerando esta alianza como un caso excepcional y necesario para desplazar a los socialistas, a quienes se responsabilizaba de las altas tasas de inmigración, tema que estuvo en el primer plano de la campaña (el Frente Nacional utilizó como tema central de su campaña la afirmación «Deux millions de chômeurs sont deux millions d'inmigrés de trop. La France et les français d'abord»). La lista electoral conjunta incluía nueve representantes del Frente Nacional, con Jean Pierre Stirbois, el combativo secretario general del Frente Nacional, en cuarto lugar. Estas elecciones

depararon al Frente Nacional cuatro concejales y el impulso necesario para ir mejorando sus resultados en las elecciones municipales que se sucedieron este año.

Pero, sin ninguna duda, son las elecciones al Parlamento Europeo de 1984 (un tipo de elecciones que permiten expresar el descontento o el rechazo a los partidos del sistema y hacerles una advertencia) las que representan el punto de llegada a una cierta respetabilidad política, tan ansiada por la extrema derecha en décadas anteriores y que ahora venía a culminar los esfuerzos realizados en el terreno organizativo.

En aquellos momentos era constatable la transformación experimentada en el mapa político francés. A finales de los años setenta todavía existían cuatro grandes formaciones: Asamblea para la República, Unión para la Democracia Francesa, Partido Socialista y Partido Comunista. Estas cuatro formaciones eran entonces disciplinadas en las votaciones y, como apunta Duverger, estaban ligadas de dos en dos en una sólida alianza y «perfilaban una bipolarización que permitía a los ciudadanos una clara elección y una alternancia de las mayorías: derecha hasta 1981, izquierda de 1981 a 1986, derecha de 1986 a 1988, izquierda desde 1988». Pero para entonces, la derecha estaba profundamente dividida (neogaullistas, giscardianos, centristas) y el Partido Comunista en franco retroceso, lo que ayudó a mantener la hegemonía socialista. Además, esta situación experimentó una ruptura relativa en 1986 cuando la vuelta al sistema electoral proporcional introdujo un quinto grupo en la Asamblea Nacional: el Frente Nacional.

En las citadas elecciones de 1984 el Frente Nacional consiguió el 11 por 100 de los votos gracias a los 2.700.000 ciudadanos que se inclinaron por su candidatura, el Frente de Oposición Nacional por la Europa de las Patrias. El escrutinio proporcional utilizado en las convocatorias al Parlamento Europeo otorgó al partido diez diputados. La coyuntura en que se celebraron estas elecciones sitúa los comicios tres años después de la victoria de la izquierda en las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1981, cuando el centro-

derecha se veía afectado por una oleada de confusión y por una visión personalista de unos dirigentes excesivamente pendientes de las elecciones presidenciales de 1988, a lo que se unía la recién estrenada crisis de la izquierda. Los comunistas habían abandonado el gobierno tras el giro de la política económica demandado por la mayoría socialista, lo que no les evitó perder credibilidad en su capacidad de gestión y en tanto que grupo de oposición. Por su parte, los socialistas estaban divididos entre aquellos que creían conveniente un enfriamiento de la economía y una disciplina monetaria en la línea marcada por el Sistema Monetario Europeo y los que apostaban por el crecimiento económico, una devaluación del franco y cierto proteccionismo para los productos franceses. A primera vista, el resultado alcanzado por el Frente Nacional podría explicarse por su habilidad para atraerse votos de ciudadanos decepcionados por la gestión de la izquierda en el gobierno e incapaces de identificarse con un centro-derecha dividido y poco convincente en su papel de oposición. En cualquier caso, el partido superó ampliamente las previsiones de las encuestas y se hizo con una audiencia nacional. Con el 10 por 100 de los votos en 44 departamentos no podía ya ser definido como un fenómeno local o temporal, sino como el reflejo de una cultura política que demanda la libertad de los ciudadanos para «defenderse» a sí mismos cuando, supuestamente, la ley y el orden están insuficientemente garantizados.

En 1986 la sustitución del sufragio mayoritario a dos vueltas por el sufragio proporcional a una sola vuelta permitió al Frente Nacional la posibilidad tanto de crear un grupo parlamentario, a partir de las elecciones legislativas de este año, como de ir adquiriendo respetabilidad ante su electorado. Gracias al sistema proporcional el Frente Nacional obtuvo 35 escaños en las legislativas de 1986, con el 9,8 por 100 de los votos.

Esta situación impulsó a que la mayoría conservadora salida de las elecciones reformara nuevamente el sistema electoral, aprobando en marzo de este año la vuelta al sistema mayoritario, el cual habría de tener un

efecto negativo sobre el Frente Nacional y el Partido Comunista. En las legislativas de junio de 1988 este sistema electoral y el acuerdo de coalición establecido por las fuerzas de la derecha redujeron considerablemente las expectativas del partido de Le Pen. El Frente Nacional consiguió hacerse con el 9,3 por 100 de los votos en la primera vuelta, y aunque no consiguió ningún escaño, decidió mantener a sus candidatos al no recibir apenas ofertas de acuerdo por parte de la derecha democrática, llegando a propugnar la abstención en determinadas ciudades; únicamente en Marsella y en su región limítrofe, donde el partido tiene una fuerte implantación, se llegó al acuerdo de que el centro-derecha se retirara en la segunda vuelta en aquellas circunscripciones donde el Frente Nacional estaba mejor situado para vencer a los candidatos de izquierda, y viceversa, estableciéndose un acuerdo regional de apoyo mutuo; este pacto podría haber facilitado la elección de Le Pen y otros cuatro candidatos del Frente Nacional, pero finalmente el partido sólo alcanzó un escaño, el de la diputada Yann Piat en Hyères (Costa Azul).

Para entonces, y desde 1981, tanto el RPR como la UDF venían firmando pactos de gobierno con el Frente Nacional en municipios y departamentos (un equivalente de las diputaciones provinciales españolas y que están divididos en cantones y regiones). En 1988 el neogaullista ministro de Interior, Charles Pasqua, negó que se fueran a producir acuerdos generales a nivel nacional o local con el Frente Nacional, pero dejó la puerta abierta a los acuerdos parciales: «Si en una u otra ciudad alguno de nuestros amigos considera que debe tomar uno o dos miembros del Frente Nacional en sus listas, deberán ser ellos mismos quienes aprecien la situación y luego la expliquen». Fruto de esta estrategia, en las elecciones de los consejos regionales de Aquitania y de Champaña-Ardenas, en julio de 1988, los candidatos neogaullistas del RPR consiguieron la investidura gracias a los votos de los consejeros regionales del Frente Nacional.

En estos momentos el Frente Nacional contaba ya con una firme base electoral. A los

diez diputados europeos y el escaño obtenido para la Asamblea Nacional, hay que sumar 133 consejeros regionales (diputados provinciales) y un importante porcentaje de votos recogidos en las elecciones municipales de marzo de 1989, tribunas todas ellas que suponían una importante implantación a nivel nacional y que iban a permitir al partido perturbar las sucesivas elecciones en el sentido de obligar a la derecha democrática a buscar alianzas en las elecciones municipales, en los consejos regionales, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales (en las que el Frente Nacional no tiene opción) y establecer acuerdos parciales en la segunda vuelta de las legislativas. Cuando en la segunda vuelta de las elecciones municipales de marzo de 1989 el Frente Nacional se negó a retirar sus candidatos para favorecer las opciones del centro derecha frente a los socialistas, la derecha conservadora se encontró ante el dilema de que si pactaba con el Frente Nacional su política de alianzas sería mal vista por una parte de sus electores y un porcentaje del voto centrista se inclinaría por los socialistas, y si no llegaba a un acuerdo podría verse privada de los votos necesarios para derrotar a los socialistas; no obstante, varios dirigentes del RPR que renunciaron a cualquier alianza con el Frente Nacional, y se declararon dispuestos a retar las soflamas del diputado del Frente Nacional Francois Bachelot, autor del panfleto «No digas a mi madre que estoy con Le Pen, pues cree que soy del RPR», alcanzaron éxitos considerables. Por su parte, el Frente Nacional mantuvo sus candidatos en 45 grandes ciudades o circunscripciones, lo que ayudó a los socialistas a alcanzar la victoria electoral (en elecciones anteriores la retirada de los candidatos de la extrema derecha hizo que entre un 55-60 por 100 de sus electores entregaran el voto a la candidatura de la derecha); todos los analistas indicaron que hubo un mayor trasvase de votos de los ecologistas a la izquierda que del Frente Nacional a la derecha conservadora. El Frente Nacional consiguió por primera vez la alcaldía de una ciudad de más de 10.000 habitantes (Gilíes, en el sur de Francia), además de varios concejales en Estrasburgo (donde alcanzó el

15,1 por 100 de los votos), Perpiñan, Mulhouse, Roubaix y otras ciudades. El partido había conseguido pasar a ser parte de los cálculos políticos.

Posiblemente, el elemento más importante a considerar es el hecho de que, desde 1983 hasta la actualidad, los partidos de la derecha democrática, y en ciertas ocasiones también los socialistas, han recurrido al discurso de Le Pen para atraerse a su electorado. En este sentido, las alianzas a nivel regional de la derecha democrática con el Frente Nacional responden a la táctica de utilizar a la extrema derecha para desplazar a los socialistas del poder o presionarles para conseguir que abandonen determinados proyectos, pero la necesidad de recobrar los votos perdidos por la derecha y la situación en el primer plano de la discusión política del tema de la inmigración, en gran parte debido a la insistencia del Frente Nacional en el mismo, ha llevado a la derecha a radicalizar su lenguaje y endurecer propuestas en relación con la inmigración. En las elecciones presidenciales de 1988, en las que la extrema derecha consiguió su mayor éxito electoral, las encuestas señalaban que los candidatos de la derecha y el centro, Chirac y Raymond Barre, no pasarían del 42 por 100 de los votos en la segunda vuelta, por lo que necesitarían el apoyo de los votantes del Frente Nacional, muchos de los cuales (un 25-30 por 100) decían mostrarse favorables a votar a Mitterrand para castigar a la derecha conservadora. En la primera vuelta de las elecciones, el 25 de abril, Le Pen se hizo con el 15 por 100 de los votos con un discurso (inseguridad ciudadana, terrorismo, el «peligro extranjero») que parecía invadir el terreno de la derecha. Por su parte, Chirac, necesitado de los votos lepenistas para la segunda vuelta, empezó a demandar no sólo, como hasta entonces, barreras a nuevos inmigrantes, sino también una reforma del código de nacionalidad. Chirac manifestó que aunque no podía aceptar el racismo y la xenofobia, sí podía entender que surgieran tales fenómenos; mientras el dirigente socialista L. Jospin contestaba que el racismo no necesitaba ser entendido, sino combatido, el centrista R. Barre proponía acrecentar la vigilancia para

defender y preservar la identidad nacional. De cualquier forma, la segunda vuelta de las elecciones fueron ganadas fácilmente por el candidato socialista F. Mitterrand, quien lo hacía por segunda vez. Le Pen procuró que Chirac tuviese el menor apoyo posible por parte de los votantes del Frente Nacional; sabía que no tenía nada que ganar con un presidente gaullista que no le había prometido nada, y que obtendría mayores beneficios de una situación en la que el centro y la derecha estuviesen divididas y desmoralizadas.

[Nota del Editor:

Elecciones europeas de 2014: En las elecciones para el Parlamento Europeo de 2014, el Frente Nacional se consagró como el primer partido de Francia al obtener un 25% de los votos, superando por más de 4 puntos al UMP y por 10 al Partido Socialista. Sus mejores resultados los obtuvo en la región Noroeste (33,61%), Este (28,96%), Sudeste (28,18%).

Elecciones Legislativas del 2002: El Frente Nacional es el tercer partido político francés (en las elecciones legislativas de 2002, si miramos las presidenciales del mismo año, es el segundo), después del de centro-derecha (UMP) y el de centro-izquierda (Partido Socialista). Superando a otros partidos que han sido muy poderosos en la Francia de la segunda mitad del s.XX, como el Partido Comunista Francés o la Unión para la Democracia Francesa.

Elecciones Presidenciales del 2002: En las presidenciales de 2002, Le Pen hizo historia obteniendo 4.804.713 votos, es decir, un 16,86% del total, quedando como segundo tras el presidente Jacques Chirac, y superando en 200.000 votos a Lionel Jospin, candidato del Partido Socialista. Estos resultados llevaron a Le Pen a la segunda ronda, donde obtuvo 5.525.906 votos (17,79%) contra los 25.540.873 (82,21%) de Chirac, que sería proclamado nuevamente presidente.]

5. Los votantes del Frente Nacional

A mediados de los años ochenta Francia era el único país europeo donde la extrema derecha alcanzaba unos porcentajes electorales relativamente elevados, gracias a una campaña

basada en el ultranacionalismo y la xenofobia. En opinión de J. Jaffre, la extrema derecha ha conseguido renacer gracias a los miedos de la Francia urbana y se conforma a partir de grupos de muy distinto origen: los residuos del neonazismo, sectores del electorado nacionalista y populista de limitados recursos económicos y asustados de la nueva situación creada con el aumento vertiginoso de la inmigración, antiguos votantes de extrema izquierda desilusionados ante la crisis industrial (cierre de minas y de factorías) y el paro o huérfanos políticamente ante la pérdida de rumbo y hundimiento del Partido Comunista. Si bien el partido ha conseguido atraerse el voto de una parte de los núcleos agrarios, explotando un mensaje antieuropeista que demanda el proteccionismo de la agricultura francesa ante el resto de los países de la CEE, la mayor parte de los votantes del Frente Nacional se encuentran en las ciudades: obreros, clases medias empobrecidas, comerciantes en crisis, parados. En este sentido, para algunos analistas el avance del Frente Nacional en la década de los ochenta no es sino una manifestación más de la crisis de la sociedad francesa y de su sistema político; es la respuesta surgida del sentimiento de inseguridad tras una etapa de profundo cambio social y político hacia una sociedad urbana e industrial a lo largo del período comprendido entre los años cincuenta y los ochenta. Por esta razón, la base social del partido es diferente a la del poujadismo, más heterogénea, fundamentalmente porque las circunstancias económicas son diferentes; los años cincuenta fueron en Francia de modernización económica y de crecimiento, mientras que en la actualidad asistimos a una etapa de relativo declive.

Es importante destacar que el Frente Nacional ha conseguido más del 10 por 100 de los votos en aquellas circunscripciones donde hay una mayor tasa de inmigrantes y en donde, en muchas ocasiones, los comunistas habían cosechado sus mejores resultados. En estas zonas un porcentaje creciente de las clases trabajadoras se siente perjudicada por la presencia de inmigrantes, y el Frente Nacional ha sabido vender el mensaje de que el culpable del paro es el obrero extranjero. El discurso

del Frente Nacional achaca a los extranjeros casi todos los males que afectan en mayor o menor proporción a la sociedad francesa, es decir, la inseguridad ciudadana, la drogadicción y el tráfico de estupefacientes, terrorismo, SIDA (presentado como símbolo de la crisis de la sociedad francesa) y, por supuesto, el paro.

En líneas generales, se puede afirmar que el Frente Nacional es un partido que, conforme se han ido sucediendo los procesos electorales, ha conseguido ampliar su electorado desde la burguesía hacia las clases trabajadoras. Los votantes de Le Pen son fundamentalmente jóvenes, con una alta proporción de hombres, de nivel de vida bajo y medio-bajo, muchos de los cuales viven en viviendas sociales y/o tienen vecinos magrebíes, y en no pocas ocasiones han sido votantes del Partido Comunista Francés. Un buen ejemplo de lo que venimos señalando lo encontramos en Marsella, ciudad en la que el Frente Nacional alcanzó el 25 por 100 de los votos en las legislativas de 1986, porcentaje que procedía en buena parte de los votantes que hasta entonces habían venido respaldando las candidaturas de socialistas y comunistas, y que utilizan preferentemente el voto para expresar su descontento ante una población magrebí que supera ya el 10 por 100 del total de la población de la ciudad y a la que se suma un elevado número de magrebíes de paso por la ciudad, atraídos por el zoco del barrio de Belsunce. El análisis de los resultados electorales indica muy claramente que los votos de la extrema derecha proceden sobre todo del sureste francés: He de France, Alsace, Languedoc-Rousillon, Provence-Cote d'Azur, Corsica, regiones donde en las elecciones recientes ha sobrepasado el 10 por 100 de los apoyos; y también de los barrios obreros de ciudades como Roubaix, Marsella, Niza y París. En la primera vuelta de las presidenciales de 1988 Le Pen hizo del Frente Nacional la primera fuerza política en las ciudades de Marsella, Niza, Antibes, Cagnes, La Ciotat, Toulon, Frejus, Orange, Belfort y la segunda fuerza en nueve departamentos y en numerosas ciudades (Perpignán, Nimes, Montpellier, Cannes, Grasse, Arles, Saint Etienne) y localidades del cinturón de París.

Por otro lado, resulta interesante señalar que sólo una minoría de los votantes del partido se identifica decididamente con los puntos de vista de los dirigentes, y que por lo menos la mitad de los mismos no se declaran en las encuestas como partidarios de la extrema derecha, lo que parece indicar que no se asiste necesariamente a una expansión en el apoyo de la opinión pública a la extrema derecha; no obstante, la ciencia política ha explicado suficientemente que quienes ejercen su derecho al voto lo hacen en un escaso porcentaje en base a ideas políticas precisas, y que, si los votantes del Frente Nacional no comparten todas las ideas de sus dirigentes, lo mismo sucede en otras formaciones políticas. Pero si muchos de sus votantes no están interesados en lo que generalmente se definen como asuntos puramente políticos e ideológicos, sí que lo están por cuestiones tan vitales como el desempleo, la adquisición de vivienda, la inmigración o la inseguridad ciudadana, todas ellas identificadas con la crisis de las ciudades y a las que, especialmente en lo que se refiere a la inmigración, el centro-derecha y los socialistas no han acertado a aplicar soluciones concretas.

El Frente Nacional ha elaborado un programa electoral que puede ser definido como un conjunto de propuestas negativo-represivas. En este sentido, los aspectos constructivos de su mensaje son difíciles de definir, pero esto no impide que el ataque a los inmigrantes sea percibido como un elemento positivo por parte de los votantes del Frente Nacional, a los cuales les atraen propuestas como «Trescientas medidas para el renacimiento de Francia» (programa para las legislativas de 1993), a las que se incorpora un capítulo dedicado a la «identidad de los franceses», sustentado en 99 medidas dirigidas a dificultar la adopción de la ciudadanía francesa. Existen otros puntos de su programa a los que se dota de caracteres positivos y que pertenecen en su mayor parte al legado poujadista: la reducción de impuestos, la oposición al crecimiento del aparato estatal (en contradicción con la demanda lepenista de aumentar las fuerzas policiales y de fortalecer el poder de la judicatura) y la liberalización de la economía. Sin embargo, frente a la retórica

anticapitalista poujadista que trataba de atraerse a comerciantes, trabajadores de oficinas y propietarios de pequeños negocios, Le Pen sostiene la necesidad de las grandes empresas para desarrollar las nuevas tecnologías y una prosperidad sostenida. Junto a estos postulados se reivindica la pena de muerte, se condena el aborto, se defiende la privatización de industrias, la «restauración de la ley y el orden», la defensa del principio de jerarquía y de la visión tradicional de la familia (en la que se incluye la condena de las «desviaciones» sexuales) y, en política exterior, la práctica de un anticomunismo furibundo (al igual que la derecha radical y los fascistas en los años treinta, Le Pen define la presencia de ministros comunistas y socialistas como el resultado de los intereses de judíos, protestantes, masones y marxistas), unido al deseo de una plena integración de Francia en la estructura militar de la OTAN.

Su mensaje extremista se ha convertido en uno de los principales focos del discurso político francés. Sabedor de que los factores económicos sobre los que se construyó políticamente Europa occidental al término de la II Guerra Mundial, es decir, el pleno empleo y un crecimiento constante, no se dan en la actualidad (en octubre de 1993 el paro afectaba al 12 por 100 de la población activa, unos 3.200.000 franceses) y que una parte de los partidos y de los políticos han perdido la capacidad de coordinar, ilusionar e impulsar a la sociedad, uno de los temas preferidos de Le Pen es la denuncia de «la bande á quatre», sustentada en una insistencia machacona en la complicidad entre los principales partidos de la izquierda y la derecha; bajo este supuesto, Le Pen, sabedor de que una parte importante de su electorado se siente próximo a los centristas y la derecha conservadora, se presenta ante ellos como el más serio y riguroso opositor a la izquierda en virtud de la denuncia que realiza contra el conjunto de los partidos de la derecha, centro e izquierda como si fueran parte de un mismo bando, «la banda de los cuatro»: Mitterrand (los socialistas), Marchais (los comunistas), Giscard (los centristas) y Chirac (los gaullistas).

Pero en cualquier caso, el elemento clave para la consolidación del Frente Nacional como fuerza política es la emigración, el cual es el que más ha interesado a sus seguidores.

6. El Frente Nacional ante la inmigración

Los datos de los que disponemos en la actualidad indican que en Francia viven aproximadamente unos cuatro millones y medio de inmigrantes, en los que se incluyen los inmigrantes procedentes de las antiguas colonias y los que han llegado recientemente huyendo de la miseria que se ha extendido en distintos países del llamado «tercer mundo». Por regla general, el blanco principal de las manifestaciones racistas han sido los, según cálculos aproximados, tres millones de personas de origen magrebí. Entre estos hay que distinguir los harkis, los argelinos que emigraron a Francia con sus hijos al proclamarse la independencia de Argelia (en torno a las 400.000-500.000 personas), y que, junto con sus familias, obtuvieron la ciudadanía francesa en virtud de los acuerdos de Evian, y los beurs (unas 500.000 personas) o magrebíes de la segunda generación, hijos de argelinos, pero nacidos en Francia y convertidos en ciudadanos franceses en virtud de su nacimiento, a los que principalmente se dirigen los ataques de la extrema derecha (la cual desea limitarles el derecho de adquisición de la nacionalidad francesa), y quienes son al mismo tiempo el sustento fundamental de las asociaciones antiracistas.

A partir de 1981, después de que los socialistas llegaran al poder y pusieran en marcha algunas medidas tendentes a mejorar la situación de los inmigrantes, la cuestión de la «invasión islámica» ha desempeñado un papel importante en todas las elecciones y ha terminado erigiéndose en pieza fundamental del debate político. Tanto en Francia como en otros países de Europa occidental en los que eran tradicionales, en el seno de la extrema derecha, los sentimientos racistas antijudíos, el antisemitismo ha sido no desplazado, pero sí superado por el racismo dirigido contra norteafricanos y turcos. Y si bien a comienzos de la década de los ochenta el sentimiento contra los inmigrantes intentó ser capitalizado

electoralmente por el Partido Comunista y los neogaullistas, nadie ha tenido tanto éxito en esta labor como Le Pen, quien, además, ha inducido a otros dirigentes políticos a copiar su discurso. Por otro lado, ningún otro dirigente ni asociación de extrema derecha ha conseguido rentabilizar como Le Pen el tema de la inmigración, pese a la proliferación de organizaciones que lo han intentado durante estos años: la ultraconservadora *Confédération des Associations Republicaines*, la ultranacionalista y anticomunista *Conférence Internationale des Résistants dans les Pays Occupés*, el neonazi *Devenir Européen*, los *Faisceaux Nationalistes Européens*, *Front d'Opposition Nationale*, *Mouvement Nationaliste Révolutionnaire*, *Parti Nationaliste Franjáis* o *SOS-France*, organización relacionada con el grupo terrorista *Commandos de France Contre l'Invasion Maghrébine*.

El éxito, cada vez más difícil de relativizar, de un partido cuya principal baza es la explotación de sentimientos xenófobos, no puede desligarse del crecimiento de la violencia racial desde comienzos de la década de los ochenta. La afirmación de que dos millones de emigrantes equivalen a dos millones de desempleados no era nueva a comienzos de los ochenta pero ha resultado ser muy efectiva. Si en los años cincuenta y sesenta, o en la década de los setenta, período en el que la inmigración creció de forma constante, este tipo de alegatos no tenían efectividad para conseguir una movilización política, ahora está claro que sí. Principalmente porque la concentración de trabajadores en las áreas urbanas, fenómeno generalizado en los países occidentales y en otras zonas del planeta, ha modificado los sistemas de integración social y política. El informe elaborado en 1985 por la Comisión de investigación del ascenso del fascismo y el racismo en Europa apunta que el aumento de los sentimientos racistas en Francia responde a la conjunción de los siguientes factores: «llegada de los jóvenes magrebíes al mercado de trabajo en un momento de escasez de empleo, mientras que las oleadas de inmigración precedentes se beneficiaron de una coyuntura económica favorable;

aculturación efectuada en el momento mismo de la crisis del sistema educativo; peso de todas las incomprensiones acumuladas a lo largo de la guerra de Argelia e imagen degradada del Islam ya fuertemente tergiversada». Por su parte, el sociólogo Gilíes Kepel escribe en *Los suburbios del Islam*, un estudio sobre los musulmanes en Francia, que «con la crisis y el aumento del paro no hay lugar para la mano de obra banal, es decir, no especializada», pues el paro afecta en consecuencia «a los franceses no cualificados y a los hijos de los inmigrantes, que en una gran proporción han sido mal escolarizados», lo que no hace sino aumentar los temores de ambos grupos.

En medio de esta coyuntura, la extrema derecha no hace sino explotar los temores colectivos y el ansia de seguridad mediante un lenguaje que nunca utilizaría un político responsable. Sin embargo, en sus actos y mítines el Frente Nacional evita en todo lo posible los cánticos y la simbología fascista, utilizando el himno nacional o la música de Verdi, y se presenta como el propulsor de una Francia fuerte, dispuesto y capacitado para impedir el declive económico y moral de Francia. No se preocupa, como es el caso de la «nueva derecha», de hacer referencias a la sociobiología, pero sí invoca una supuesta amenaza a la integridad territorial y a la preservación de la «comunidad racial», entremezclando referencias a una cultura superior y al legado colonial. No ha dudado en establecer un culpable, el inmigrante, al que se define como parásito, responsable del desempleo al quitar puestos de trabajo a los franceses, acaparador de los beneficios de la Seguridad Social, a la que supuestamente los inmigrantes estarían arruinando, de rebajar el coste de la fuerza de trabajo y, como colofón, de diluir la «identidad francesa», el estilo de vida y el patrimonio cultural francés, amenazado por un «cuerpo extraño».

Le Pen ha demostrado sobradamente poseer un instinto demagógico exacerbado, así como una enorme capacidad para injuriar al sistema político y a los inmigrantes. Pero, al mismo tiempo, Le Pen es un político experimentado, buen orador y organizador, y

el Frente Nacional ha construido un programa sencillo y atractivo para importantes núcleos de población en el que se habla de un mayor apoyo y mejores medios para las fuerzas de policía, pena de muerte para los terroristas y traficantes de droga y medidas contra la inmigración. Los panfletos del Frente Nacional sostienen que los magrebíes y africanos en general no son asimilables por razones étnicas, religiosas y culturales, ya que, según los comentarios vertidos en sus escritos, todo magrebíes un musulmán fundamentalista con una cultura y una religión diferente y contraria a los de la nación francesa. Uno de los pilares básicos del discurso del Frente Nacional es que los inmigrantes no europeos cuestionan y ponen en peligro el mantenimiento de la «identidad francesa». Le Pen ha repetido incansablemente el lema «Francia para los franceses», y amenaza a los franceses con la posibilidad de que los inmigrantes «mañana, si no tenéis cuidado, entrarán en vuestras casas, comerán vuestra sopa, dormirán con vuestra mujer, vuestra hija o vuestro hijo». Asimismo, reclama el derecho a relacionarse exclusivamente con familiares y amigos y no con «extraños» (es decir, inmigrantes) y sin interferencias de éstos: «J'aime mieux mes filies que mes cousines, mes cousines que mes voisines, mes voisines que les inconnus, et les inconnus que de ennemis». En este mismo sentido, Bruno Mégret, diputado del Frente Nacional en el Parlamento Europeo, en una carta abierta al obispo de Marsella, con fecha de 15 de febrero de 1992 y repartida en la puerta de las iglesias de la región de Marsella, entremezcla citas bíblicas, de San Agustín y Santo Tomás, para escribir: «En la práctica, en materia de paro, por ejemplo, el empleo de los franceses con prioridad ante los extranjeros es un deber de Caridad porque la preocupación del Bien de los primeros prima sobre el de los segundos. Y es así para todo. Y es así que la regla de Preferencia nacional se impone incluso a la misma virtud de la Caridad.»

© Revista de Estudios Políticos (Nueva Época), núm. 87, enero-marzo 1995. Extractos.

La renovación neo-populista del Frente Nacional en Francia

Alexandre Dorna

La nueva ola populista que recorre Europa refuerza la impresión de una inexorablemente subida. El nuevo impulso está en la crisis mundial que se expresó en 2008 bajo una forma financiera y cuyos efectos han desestabilizado la confianza en la capacidad de las democracias occidentales de resolver los problemas de la mundialización. Y el cuestionamiento del modelo liberal propuesto por la Unión Europea. Basta observar que en la mayoría de los países europeos las antiguas fuerzas de extrema derecha aumentan sus influencias y sus ganancias electorales se han vuelto espectaculares, llegando en algunos casos a obtener porcentajes nunca antes obtenidos. Sin olvidar que el fenómeno es mundial, como lo muestra el movimiento *Tea Party* que relanza el viejo fondo populista de los EEUU.

El hecho novedoso son los grupos de extrema derecha (nacionalistas y neofascistas) que se transforman lentamente en partidos políticos como los otros y aspiran a un reconocimiento y a un trato similar a las otras tendencias ideológicas, adoptando un discurso más moderado en la forma, bajo las nuevas circunstancias actuales y mucho más social. Forma letal para la salud de la idea liberal de democracia europea.

El caso italiano es un ejemplo *sui generis* (A-C. Ignace, 2011) de una extrema derecha que se vuelve neo-populista hasta el punto de servir de fuente de inspiración a un nuevo modelo de análisis en ciencias políticas y en especial para la psicología política del populismo. Hace años que la figura, ambigua y carismática de Silvio Berlusconi, a pesar de sus múltiples errores de gobierno y de sus excesos personales, ha logrado no solo fragmentar la izquierda italiana y acelerar la destrucción del

antiguo y poderoso partido comunista, sino que también ha precipitado la mutación de sus aliados nacionalistas y fascistas que mudan de piel ideológica cuando llegan al poder.

Desde otra perspectiva la renovación del FN en Francia, más profunda ideológicamente, constituye un caso singular, en la medida que incorpora en su plataforma ideológica y programática el discurso y los valores tradicionales de las tendencias *republicanas* de la derecha, pero también, en gran parte, de la izquierda. Y entre esos valores: la laicidad. Así paradójicamente, el FN no hace más que celebrar la misa ecuménica y reforzar sus posiciones políticas para obtener una dosis suplementaria de respetabilidad.

Se trata de una nueva alquimia política que transforma el Frente Nacional (FN) en un verdadero prototipo de la recomposición de las fuerzas de las derechas en Francia. El FN fundado y dirigido desde hace casi 40 años por Jean Marie Le Pen, se encuentra a punto de reabrir un nuevo capítulo de su historia y jugar probablemente un papel inesperado en los próximos años, más aun, de iniciar un nuevo ciclo político neo-populista capaz de crear las condiciones para un ascenso al poder por vía de nuevas alianzas o directamente. La nueva ola de promoción mediática y electoral se debe a su nueva presidenta Marine Le Pen, hija del anciano líder del nacionalismo extremo. Quien no solo logra asumir la herencia política de su padre, sino que también va más allá, proponiendo una estrategia voluntarista y moderna cuyo objetivo sin disimulo consiste en preparar la conquista del poder, luego de la larga marcha de la "lepenización de los espíritus" iniciada por el padre y los cuadros intelectuales que hace años fundaron las bases ideológicas de la *nueva derecha* francesa.

La postura *new look* y neo-populista de Marine Le Pen, dentro del escenario político francés, puede provocar una aceleración y un cambio en las tácticas de los candidatos presidenciales de 2012 y las estrategias a más largo plazo. Todo indica que la nueva dirección del FN pretende sobrepasar su posición de partido de oposición para asumir como fuerza aglutinante la adhesión ideológica de una masa mayoritaria de ciudadanos que se

separan anímicamente de una derecha gubernamental, hoy resquebrajada, y de una izquierda que busca desesperadamente una nueva identidad pragmática. Los sondeos predicen un ascenso del voto FN y la eventualidad, en los diversos escenarios electorales propuestos, de la presencia de Marine Le Pen en la segunda vuelta de las próximas elecciones, tal como lo hiciera su padre en 2002.

En este artículo nos proponemos trazar en sus grandes líneas la situación actual, el itinerario y las nuevas formas que asume el FN, su actual metamorfosis ideológica, las peripecias que condujeron Marine Le Pen a postular a la sucesión de su padre en presidencia de su partido y las perspectivas que se prevén en la agenda política

Un ascenso hecho de azar y con premeditación

La victoria de Marine Le Pen en el congreso del FN, en la ciudad de Tours los días 15 y 16 de enero de 2012, constituye un acontecimiento generacional e ideológico. La sorpresa viene del hecho que hace algunos años hubiera sido inconcebible imaginar que una mujer joven pudiera convertirse en la figura líder de un partido tradicionalista y extremo como el FN. Por tanto su ascenso es la consecuencia lógica de su trayectoria personal y solo en parte la confirmación de la autoridad carismática, que aun ejerce J.M. Le Pen entre los militantes de su partido. La otra sorpresa consiste en considerar que la hija del jefe histórico de la extrema derecha francesa ha logrado en poco tiempo ubicarse en un plano de presidenciable: los sondeos de opinión predecían el 24% de intención de voto en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2012 [NdE: en las elecciones europeas ha conseguido el 25%, siendo el partido francés más votado]. La impresión general transmitida por los sondeos muestra que una nueva *vague bleu marine* a la cabeza de la máquina electoral del FN puede hacerlo avanzar aún más rápido. Pero hay más, se pone en evidencia la refundación del zócalo de la ideología frentista tradicional.

Reconocida por su carácter aguerrido, su perfil popular, y su independencia de juicio

respecto a su propio padre, Marine Le Pen, de 42 años, abogada y parlamentaria europea, logra encarnar un FN que, sin entrar en ruptura con su historia inicia una mutación. Los hechos demuestran que una voluntad de renovación se manifiesta, sobre la base de un momento favorable electoralmente, a través de un discurso más moderado que incorpora elementos hasta hace completamente inexistentes en la doctrina frentista. A saber, la referencia a los valores de la Republica, la reivindicación de un Estado fuerte y la defensa de la laicidad. Estas nociones que atraviesan las izquierdas y las derechas francesas permiten a Marine Le Pen consolidar la idea que el FN debe ser considerado como un partido democrático, igual a todos los otros. Un partido que rechaza ser la víctima de una simbolización construida, por sus enemigos, sobre la bases de sus ancestros y las reiteradas provocaciones físicas y verbales del propio J. M. Le Pen.

Por cierto, los nuevos hábitos discursivos que nunca provocan un cambio radical ni en la naturaleza ni en las posturas de fondo, han logrado modificar la opinión de una gran masa de electores decepcionados de los partidos clásicos, pese a que la postura frentista mantiene su oposición a la inmigración de trabajadores extranjeros, especialmente de árabes y africanos, la visión nacionalista de la identidad francesa y la reivindicación del principio de *preferencia nacional*. A lo cual hay que añadir, la hostilidad al proyecto de una entidad europea supra-nacional, la reivindicación del proteccionismo económico y la voluntad de una *cruzada* anti-islamista.

Algunos comentaristas políticos, no sin argumentos, ven en Marine Le Pen la versión femenina del italiano Gianfranco Fini que en 1995 transforma la imagen de su partido fascista (MSI) en una respetable organización nacionalista y democrática, digna de jugar un papel en los gobiernos italianos. En definitiva, ¿una maniobra táctica que ocultaría la presencia de los herederos arcaicos del viejo fascismo a la francesa? Sin embargo, algunas tensiones entre la hija y el padre, particularmente desde 2005, hacen más bien pensar que Marine Le Pen representa una

alternativa política con personalidad propia, deseosa de conquistar y ejercer el poder sobre la base de un partido *normalizado*, más allá de la retórica electoral, apoyada por una nueva generación política nacida en el seno del FN pero también de orígenes diversos (incluyendo intelectuales y ex militantes de izquierda) en edad de aspirar a puestos de responsabilidad y guiados por una mística de aficionados que aspiran a transformarse en profesionales.

Más aun la propia Marine Le Pen los libera de las obsesiones negacionistas del padre al declarar que el *holocausto fue el summum de la barbarie* y al explicar su deseo de ampliar las bases de adhesión de su partido a todos los *republicanos patriotas*. Posturas que subraya su voluntad de separarse de las ideas de la generación de su padre, a fin de (re)crear un partido respetable. ¿Recurso retórico y manipulador o la búsqueda de una nueva identidad moral? Poco importa, la refutación no es simple, pues contentarse con las buenas intenciones no borra el pasado ni garantiza el futuro, el camino nos dará la respuesta.

Resulta imposible hacer abstracción del contexto actual: la cybersociedad ha impuesto, a las elites en el poder, una conducta conformista y un razonamiento oportunista. Los sondeos de la opinión pública paralizan las decisiones críticas y vuelven caducas las disposiciones sobre la soberanía popular. Los medios de comunicación de masas han creado las condiciones para la usurpación de la opinión pública y han facilitado la emergencia de una casta política basada en la notoriedad mediática. La política dentro del marco impuesto por la V República en Francia se encuentra encajonada en un doble juego hegemónico representado por dos posturas que en sustancia se parecen peligrosamente: una izquierda más demócrata que liberal y una derecha más liberal que demócrata. La dinámica de las alternancias crea un espacio exclusivamente ocupado por las fuerzas parlamentarias y las máquinas electorales. La soberanía del pueblo desaparece detrás de la muralla de rivalidades y de complicidades de la clase política.

Un paréntesis: la lógica neo-populista y la brecha política

Hagamos un breve paréntesis interpretativo. La lógica utilizable por el neo-populismo es simple y contundente, capaz de seducir los electores populares, a través de una afirmación ingenua pero de fuerte sentido común: el pueblo ha probado todas las formulas políticas de derecha y de izquierda sin grandes resultados. La única alternativa política que aún no lo ha sido, dentro de las condiciones del caso francés, es la propuesta por el FN.

Terrible resumen de una lógica argumentativa que interpela la realidad resentida y desplaza la significación moral en términos fácticos. La habilidad de esta fórmula retórica está en su capacidad emocional de introducir la duda en el corazón de los electores sin hacer alusión a la argumentación conceptual ni una proposición sobre un programa. Solo la afectividad y lo vivido. ¿Cómo olvidar las promesas de los gobernantes y borrar sus prácticas viles y corruptas? Cuando la espera ha sido demasiado larga y las decepciones reiteradas, resulta inútil pretender excusar las elites que han dimitido de su papel de ejemplo moral. La brecha a través de la cual la crítica neo-populista penetra las masas ha sido abierta por los mismos que dudan de su legitimidad. Nada más inconfortable para los demócratas y los verdaderos republicanos que la denuncia de los errores de gobernantes incapaces. Caer en las redes del neo-populismo en estas circunstancias corre el riesgo de ser inevitable pese a sus consecuencias y sus versiones perversas. La vocación de ruptura que asumen los viejos y nuevos movimientos populistas recupera para bien y para mal la desesperanza de las masas, y en muchos casos para los fines personales de los líderes. De ahí que la fascinación de la virtud deseada por todo populismo pasa por las cualidades humanas y morales de sus líderes, pues son en gran medida el *médium* (Dorna, 1999; 2003, Dorna et al, 2008) que establece los lazos entre las aspiraciones impopulares y el poder político. La ambigüedad del populismo y su magnetismo es el resultado de la combinación de varios factores: la profundidad de la crisis, el deterioro anímico y la decepción de las masas, la presencia de un liderazgo

carismático, la fuerza de su discurso y la impotencia de las elites en el poder.

Cierre del paréntesis. Retomemos la descripción de la situación del FN

La fuerza potencial de penetración del nuevo FN en las masas populares se sitúa en el hueco ideológico dejado por la ideología de izquierda de inspiración marxista-leninista y su práctica oportunista de tipo socialdemócrata. La progresiva incorporación de las elites de izquierda en las instituciones parlamentarias y la participación en el juego político de las derechas políticas les ha alejado progresivamente de sus reflexiones y de sus referencias ideológicas significativas, de los símbolos de la propia izquierda, de la idea de nación y de la necesidad de participación activa del pueblo en el control de los aparatos que controlan el poder real. La disociación entre la razón y los afectos ha vuelto las elites de izquierda tanto o más insensibles a las exigencias de las masas que los discursos y los proyectos electorales, tanto como las prácticas de gobierno, se vuelven meros artefactos tecnocráticos y técnicas de manipulación. En términos más precisos: el papel crítico de la crisis de la sociedad francesa ha pasado concretamente de la izquierda a los sectores del nuevo FN, que bajo una sensibilidad neo populista incorpora sus temáticas y sus prácticas de adhesión a través de un discurso de interpelación transclasista y contestatario.

Por otra parte, los grupos de intelectuales decepcionados del discurso de la derecha parlamentaria iniciaron una silenciosa reconversión intelectual a partir de los años 80 e incorporan diversos fragmentos del antiguo pensamiento crítico de la izquierda europea. Probablemente la obra de Antonio Gramsci ha jugado un papel subliminal eficaz en el reposicionamiento ideológico de algunos disidentes de la derecha clásica sobre la base de actualización de las tesis nacionalistas, neofascistas y de un neopaganismo que pone en cuestionamiento el modelo democrático, las concepciones liberales y cuentistas del racionalismo moderno, las teorías del poder republicano y las nociones laicas de la moral pública.

Las fuentes de renovación ideológicas del neopopulismo de masas

Veamos *groso modo* las siete fuentes ideológicas que inspiran la renovación política del FN y sus aspiraciones estratégicas.

La primera: la necesidad de articular la contestación *anti-sistema* y la defensa sutilmente conservadora del orden establecido. Ser insumisos contra la dominación de las elites políticas que practican la complicidad oligárquica y la *alternancia* pseudo-democrática del poder.



La segunda: demostrar que la postura neopopulista (representada hoy por el nuevo FN) corresponde a una verdadera alternativa, viable, más allá del liberalismo conservador y nacionalista del viejo FN. La nueva generación dentro de la cual se ubica Marine Le Pen opta por una crítica social y anti-mundialista contra un liberalismo económico y político hegemónico y dominante. Lo cual coincide con la percepción de amplios sectores de izquierda, obreros y clase media, que se identificaban con la lucha contra la explotación capitalista y la postura de soberanía nacional.

La tercera: la defensa de la identidad nacional amenazada en gran parte por los intereses económicos de una Europa dependiente de la política expansionista norteamericana y por los riesgos de *invasiones bárbaras* provocadas por el proceso económico de mundialización. Los peligros de ver *la* France absorbida por la hegemonía norteamericana, vía la Unión Europea.

La cuarta: un discurso nacional abierto y capaz de recuperar los valores tradicionales, incluyendo la visión republicana y laica, suprema habilidad retórica que permite captar

al mismo tiempo los sectores de izquierda y de derecha que se definen como tales. Perspectiva que puede adoptar una position central dentro del territorio político actual.

La quinta: la formulación en términos ideológicos ofensivos de la defensa de la cultura (occidental) y de la religión (cristiana) a fin de crear las fortificaciones políticas y jurídicas ante la penetración extranjera, comenzando por los inmigrantes, pero también de capitales. La islamofobia como punta de lanza de un proceso de designación de chivos expiatorios potenciales. La astucia consiste en criticar con gran disimulo las posturas racistas haciendo un llamamiento a los valores espirituales comunes.

La sexta: la habilidad de utilizar la cuestión de la victimización en beneficio propio. Marine Le Pen transformada en una figura respetable de mujer sensible que no cesa de vituperar contra el *cordón sanitario* hace del FN una víctima, y que lo condena al *ostracismo* decretado por la clase política para defender sus propias posiciones.

La séptima: una amplia apelación a los que sufren, al pueblo de Francia, a las clases medias desorientadas, a los jóvenes diplomados sin trabajo, y a todos los que se sienten amenazados por la decadencia. En definitiva, un discurso dirigido a los auténticos patriotas que creen aun en el destino generoso de su país de origen. Discurso fuerte, en el sentido de reunir la opinión mayoritaria, audible para todos y sobretodo eficaz en sus efectos de culpa contra la clase política, que se desinteresa de sus responsabilidades con el pueblo y de sus deberes nacionales.

En resumen, la derecha, con sus victorias pragmáticas y la izquierda con sus inconsecuencias políticas, han escabullido el compromiso moral e ideológico del impasse que vive la sociedad moderna. Ambas han perdido la batalla de la renovación de las ideas. En consecuencia, es una hipótesis de fondo que pone de relieve la importancia de la renovación doctrinaria del FN cuya larga trayectoria política y electoral, dentro de un proceso crónico de crisis, ha provocado una profunda refinación de elementos de doctrina extraídos de diversas fuentes de inspiración.

Cristalización, por tanto, de una postura ideológica hegemónica que se expande entre sus cuadros políticos emergentes y los diversos círculos concéntricos de la nueva derecha que llega a su periodo de madurez política.

El giro estratégico del FN: de J.M. La Pen a Marine Le Pen

La fuerza electoral actual del FN no corresponde únicamente a la imagen carismática de su fundador J.M. Le Pen. Su presencia sinuosa y su consistencia se hunde en las raíces profundas de una situación de deterioro moral y de crisis económica, mucho más que en un retorno a los postulados de antigua derecha nacionalista que desde fines del siglo XIX hace parte de la historia francesa: Drumont, Maurras, Barres, Daudet y muchos otros que, en las horas de la colaboración de Pétain con el nazismo, escriben una página negra y desdibujan el fondo ideológico que las actuales corrientes del FN prefieren conservar en estricto silencio público pero que respetan en privado. Digamos simplemente que la ideología, recompuesta y heterogénea del nuevo FN se inscribe en la continuidad de una memoria vergonzosa que se remonta a la tradición contra-revolucionaria del anti-jacobinismo de 1789. En definitiva, sin remover las aguas estancadas de la ideología dirigida por J.M. Le Pen y sus compañeros de ruta, es preciso analizar sus peculiaridades y la lenta trasmutación que se percibe en los cuadros dirigentes de la nueva generación del FN y de la masa que los sigue.

La borrosa figura carismática de J. M. Le Pen

Carisma y voluntad caracterizan desde sus inicios la presencia y la acción política del FN bajo la autoridad de J.M. Le Pen. Sus discursos imponen una visión a contracorriente. Su autoritarismo y su ego *hiper* dimensionado son reveladores de una personalidad narcisista y dominadora. En una de sus intervenciones llega a trazar su propia caricatura: “Yo, todos lo saben, soy el orden, el varón, el soldado, la regla...”. Y en otra alusión declara: “Estoy orgulloso de ser *super*-Dupont, de ser el Zorro de los franceses, el Robín Hood”. Culto de sí mismo, arrogancia de una naturaleza desmesurada y de talento provocador, J.M. Le

Pen se transforma con los años en una referencia obligada para describir un líder totalitario cubierto con un manto de populismo.

La imagen de líder carismático, mezcla de Cesar y de tribuno de la plebe, capta a sus seguidores de manera transversal en las diversas capas de la sociedad. Su tono agresivo provoca temor en los sectores moderados y entusiasmo en los extremos, Su mirada es agresiva e irónica, y sus desplazamientos en las diversas tribunas ofrecen del orador una imagen de fuerza y un halo de energía asombrosa. Su capacidad de provocar con su retórica rotunda lo conduce a excesos (amplificados por los medios) cuyos efectos le aseguran la primera plana de la prensa escrita y los medios audiovisuales durante años. Sin embargo, su pensamiento es barroco, una mezcla extraña y sorprendente de tribuno de la plebe, de anarquista monárquico, de romántico extravertido, que de manera sarcástica y otras veces bajo los efectos de la sinceridad comunicativa se entrega a un hedonismo de la palabra y hace en su discurso un ejercicio de equilibrista con sus lapsus lingüísticos hábilmente calculados. Su disimulado racismo es feroz pero selectivo. Su latente anti-semitismo cubre una gama de estereotipos y de prejuicios que se sitúan en el terreno del resentimiento de clase, más que en la repulsa racial. Le Pen sabe astutamente que en una Republica pudorosa y creyente, dotada de un arsenal jurídico consistente, la línea de demarcación entre neo-fascismo y populismo constituye un terreno escabroso. Sin embargo, por instinto y cálculo mediático ha hecho alusión en varias oportunidades a situaciones dolorosas de la historia de la Segunda Guerra Mundial.

2005: año del giro estratégico del FN

Para comprender los acontecimientos del congreso de Tour que celebra la victoria de Marine Le Pen y esboza la renovación del FN, nos parece útil volver sobre los episodios que durante el año 2005 prefiguran los acontecimientos de hoy permiten dar significación a la ola *azul Marine*: fórmula utilizada en los carteles de la campaña interna

que la conducen a la elección de la presidencia del FN

La aceleración del giro del FN, sin que necesariamente haya una relación de causa y efecto entre ellos, se producen durante el año 2005, año crucial. La propia Marine Le Pen habla de esos episodios de toma de conciencia y de definición de una alternativa a partir de una renovación de la imagen del FN y de su transformación en un partido no estigmatizado, ni de racista ni potencialmente fascista y de masas en su forma neopopulista.

Primer evento revelador. En esos años la simbolización de J.M. Le Pen y del FN había sensiblemente disminuido, después de la marginación de los elementos dirigentes del FN mas marcados por una visión xenófoba agresiva y portadores de una voluntad hegemónica virulenta. Incluso el propio J.M. Le Pen parecía dispuesto a adoptar un perfil menos una provocador. Por tanto, cuando nadie lo esperaba, y en condiciones anodinas, en una entrevista a un semanario de extrema derecha, Rivarol, en una frase actualiza su actitud antisemita y desencadena una nueva simbolización. Al decir que “la ocupación alemana en Francia no había sido particularmente inhumana, pese a algunas faltas inevitables”. La izquierda, las iglesias, las organizaciones de resistencia y de los derechos de los hombres, y algunas voces de derecha reaccionan con indignación. Y la opinión pública retiene esas declaraciones como una demostración que en el fondo el líder del FN no había cambiado sus opiniones y sus apologías sobre la Segunda Guerra Mundial.

Un periodista (Le Monde 18-1-2011) revela que Marine Le Pen critica duramente en privado la actitud de su padre. En términos políticos la cuestión de fondo se plantea así: ¿El FN progresa gracias a sus comentarios fascinantes y sus frases de (mal) gusto antisemita, o más bien a pesar de tales declaraciones? Evidentemente Marine afirma con carácter la segunda tesis. Más tarde reconocerá en esos momentos tomara su decisión de postularse abiertamente a la sucesión de su padre y de proponer una profunda renovación de las posturas políticas del FN, conservando la tradición y sus raíces e

incluyendo los éxitos y errores de su padre. Cabe recordar que en 2004 J.M. Le Pen había defendido arduamente a Bruno Gollnisch, cuando este último declaraba que “no hay ningún historiador serio que adhiera integralmente a las conclusiones del proceso de Núremberg”. Posición política que mostraba la proximidad entre J.M. Le Pen y Bruno Gollnisch y se manifestaba en términos de una convergencia estereotipada sobre la cuestión judía que marcaba la convivencia con la tradición ideológica del frentismo.

Marine Le Pen asumirá su independencia de juico con una energía redoblada de demostrar su propia legitimidad y alejar la imagen de ser *la hija de papá*. En 2006 publica un libro, *A contre flots*, en el cual hace una especie de biografía y escrito político que contiene ya las grandes líneas de su propio proyecto.

Curiosamente el FN cambia lentamente y su imagen provoca menos temor y rechazo moral. Un segundo acontecimiento político nacional mostrará que diversas fuerzas transversales logran superar sus repulsiones y aceptar ciertas posturas políticas del FN. La discusión a propósito del Referéndum sobre la ratificación de la Constitución europea, fuertemente apoyada por el gobierno de derecha de J. Chirac, con el apoyo de N. Sarkozy y los grandes tenores del partido de la mayoría de derecha y de una parte considerable del partido socialista.

Segundo evento revelador. El referéndum sobre la constitución por Europa es una consulta popular, rara en la legislación francesa y que suscita una larga y febril campaña en la cual sectores de la izquierda y de la derecha se alejan de la posición de los estados mayores de los grandes partidos. La población francesa fue convocada el 29 de Mayo a pronunciarse a favor o contra con la pregunta: “¿Aprueba el proyecto de ley que autoriza la ratificación del tratado estableciendo una constitución para Europa?”

Ante la sorpresa general el voto francés fue de un 54,68 % contra la adopción. Por la primera vez un tratado europeo fue rechazado por una mayoría, sorprendente tanto por su diversidad como por su fuerza en votos. El

debate fue fastidioso, pues los sectores pro-constitución europea movilizaron todo tipo de medios para influir el voto: recurso a figuras de autoridad europeas y la plana mayor de los responsables políticos. Los medios tuvieron un papel de propaganda gubernamental de primer orden. Las emisiones de radio y televisión fueron ampliamente utilizadas. La argumentación oficial fue mantenida dentro de marcos tecnocráticos y bajo la amenaza velada de una verdadera catástrofe si la respuesta era negativa. Un retorno al punto de partida que significaría destruir el futuro común y sembrar un caos político. Se pueden ver los resultados de la respuesta masiva y ampliamente representativa de la oposición (ciertamente heterogénea) frente a la maniobra manipuladora de los partidarios de la Europa federal, socialistas y la derecha gubernamental. Opinión nunca antes expresada por el campo de los euro-excépticos, pese a la presión psicológica y una costosa campaña de propaganda.

Se trata de una derrota espectacular para todos los partidarios de una Europa supranacional y contra el modelo liberal que los gobiernos europeos habían aprobado ampliamente. Derrota para N. Sarkozy y su mayoría política así como de la dirección política del partido socialista. La mayoría heterogénea y los partidarios del *no* al proyecto europeo (FN, Partido comunista y diversos grupos de izquierda y de derecha) pese a que no logra crear una dinámica nueva pese a las interrogantes que suscita, introduce en el seno del FN una reflexión que los grupos de intelectuales y los cuadros jóvenes que rodean a Marine Le Pen comienzan a concebir un cambio de estrategia a medio plazo y abiertamente independiente de las políticas de alianza previstas o propuestas.

Alain de Benoist, figura intelectual de la ex-nueva derecha declara en una entrevista (voxxr.com) hace algún tiempo: “El FN parece haber tomado mucho tiempo para comprender que la cultura de sus electores no es la misma que la de sus militantes. El futuro de FN dependerá de su capacidad para comprender que su *electorado natural* no es el pueblo de derechas, sino el pueblo de *abajo*. Su

alternativa no es la de encerrarse en el bunker de los *puros y duros* sino, al contrario, la de buscar *banalizarse* o *desdiabolizarse*. La alternativa a la cual se encuentra confrontado hoy en día de manera aguda es siempre la misma: querer aun encarnar la *derecha de la derecha* o radicalizarse en la defensa de las capas populares a fin de representar el pueblo de Francia en su diversidad”.

Marine Le Pen: un neopopulismo, pragmático y nacionalista

Las preguntas tienen a veces más sentido que las respuestas: ¿Quién es Marine Le Pen? ¿Qué representa? ¿Quiénes son sus colaboradores? Más que la hija de su padre, ella representa probablemente, la emergencia de una nueva generación política que, pese a haberse nutrido de una vieja ideología de derecha extrema, posee un agudo sentido de la perspectiva histórica de recambio generacional que la situación demanda.

Mujer moderna, divorciada, madre de tres hijas y pese a su catolicismo notorio logra hacer la parte del todo y se declara favorable a la mantención de la ley del aborto y de otras conquistas sociales. Su espíritu de independencia y su probado carácter logra sobrepasar las tensiones de la heterogénea formación que actualmente dirige. Combativa y guerrera según la prensa. Su manejo de los medios le permite hablar con más facilidad de su voluntad de romper el caparazón que la rodea y mostrarse tal cual es. En algunas entrevistas deja ver un aspecto femenino y un pudor sensible que sus intervenciones públicas poco permiten de imaginar. Y una capacidad manifiesta a tomar decisiones, como fue el caso cuando se enfada con su padre y decide postularse al puesto de presidente del FN para impulsar su propia estrategia de poder. Un conocimiento del manejo de situaciones y de los hombres sin hacer uso de sus encantos femeninos. Su objetivo es resituarse el FN como un partido semejante a otros.

Su carrera política comienza a los 18 años cuando se presenta la elección legislativa de 1993. Luego vuelve a los 24 años como candidata en París donde obtiene 11,1 % de votos. Pero es en 1998 que su carrera se define: consejera regional del Nord Pas de

Calais, en un territorio de gran influencia socialista y uno de los bastiones del movimiento obrero francés desde fines del siglo 19. En el año 2000 se hace elegir a la cabeza de la asociación “Generación Le Pen” cuyo objetivo es eliminar la imagen diabólica del FN.

Su ascensión en las instancias dirigentes se hace poco a poco, pero su lanzamiento mediático se produce el 5 de mayo 2002 cuando participa a una emisión de TV. Su imagen es mucho mejor percibida que la de los otros cuadros del FN. De emisión en emisión logrará hacerse un lugar dentro del círculo cerrado de políticos mediáticos. En junio 2002 obtiene 32.30 % en la región del Norte. Las cámaras de TV la siguen con interés. Sus declaraciones son mucho más flexibles sobre el aborto y el islam son mucho más flexibles, pero al mismo tiempo también molesta a ciertos dirigentes tradicionales del FN. En el congreso del FN en Nice su candidatura para el Comité Central es relegada a la 34ª posición. Su padre logra hacerla designar Vice-Presidente.

En 2004 es elegida al Parlamento europeo y votará muchas veces en acuerdo con las posiciones de la mayoría de los eurodiputados franceses, alejándose de la postura de auto-ostracismo practicada por el FN hasta ese momento. Pero mantiene y defiende las posiciones históricas de su partido sobre la inmigración y la preferencia nacional. Su participación en la campaña por el “non” al referéndum de 2005 es observada con interés por los moderados de izquierda y derecha.

Los analistas políticos murmuran que algo está cambiando en el FN. Esto se confirma rápidamente. Nombrada directora de la estrategia de campaña de su padre en diciembre del mismo año, presenta las grandes líneas y seis carteles que provocarán un efecto interno y externo. Un cartel crea polémica, representa Jean-Marie Le Pen rodeado de un grupo de personas de todos los orígenes con el slogan: “con Le Pen, todos juntos, levantemos nuestra Francia”. Otro cartel corresponde a la imagen de una joven de origen árabe. El ala católica tradicionalista del FN juzga duramente la fotografía. Marine Le Pen defiende su

proyecto destinado a modernizar la imagen de su padre. Ella dice: “en estos carteles se evocan la nacionalidad, la asimilación, el ascenso social, la laicidad, que son los terrenos en los que la derecha y la izquierda han completamente fracasado. Un gran número de franceses de origen inmigrante, conscientes de este fracaso, esperan obtener una respuesta. Muchos se vuelven hacia el candidato Jean-Marie Le Pen para obtenerla”. El tono es firme y la sonrisa expresiva. Hay un cambio de actitud en la manera de *vender* el FN. Un militante de 33 años ilustra esta nueva postura: cuando éramos *diabolizados* obtuvimos un 10%, mientras que Sarkozy ganó hablando de limpiar los barrios con un *Karcher*.

En el congreso de Burdeos del FN en 2007 logra llegar segunda, detrás de Bruno Gollnisch a la nominación en el comité central. Nombrada Vice-Presidenta encargada de los asuntos interiores: la formación de los dirigentes, la comunicación interna y externa, la propaganda del partido.

La cuasi derrota de Jean-Marie Le Pen en las elecciones presidenciales (solo 10,44 %) cuando sus propios partidarios pensaban en un segundo 2002 provoca críticas en el seno de partido. Marine Le Pen es acusada por sus adversarios internos de querer alejar el partido de sus tradiciones y de abrirlo a la influencia de nuevos sectores sin experiencia. En definitiva, la estrategia de evitar la *diabolización* sería vana e inútil. Sin embargo, Marine Le Pen es prácticamente la única dirigente capaz de obtener en las elecciones legislativas siguientes (junio de 2007) un 41 % de los votos, en una segunda vuelta contra un candidato socialista en un territorio controlado por ese partido. Su imagen se vuelve cada vez más mediática, incluso en el extranjero.

Su decisión de implantarse electoralmente en territorio obrero resulta acertada. La pequeña comuna de Hénin-Beaumont, con 26000 habitantes, está situada en los antiguos yacimientos mineros de carbón, en gran dificultad económica y víctima del cierre de múltiples empresas. Steeve Briois, responsable local del FN y consejero municipal consejero municipal desarrolla un importante y fructuoso trabajo de implantación del FN en

ese sector. Los resultados electorales progresan de elección en elección. Marine Le Pen explica su decisión de escoger esa región pues representa un “símbolo de los principales problemas de Francia: desempleo, inseguridad, precariedad”.

¿Quién dirige el comité de apoyo de Marine Le Pen? Daniel Janssens, ex consejero socialista, que durante 17 años fuera secretario de la sección socialista y 24 años vice-alcalde la municipalidad de Leforest. Otros siguen el ejemplo. Y una revelación en los hechos: la fuerza de la campaña de Marine Le Pen corresponde bien a los temas económicos y sociales que su discurso evoca (desindustrialización, desempleo, sentimiento de abandono, etc.) mucho más que a las posturas sobre la inmigración y la inseguridad que forman el viejo fondo del FN. Un verdadero laboratorio para los proyectos del equipo político de Marine Le Pen.

En las siguientes elecciones Marine Le Pen debe enfrentarse a la izquierda y la derecha que hace bloque contra su elección. Ella pierde, pero logra demostrar que su imagen y sus métodos son válidos: 47,62 % de electores, en una ciudad de tradición de izquierda, votan por el FN. Ella será elegida nuevamente, algunos meses más tarde, diputada europea. Esta situación le permite de aumentar su crédito político y la capacidad del FN para transformarse en una formación de masas.

La campaña por la presidencia del FN y el congreso de Tours

La fecha y el lugar del congreso, escogidas de común acuerdo, fueron el 15 y 16 de Enero de 2011 en Tours. Por primera vez una elección interna vivida por los militantes del FN como un acontecimiento potencial de cambio de estrategia. Hay dos candidatos y dos estrategias: Marine Le Pen, la renovación, y Bruno, defensor de la tradición. Pero la verdadera diferencia se inscribe más en el fondo común ideológico que en la estrategia. Bruno Gollnisch se propone de manera realista reforzar el zócalo electoral FN y crear las condiciones de recuperar algunos cuadros políticos provinciales de la derecha a cambio del apoyo electoral. Marine Le Pen desea

forzar a la derecha a negociar con un FN victorioso contra todos... para crear una dinámica poderosa avalancha y provocar una implosión de Sarkozy para desintegrar la derecha parlamentaria y carcomer el sistema desde su interior. Cuestión delicada pues el riesgo es engendrar una nueva frustración.

Los preparativos el congreso fueron ampliamente mencionados por los medios audiovisuales y la prensa escrita. J.M. Le Pen informa que no será candidato ni a una reelección interna ni a la candidatura presidencial de 2012. La consecuencia hace aumentar la importancia del Congreso de Tour; la presidencia del FN determinará la candidatura presidencial.

Los resultados fueron proclamados en la tarde del 15 de Enero y Marine Le Pen fue elegida con un 67,65 % de votos mientras que B. Gollnisch obtuvo una razonable votación de 33,35 %. No hay olvidar que J.M. Le Pen permanecerá como Presidente de honor del partido. Después de las ovaciones, B. Gollnisch felicita a la vencedora y manifiesta su fidelidad al partido y su deseo de dejar las manos libres al nuevo equipo, por lo cual renuncia al puesto de Vicepresidente que le fue propuesto.

Las palabras de adiós del padre

La tonalidad del discurso de *adiós* de Jean-Marie Le Pen fue de una gran fidelidad a sus convicciones y creencias clásicas: la denuncia del mito y la resistencia, el papel de las guerras de descolonización, un recuerdo a la figura (relacionista y antisemita) de François Duprat, su compañero en la fundación del FN en 1972.

En su discurso de introducción al congreso (sábado en la mañana), Jean-Marie Le Pen hace un paralelo entre el renacimiento del FN y la emergencia política de Marine Le Pen. En efecto, sus palabras muestran que ha decidido de apoyar con todo su peso la candidatura de su hija. Así, recuerda que en 2007, en un terreno antes ocupado por la izquierda, Marine Le Pen había obtenido 40% de votos. Y se felicita del sentimiento que los franceses patriotas vean en ella un signo de su tenacidad. En cambio, no se priva de ironizar sobre el papel de Bruno Gollnisch -sin

nombrarlo- en tanto director de la campaña electoral y de los problemas financieros del partido, así como su falta política de no haber hecho una campaña de terreno.

El viejo líder (82 años) vuelve a tomar la palabra en un verdadero discurso de *adiós* el sábado en la tarde. Durante más de una hora hace el balance de su larga carrera política (55 años), sin lamentar ninguna de sus acciones ni ninguna de sus palabras. Al contrario se declara víctima del sistema y celebra su partido como la última esperanza de cambio ante la decadencia del régimen de partidos políticos. Recordará con pasión uno tras otro los múltiples incidentes que marcaron su leyenda negra. Y dirá: “En cada momento hemos sido implicados, en mayor o en menor grado, e ignominiosamente designados como culpables “... concluyendo: “todos mis propósitos han sido distorsionados de su sentido real, a fin de juzgarme como un brujo, porque he rechazado de someterme a la dictadura de la policía del pensamiento”.

La voz renovadora de la hija

Mucho más sorprendente fue el discurso de Marine Le Pen que marca una orientación social, cuyo acento es la defensa de las capas medias y populares frente a los *exageradamente ricos* y al *reinado del dinero*, la injusticia generalizada, junto a una voluntad de rehabilitar el Estado proteccionista.

El tema de la inmigración fue marcadamente marginado, en cambio la cuestión de la islamización fue evocada en los términos siguientes: “Europa no es un califato, la Francia no es un califato “. Al mismo tiempo los valores de la Republica, y de la laicidad adquieren una resonancia casi inédita en un congreso del FN.

De manera casi insólita Marine Le Pen cita el artículo 2 de la Declaración de los derechos humanos del 26 agosto de 1789: “El objetivo de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales y perennes del hombre. Esos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión. Y hace un llamado a la restauración del Estado-Nación “protector y eficaz, al servicio de la comunidad nacional, garante de

la laicidad, de la prosperidad y de las libertades”. Y añade, a fin de salvarnos de lo arbitrario, de las feudalidades y del comunitarismo. Más adelante cita el artículo 2 de la Constitución de 1958 “El poder del pueblo, por el pueblo, y para el pueblo” como custodio de los derechos fundamentales de los ciudadanos.

Los ataques a la política de la derecha se mezclan con las críticas de las *asociaciones supuestamente antirracistas* que utilizan una censura desmedida. Denuncia en términos claros una fractura étnica y el multiculturalismo asegurando que le FN desea “todo por los ciudadanos, nada por los comunitarismos” y la promesa de inscribir en la Constitución que “La Republica no reconoce ninguna comunidad”. Y colmo de la retórica de seducción, se permitirá de citar a Jaures, el líder socialista asesinado en 1914 en la víspera de la Primera Guerra Mundial, como lo hiciera también N. Sarkozy en su discurso y candidatura presidencial el 14 de Enero de 2007.

Al final del discurso formula la proposición de tomar contacto con los partidos de la nueva derecha nacional popular (el término populista no es utilizado) de Geert Wilders (Holanda) y de Oskar Freysinger (Suiza) que ofrecen un ejemplo de la línea política de des-diabolización susceptible de interesar al FN.

La fuerza de carácter de Marine Le Pen se expresa sin sofisticaciones: “la elección de Presidente es toda una línea política que será escogida. Y es lo esencial. Los que no están de acuerdo con esa línea política bien se someten a la voluntad de los seguidores del FN, o bien se retiran”. Y añade: “creo que las síntesis son nulas...la política se encarna” (Le monde 16-17.2011)

Por cierto, pese a su voluntad de encarnar otra línea, Marine Le Pen permanece tributaria del fondo ideológico xenófobo de su partido, a la visión contestataria y una dureza mental introducida por J.M. Le Pen. Los temas de base son los mismos. Pero una sutil diferencia de discurso puede introducir la duda y la confusión en un electorado infinitamente hastiado de las promesas de una clase política

cínica sin perspectivas ni honor. Y resulta evidente que la nueva imagen puede conducirla sino directamente al poder, seguramente a jugar un papel en la nueva recomposición política en 2012 y en los años siguientes.

Su entorno está constituido por hombres y mujeres militantes desde hace mucho tiempo y pertenecientes a una generación en la madurez de la edad. Son una mezcla de intelectuales y políticos, cuya articulación se hace en torno a un deseo fuerte de poder, una revancha a tomar y una lógica de combate.

Un nuevo aparato político: los hombres de Marine

Marine Le Pen, integra en las instancias del FN, sin proceder a una purga, las principales figuras de su equipo de campaña y otros que están en su línea política. Comparten el tener más de 20 años de militancia y ser jóvenes políticos de terreno, pero también con una sólida cultura ideológica obtenida en las escuelas de cuadros y las diversas estructuras de pensamiento en torno a los intelectuales de la nueva derecha y/o haber pertenecido en una época al grupo de B. Megret, quien rompiera de manera brutal con la mayoría lepenista hace algunos años. Y en otros casos haber sido militantes de grupos o partidos de izquierda.

Louis Aliot fue nombrado Vice-Presidente. Hombre de Marine en el sentido propio y figurado del término. Figura pensante y hábil negociador. Miembro de una familia de izquierdas que se convierte a la derecha después de la guerra de Argelia y antiguo jefe de gabinete de J.M. Le Pen. Doctorado en Derecho en la Universidad de Toulouse.

Marie-Christine Arnautu nombrada Vice-presidente encargada de los asuntos sociales. Miembro del Buró Nacional desde 2003 y consejera regional. Steeve Briois y militante desde 1988. Activo responsable en la comuna de Hénin-Beaumont, miembro del Buró político y recientemente nombrado secretario general del FN.

Laurent Ozon hace su entrada directamente en el Buro político. Exmiembro de una de las formaciones de extrema derecha

más duras: el bloque identitario. Fundador de una revista de ecología. Y encargado de la nueva ecología del GRECE. Ideólogo que colabora en las revistas de la nueva derecha. Un personaje cercano a Ozon es Kienne de Mongeot, iniciador del naturalismo y de las proactivas deportivas de sabiduría del cuerpo.

Otro recluta en el Buro político es David Mascré, doctorado en matemáticas, filosofía e historia de las ciencias. Profesor de geopolítica en la Escuela de altos estudios internacionales (HEI) y la Escuela de altos estudios comerciales (HEC). Se interesa por diversos temas como la geoestrategia, el análisis de prospectiva de las nuevas formas de violencia y de criminalidad.

También hay que integrar en este grupo intelectual a Alain Soral excomunista convertido al FN bajo la influencia directa de J.M. Le Pen. Su actitud independiente y egocéntrica, lo condujo a alejarse del FN, aunque permanece cercano al grupo de intelectuales próximos de Marine Le Pen con quien aparentemente coincide en la línea política.

Otros consejeros que sin ocupar puestos precisos en el nuevo organigrama del FN, juegan un papel importante en el círculo cercano a Marine Le Pen son Philippe Olivier, Frédéric Chatillon, Christian Bouchet, y Philippe Péninque. Se trata de una serie de figuras de extrema derecha que son conocidas como ideólogos agitadores de ideas nacionalistas extremas. La participación de Philippe Olivier marca una cierta reconciliación entre política y familia. En ruptura con las orientaciones de J.M. Le Pen, decide en compañía de su esposa (Caroline Le Pen) hacer alianza con Bruno Megret, pero romperá con ese grupo en el año 2000. Otro caso es Philippe Péninque, neo-liberal-conservador, cercano de posiciones otrora radicalmente anticomunistas. La incorporación de C. Bouchet, ex miembro del Movimiento nacionalista revolucionario, constituye una muestra más de las diversas tendencias de extrema derecha que se han asimilado a la nueva orientación del FN. Su producción intelectual está ligada a sus estudios universitarios en etnología, derecho, ciencias

económicas e historia. Miembro de diversas revistas políticas como Resistencia, Lutte du peuple y del Circulo Ernest-Renan. Frédéric Chatillon aparece ligado a la nueva dirección del FN en calidad de jefe de una empresa de comunicación. Antiguo responsable del grupo de unión de derecho, GUD, movimiento estudiantil que desde 1980 se ubica en una óptica de nacionalismo revolucionario y luego una suerte de reagrupación de tendencias extremistas periféricas al FN: regionalismos, apoyos anti-imperialistas, anti-norteamericanismo, antisionismo, neopaganismo, y de elementos católicos tradicionalistas, conocidos por sus relaciones con el humorista Dieudonné, cuyas posiciones antisionistas y pro-palestinas le han conducido a varios procesos en justicia.

En resumen, una nueva generación de nacionalistas de todos los colores, sin complejos, bien formada ideológicamente, que puede controlar el aparato del partido y fortalecer las opciones estratégicas de Marine Le Pen, y en posesión de una experiencia política intelectual y de calle sin comparación a la de los compañeros de armas de J.M. Le Pen y los ancestros del nacionalismo revolucionario. La larga marcha del lepenismo se encuentra en su fase de expansión y de conquista como lo muestran las cifras de una reciente encuesta (IFOP-Marianne-Europe 1). Destacamos tres resultados significativos:

En primer lugar que los electores del FN se feminizan: pasando de un 14% en 2010 a un 20,5% en 2011. Luego se observa un avance espectacular en las categorías populares; en un año el FN gana 12,5% y en total el 37%. Con lo cual el FN se transforma en un partido de trabajadores, lejos del 17% de la izquierda y del 15% de la derecha. Y, finalmente, la progresión del voto FN se focaliza en los sectores activos: 25 % de jóvenes (entre 20 y 34 años) y de mediana edad (35-54 años) con un 29,9 %. Sin olvidar que el FN dispone de reservas de votos entre los abstencionistas que representan más de 50% del electorado.

Imposible de negar que el FN se muestra persuasivo más allá de la simple contestación y que su postura representa un nuevo

populismo crítico y ambicioso que corresponde a un electorado que votando por el FN consolida sus bases ideológicas tanto como a su actitud de protesta popular.

La postura, los dilemas de 2012 y mas allá

La estrategia actual del FN está destinada a dinamitar los debates políticos clásicos. Las fronteras cerradas entre la extrema derecha y la derecha republicana se vuelven nuevamente porosas. La irrupción de Marine Le Pen es una nueva pieza en el ajedrez político. Imposible de considerarla como la prolongación pura y simple de las ideas de su padre. Hay una ruptura generacional y un mundo de referencias que los separan: la colaboración durante el régimen de Vichy, la sombra del fascismo, el gusto por la guerra, el desprecio de la democracia y de sus cánones políticos, tanto como de los políticos. Por cierto el FN se dispone a cambiar su imagen pero a mantener su fondo ideológico para romper el cordón sanitario en su torno y quebrar la comuna vertebral de la derecha.

En ese sentido, la derecha comprende que corre el riesgo de ser absorbida, mientras que la izquierda teme ser desposeída de su discurso popular. La *lepenización de los espíritus* puede realizarse más fácilmente con la atractiva Marine que permite una menor distancia, menos recelo y poco rechazo. Las razones son simples: la defensa de Marine Le Pen de los derechos humanos y de los valores de la Republica desarmen los argumentos sobre la potencialidad fascista del FN. Los tabúes ideológicos tienden a disminuir sin desaparecer. Su aceptación del principio de laicidad aparece como una prueba de normalidad. Hasta el punto de prohibir en los desfiles del FN símbolos dudosos (nazis o racistas) y la presencia (tradicional) en las manifestaciones frentistas de los agresivos *cabezas rapadas*. Una medida disciplinaria de ejemplo fue la expulsión de un joven consejero regional del FN (partidario de B. Gollnisch) por su fotografía, realizando un saludo nazi, que se publicó en la prensa local, a la cual se suma otra medida simbólica importante, la de prohibir la doble militancia con el grupúsculo *Obra Francesa* que reagrupa

los nostálgicos del periodo de la colaboración acusado de *centrismo*.

Para el propio FN el juego se hace más difícil. Si la estrategia del FN consiste en transformarse en un partido *respectable y responsable* deberá optar por una u otra de variante de su estrategia de renovación. Sea su postura establecer alianzas y acuerdos electorales con otras fuerzas políticas de derecha). Sea su otra opción convertirse y conducirse como un partido del pueblo y posesionarse verdaderamente en consecuencia, es decir transformarse en portavoz de los sectores populares actualmente víctimas de la crisis, y captar las clases medias que se encuentran desclasadas y pauperizadas. Sin hablar -por el momento- de la necesaria postura de gobierno respecto a la política internacional y el proyecto europeo.

Las tendencias históricas profundas que se cristalizan en una necesidad de ruptura se aceleran con un FN que lidera a los insumisos y la potencial revuelta frente al orden defendido por la izquierda y la derecha. La puerta de la ruptura institucional puede hacer que contra el *statu quo* y el pensamiento conformista, el FN puede aparecer como la única opinión que aborda los verdaderos problemas cotidianos sin tabúes ni mentiras. Peor aún que la razón política extrema busque chivos expiatorios y los designados como responsables de todos los males de la situación sean inmigrantes, extranjeros y otras categorías de marginados.

Es difícil predecir los acontecimientos que se preparan en el seno de la sociedad francesa en un momento de crisis extrema y de pérdida de valores de cohesión social. La singular peligrosidad de una fuerza política en ascenso como el FN se expresa en una doble conjetura. Por una parte, una primera hipótesis benigna es que representa un movimiento neo-populista, que provocara un choque de la democracia parlamentaria sin destruir sus valores esenciales y un cambio de personal político, que a la larga retornara a sus prácticas de origen. La segunda hipótesis, mucho más inquietante, la brecha a través de la cual se instaure un proyecto político de tipo autoritario y discriminatorio que provocará un

corte en la continuidad democrática y en los valores republicanos.

En el caso del populismo, recordemos que no es necesariamente una expresión política de extrema derecha ni de extrema izquierda, sino una sensibilidad de inspiración popular contra el *statu quo* y el conformismo imperante. Su rechazo de las elites y de los gobiernos oligárquicos, de la falsa democracia y de los aparatos políticos profesionales, representa menos una ideología o un programa definidos, que una serie de síntomas patológicos que recorre el sistema político en su conjunto. La actitud populista constituye la búsqueda de un medio de interpelar las raíces profundas de un mal social y la voluntad, aun indefinida, de crear las condiciones de un cambio de sociedad. Una expresión de descontento y una reivindicación social inaudible por los hombres políticos y los responsables técnicos en el poder. Es preciso es ver en el populismo algo más que un fenómeno de masas manipuladas por un líder carismático o un partido contestatario. La noción de populismo puede designar paradójicamente a la vez una actitud de confianza en el pueblo y en los valores comunes, a través de una ruptura que busca las raíces nacionales su propia razón de ser.

En un proyecto autoritario y nacionalista la perspectiva es completamente distinta. Se puede producir un deslizamiento institucional donde la condición ciudadana puede transformarse en servidumbre humana. La instauración de un régimen dictatorial a fuerte connotación neo-fascista y enemigo de los principios democráticos y los valores inscritos en las declaraciones históricas del hombre y del ciudadano.

Dentro de este doble escenario las elecciones presidenciales de 2012 pueden ser un polvorín sobre el cual se sentará toda la clase política, incluyendo al propio FN normalizado después de su larga marcha. Marine Le Pen lo expresa de manera taxativa: “estamos en la última etapa: reunir a los franceses y acceder al poder”.

© Psicología Política, nº 43, 2011. Extracto.

El “Totalismo ideológico” en el *Front National*

Miguel Ángel Simón

Tipologías y enfoques

Inspirado inicialmente por el MSI italiano, originariamente vinculado con nostálgicos de Vichy, pero también capitalizando movimientos antigauillistas, poujadistas, católicos fundamentalistas, neonazis, incluso monárquicos, el *Front National* (FN) ha conseguido articular un discurso oportunista (ultraliberal en 1990, social-nacional en la actualidad), marcadamente interclasista, en el que “las virtudes del pueblo” (sabiduría, honestidad) se oponen a los vicios de los “corruptos gobernantes”. En su “Programa de Gobierno” (1993), el FN estructura sus objetivos alrededor de la defensa de la identidad nacional (*Les français d'abord*), y la regeneración de Francia, amenazada por enemigos externos (finanzas internacionales, UE, EEUU) e internos (inmigrantes musulmanes, judaísmo).

Por otra parte, la estructura organizacional del FN, con una red de 50.000 miembros aproximadamente, seleccionados y preparados en escuelas del partido, se orienta también hacia la capilarización de amplios sectores sociales de la mano de una “política de las emociones” que se difunde extensamente a través de toda una red de diarios, revistas y semanarios *amistosos*, con los que presenta vínculos siempre oficiosos que permiten modular un discurso ambiguo y contradictorio según el público al que se dirige.

No obstante, a la hora de establecer una tipología que nos permita delimitar claramente nuestro objeto de estudio nos encontramos con un primer problema, un problema taxonómico. Efectivamente, los intentos clasificatorios de los partidos radicales de la nueva derecha que han ido ganando relevancia en Europa en los dos últimos decenios, y especialmente en el caso del *Front National*,

difieren notablemente en el establecimiento de una clasificación e incluso de una filiación. Así, por ejemplo, nos encontramos con diferentes intentos tipológicos que van desde la consideración de estos partidos como representantes de una nueva ola surgida como reacción a los movimientos sesentayochistas – y que consecuentemente tipifican a los nuevos partidos de extrema derecha como representantes de los retos “postmateriales”–, hasta una consideración de estos partidos como la expresión contemporánea del populismo, como portadores del resentimiento, o a su tipificación exclusiva como “partidos anti-inmigrante”, “partidos de protesta”, representantes de la extrema derecha tradicional que nada tienen que ver con los valores postmateriales o, finalmente, como herederos directos del fascismo. Las variantes pueden multiplicarse hasta el infinito y sin embargo es difícil optar por cualquiera de esas clasificaciones en la medida en que, efectivamente, el FN, debido como veremos al componente esencialmente ambiguo y proteico de su discurso, articula todos los componentes en los que se basan las tipologías mencionadas. La opción por uno u otro de ellos responde por tanto a dónde focalice su atención el autor, a qué elementos destaque en su estudio de estos partidos.

Sin embargo, y en contraste con lo expuesto anteriormente, hay relativamente pocos estudios que se centren en el papel que desempeña la ideología en estos nuevos partidos de extrema derecha. Como indica Marc Swyngedow, si atendemos a la profusión de trabajos dedicados a analizar estos partidos en los últimos años, comprobaremos que “en contraste se ha dedicado muy poca atención a la ideología de estos movimientos de extrema derecha y al papel clave que tiene su utopía de la *nueva sociedad* en el intento de atraer un electorado de masas”. Y es que, subraya Hans Georg Betz, “no faltan razones para que se intente silenciar, o al menos desatender, la cuestión de la ideología y de la doctrina cuando se trata de analizar a la derecha radical contemporánea...Estos partidos han hecho generalmente pocos esfuerzos por apoyar sus proposiciones y demandas políticas en una estructura ideológica más amplia”.

La pretensión de este artículo es acometer el estudio del discurso e ideología del FN partiendo de una plantilla, o modelo, diseñado a partir del estudio de entornos totalitarios llevado a cabo por Robert Jay Lifton como método de reducción de la complejidad. Comprobaremos en qué medida el FN puede ser considerado como un movimiento que se adapte a los requisitos caracterizadores del *totalismo ideológico*. No se pretende en ningún caso negar la validez de los modelos tradicionales de análisis del discurso, sino simplemente contribuir al estudio del componente ideológico de estos movimientos desde un enfoque y una perspectiva complementaria. Este nuevo ángulo aportará, como es el objetivo de LIFTON, un esquema que sirva para vincular los esquemas más tradicionales de análisis del discurso con la necesidad de tomar en consideración, debido a la propia naturaleza elusiva del discurso de la extrema derecha contemporánea, los elementos performativos que lo caracterizan.

Elementos característicos del *totalismo ideológico*

En el capítulo veintidós de su libro *Thought Reform and The Psychology of Totalism*, Robert Jay Lifton expone los elementos caracterizadores de lo que denomina *totalismo ideológico*, una caracterización que encuentra un interesante desarrollo y extensión en *The Future of Immortality and Other essays for a Nuclear Age*. Ambos trabajos son deudores de la particular perspectiva metodológica que Lifton expone de un modo incipiente en su artículo seminal, *Individual Patterns in Historical Change*, donde se recogen las pautas metodológicas básicas que motivan el empleo de esta perspectiva como modo de estudio de los entornos intensivos de control ideológico.

La pretensión más elemental de Lifton se orienta a alcanzar una comprensión del cambio histórico a través de la incorporación analítica de conceptos que permitan aunar la perspectiva individual o interna, a la que de un modo tan marcado pretende afectar el totalitarismo, con la evidente y necesaria toma en consideración del entorno social en el que se desarrolla tal proceso. Para este autor, habida cuenta de las pretensiones de control

mental sobre el individuo del discurso ideológico totalitario, es necesario estructurar una perspectiva que nos permita analizar el discurso político atendiendo al mismo tiempo a su carácter *performativo* o *perlocucionario* y al contexto en que se desarrolla tal discurso:

Los conceptos psicológicos de naturaleza puramente individual son inadecuados para comprender el cambio histórico... Los conceptos psicosociales o psicohistóricos —relacionados con la experiencia psicológica individual y con las tendencias grupales— son esenciales para tal comprensión.

Pues bien, es desde ese requisito heurístico y metodológico previo desde el que Lifton formula inicialmente el concepto de “restauración” [*restoration*] para aludir a la capacidad *performativa* de los discursos propios de sectores extremistas entre los que incluye a la extrema derecha. Aquí se encuentra el embrión de lo que constituirá su estudio y desarrollo del discurso extremista y de su concepto de *totalismo ideológico*, del que nos servimos en este trabajo para analizar el discurso del *Front National*.

Inicialmente y en su formulación más sencilla, que pronto matizaremos, ese concepto de *totalismo ideológico* es entendido por Lifton como: “La conjunción de una ideología inmoderada con unos rasgos de carácter individual igualmente inmoderados, un terreno de reunión extremista entre la gente y las ideas”.

No obstante, antes de embarcarnos en los ocho criterios que Lifton formula como determinantes de la presencia de un discurso que se adapte a su formulación del totalismo ideológico, hay que señalar que su modelo debe ser entendido, en todo caso, como una escala graduada, un *continuum*. Lifton afirma con toda rotundidad que los ocho elementos que vamos a considerar a continuación pueden estar presentes, aunque sea en forma potencial, dentro de todos nosotros. De este modo, ante lo que nos encontramos es ante una construcción típico-ideal que nos sirve como herramienta heurística de reducción de la complejidad y como modelo con el que “pueda ser contrastado cualquier entorno”. En

cualquier caso, la pulsión hacia el totalismo ideológico en su forma más completa o exacerbada la encontraremos con mayor probabilidad en “ideologías que son más radicales en su contenido y más ambiciosas, o mesiánicas, en sus exigencias, sean religiosas, políticas o científicas. Y donde existe el totalismo, cualquier religión, movimiento político o incluso una organización científica se convierte en poco más que en un culto exclusivo”. Veamos pues, cuáles son esos ocho elementos caracterizadores del totalismo ideológico, para pasar a analizar en qué medida el FN responde a la tipología formulada por Lifton.

1. Control del medio [*milieu control*]

Este primer elemento caracterizador de los entornos totalistas es el elemento primario y básico de la articulación de estos movimientos. Es prioritario a todos los demás ya que es el que permite articular la cosmovisión del movimiento y dotarle así de identidad. Resulta asimismo central al ser el medio privilegiado para acceder a la formación de opiniones, creencias, valores y actitudes individuales o colectivos.

Así pues, este primer elemento se orienta principalmente a la manipulación de la comunicación como recurso privilegiado para el control del entorno. Lifton señala que “la característica más elemental... es el control de la comunicación humana. A través de este control del medio, el entorno totalista pretende ejercer su dominio no sólo sobre las comunicaciones de los individuos con el exterior, sino también —en esta penetración en su vida interna— sobre lo que podríamos denominar su comunicación consigo mismo”. Las palabras, el lenguaje, el control de la comunicación y de los registros de la información, la influencia en las temáticas a considerar, los enfoques que se les dan, los términos de referencia, se convierten así en un elemento esencial para el “totalismo ideológico”.

En el FN, este carácter performativo del discurso ha tenido una presencia constante; la organización siempre ha sido consciente de la potencialidad del control de las palabras. La expresión más nítida y abierta de estas

pretensiones de control del medio a través de la manipulación semiótica fue formulada por Bruno Mégret, dotándola de un carácter programático central en la acción frontista. Nos referimos a la famosa “batalla del vocabulario”:

Nuestra estrategia de conquista del poder pasa por una batalla del vocabulario...cuando hablan de identidad, de libanización, de clase político-mediática, cuando la gente de la calle, los periodistas y los políticos utilizan términos como el *establishment*, el cosmopolitismo, el pueblo, el totalitarismo larvado, entran en nuestro terreno lingüístico.

El propio Le Pen se hacía eco de ello declarando en 1991 que: “La política es siempre y ahora más que nunca una guerra del lenguaje, una guerra de vocabularios, una guerra de signos y una guerra de símbolos”. Paralelamente, y desde su cargo ejecutivo, el mismo Bruno Mégret “difundía entre los militantes listas de palabras que debían o no debían ser utilizadas (por ejemplo: no decir ‘las asociaciones antirracistas’, sino ‘el *lobby* por la inmigración’, o no recurrir a expresiones como ‘echad a los árabes al mar’ sino más bien ‘hay que organizar el regreso de los inmigrados del tercer mundo a sus países’). Finalmente, el *Front National* inculca a sus militantes las nociones elementales del discurso frontista. En un texto del Instituto de Formación Nacional, distribuido a los cuadros del partido con la pretensión de depurar su vocabulario se puede leer: “ninguna palabra es inocente... puede decirse incluso que las palabras son armas, porque tras cada palabra se esconde un plan ideológico y político”.

El objetivo quedaba así claramente expresado y, como se ve, las pretensiones son ampliamente consistentes con el “control del medio” formulado por Lifton. El éxito en tal programa no es desdeñable. Así, se ha llegado a hablar de un proceso de “lepenización de los espíritus” como consecuencia de la adopción de la temática y del complejo semiótico del FN por amplios sectores de la población francesa e incluso por los partidos políticos opuestos al FN. Esta formulación de la lepenización de los espíritus ha conocido un

notable éxito dándose el hecho significativo de que el propio Le Pen la ha hecho suya, presentándola como un logro del movimiento.

2. Manipulación mística [*mystical manipulation*] o espontaneidad planeada

Con la manipulación mística, Lifton alude a la “manipulación personal extensiva... al uso de cualquier mecanismo para el control del medio, sin importar lo extraño o doloroso que pueda ser”. Si en el anterior epígrafe encontrábamos un elemento claramente preformativo, debido a que supone un tamiz a través del que se capta el mundo (e influye así en la actuación), el objetivo explícito de este segundo componente es provocar, “desde arriba, pautas específicas de comportamiento y emociones de modo que parezcan haber surgido espontáneamente del propio entorno”.

Unido a esta espontaneidad planeada, nuestro autor presenta el elemento místico justificador de la acción: “Las personas ideológico-totalistas no persiguen este objetivo con el único propósito de mantener el poder sobre los demás. Más bien se ven impulsadas a ello por una especie de mística que no sólo justifica tales manipulaciones, sino que las convierte en un deber [justificado por un] alto propósito”.

El corolario de lo anterior es que los agentes de este proceso se perciben a sí mismos como *la vanguardia*, *los elegidos*, que deben anteponer a la persecución de esos altos fines “toda consideración sobre la decencia o el bienestar humano inmediato”. Finalmente, este mismo imperativo místico sirve como justificación última del más descarnado cinismo y produce la apariencia de extremos de idealismo y cinismo en el comportamiento de los sujetos adheridos a movimientos que podamos caracterizar como totalistas-ideológicos: “incluso aquellas acciones que parecen cínicas en extremo deben ser consideradas como detentadoras de una relación con el *alto propósito*”.

En el caso que nos ocupa, el FN, ese carácter de vanguardia ha tomado frecuentemente la forma de un compromiso nacional o incluso racial, y se ha traducido en la oposición entre la actitud de los *nacionales*

frente a la de los *antinacionales* o frente a la actitud de los individuos *cosmopolitas*³⁸. “Los individuos nacionalmente comprometidos son parte de una elite, que es capaz de abnegación y que por ello pueden hablar por la sociedad”. Según Bruno Gollnisch, hablando como Secretario General del FN:

Lo peor está llegando. Esto podría llevar al sacrificio de nuestras pertenencias, nuestra libertad, incluso quizás de nuestras vidas. Junto a Jean-Marie Le Pen, somos los líderes de la heroica y fanática falange, somos los apasionados, los determinados, los inflexibles. Debemos ser los líderes que está esperando el pueblo.

Frente a esa elite está el pueblo, manantial de virtud pero que se encuentra embrutecido y engañado. Esa distinción entre la elite nacionalmente comprometida y las masas que deben ser protegidas contra la tentación de la moderna sociedad degenerada, asume que la elite de vanguardia debe: “Liderar el alzamiento popular que liberará al país de la decadencia”; y, en coherencia con lo anterior, el partido se presenta a sí mismo como “la fortaleza y el bastión de la identidad nacional contra los proyectos cosmopolitas que pretenden mezclar los pueblos y las culturas”.

Por otra parte esa idea de vanguardia abnegada que le corresponde al movimiento encuentra una perfecta correspondencia con la esencial desigualdad que es atribuida a los diferentes miembros de una misma comunidad. Desigualdad que desautoriza todo reclamo igualitario y considera natural e idóneo el principio de jerarquía toda vez que “el principio de igualdad es fundamentalmente injusto con los más capaces”. Esa elite es capaz de lograr la restauración de la virtud a través del control político y la instauración del principio de jerarquía y orden. De ahí que, como indica Marc Swyngedow, “la comunidad ordenada sólo es posible si la autoridad pública es investida de un poder real. Los partidos de extrema derecha demandan un amplio aumento de la fuerza policial... el ciudadano también debe vigilar por el mantenimiento del orden y la disciplina. Las personas con una exagerada conciencia social

deben ser expulsadas de las fuerzas policiales y de la judicatura”.

3. Demanda de pureza [*demand for purity*]

Como se puede deducir de los puntos anteriores queda claro que en este tipo de movimientos se produce una clara división entre el bien y el mal, entre lo deseable y lo indeseable; en definitiva lo puro y lo impuro se definen como elementos articuladores del discurso de los movimientos totalistas:

“El mundo es claramente dividido entre puros e impuros, entre el bien absoluto y el más absoluto mal. El bien y la pureza son, por supuesto, aquellas ideas, sentimientos y acciones que son consistentes con la ideología y política totalistas, lo demás debe ser relegado al mal y la impureza...todas las *manchas* y *venenos* que contribuyen al actual estado de impureza deben ser encontradas y eliminadas”.

En último término, y como indicábamos más arriba, cualquier acción que contribuya a alcanzar y mantener esa pureza anhelada es considerada como intrínsecamente moral. En contrapartida, se crea todo un mundo de culpa, inmoralidad, pecado y vergüenza para todo aquello que escapa a los estrechos márgenes de pureza definidos por el movimiento totalista. Se produce lo que Lifton denomina una “culpabilización del medio”. Va unido a ello la capacidad lógica por parte de los virtuosos para determinar quien puede ser perdonado ya que su comportamiento es fruto del error y “sus impurezas están originadas por influencias externas”.

En el FN esta idea de impureza y su corolario de decadencia nacional están íntimamente asociadas a elementos que anteriormente vimos como parte esencial de los discursos de la extrema derecha. Así, por ejemplo, la percepción de impureza y de decadencia laten profundamente en “el deseo de una transformación radical del sistema socio-político, en el ataque al consenso social democrático [y en] la apelación de la extrema derecha a la gente *ordinaria*” frente a la

corrupción de los partidos tradicionales y de la clase política.

Por otra parte, unida a esa demanda de pureza se presenta una visión de Francia asediada por la inmoralidad y por el declive de los valores tradicionales, algo que se traduce en la decadencia nacional. Según Le Pen, el descenso de la tasa de natalidad es:

Una consecuencia del stress, el alcohol y el tabaco, lo que reduce la vitalidad de los espermatozoides. También es consecuencia de la denominada liberación de la mujer...el uso generalizado de la píldora anticonceptiva y de las leyes de aborto francesas son mucho más eficientes que una bomba nuclear para erradicar a nuestro pueblo de la superficie del planeta tierra.

La defensa de la virtud toma la forma del ideario tradicional ultraconservador y hace frecuentes alusiones a referencias fuertemente ancladas en los valores cristianos más profundamente conservadores y tradicionales. Los Mégretistas, tras la escisión del FN —pero conservando su sustrato ideológico intacto— hacen explícito su objetivo:

Queremos asegurar el renacimiento de las virtudes que fundamentan nuestra civilización europea y cristiana, salvar el alma de Francia y dar un futuro a nuestro pueblo...el hombre participa en lo sagrado. Sólo se desarrolla el hombre enraizado en comunidades naturales y orgánicas entre las que figuran en primera fila la familia, fundada en el matrimonio, y la nación.

La resacralización de la sociedad es un componente destacado del ideario del FN reflejado en su programa y se articula siguiendo un modelo de predominio de lo colectivo sobre el individuo:

Una civilización no puede ser duradera sin remitirse a un orden espiritual que sobrepase a los individuos, orden que deben proteger, a despecho de las vicisitudes humanas...La patria, ciudad terrena de los hombres es a la vez su lugar de enraizamiento y el marco de las virtudes...El hombre de estado francés debe asegurar la continuidad de los valores

colectivos... La sociedad no es el producto de un contrato sino el fruto de un orden...Si el enrizamiento del hombre tiene una dimensión física, también tiene, incluso más, una dimensión moral...Es el momento de reintroducir lo sagrado en nuestra sociedad. Nuestros contemporáneos no sólo tienen hambre de pan.

4. Culto de la confesión [*cult of confession*]

De consuno con la demanda de pureza encontramos una “obsesión con la confesión”. Sólo la más absoluta transparencia y acomodación, así como la disolución en el grupo, constituyen algún tipo de garantía contra la influencia de factores ajenos impuros; el esquema bipolar impureza-pureza, y su corolario decadencia-regeneración tomarán la forma de una presentación del propio grupo como la única alternativa posible ante la crisis con que se califica al entorno.

En el FN, el “culto a la confesión” ha tomado la forma de una constante culpabilización de los demás agentes políticos y de las propias instituciones republicanas demo-liberales, de este modo se presenta al propio partido como la única respuesta posible a la decadencia que aqueja a Francia. Su discurso está plagado de referencias que muestran al FN como el único partido *honesto* frente a los corruptos partidos tradicionales que han llevado a la quiebra a la sociedad francesa. Así, insistentemente ofrece una imagen dicotómica en la que el FN representa el polo de la pureza y la única alternativa de regeneración mientras que el resto de partidos son descalificados como responsables de la decadencia de Francia. En esa misma dirección, el FN ha establecido a lo largo del tiempo una estructura compleja, orientada a extenderse por amplios ámbitos de la sociedad francesa, en cuyo vértice se encuentra el partido y el propio líder; un partido caracterizado por la jerarquía y el control intensivo, tal y como indica Swyngedow: “El FN fue capaz de organizar con éxito una maquinaria partidista altamente centralizada y poderosa de tipo estalinista en los años ochenta y noventa...El aparato del partido fue

rigurosamente organizado como un instrumento para la movilización del apoyo político”. A la vez, este desarrollo interno se veía complementado con la creación de un amplio número de organizaciones periféricas encargadas de llegar a amplios espectros sociales.

Como se indicaba, unido a la demanda de pureza y a la reivindicación para sí mismos de la honestidad, el resto de partidos y la clase política son presentados como actores “corruptos” o “degenerados” responsables de la decadencia de Francia. Jean-Marie Le Pen no duda en culpabilizar al “Estado decadente, los políticos corruptos y la prensa izquierdista y masónica”.

En consecuencia, el mensaje del FN, marcado por el organicismo y la superación de la política *tradicional*, se encuentra profundamente cargado de referencias a la superación de las ideologías *rancias* por un movimiento, el FN, que va más allá de los mezquinos intereses particulares y se sitúa por encima de todo el interés nacional:

Nuestro movimiento pretende superar la vieja división entre la denominada derecha y la arcaica izquierda para unificar a todo el pueblo francés .

Numerosos autores han señalado este carácter marcadamente estratégico del discurso del FN que consiste en agrupar a todos los demás partidos bajo los calificativos, utilizados peyorativamente, de “clase política” o “el *establishment* político”, para acentuar al mismo tiempo lo que une a todos esos políticos tradicionales y lo que les separa del FN. Unido a ese rechazo de la política tradicional y de los corruptos partidos y políticos —“interesados únicamente en llenarse los bolsillos”— se encuentra una apelación al honrado hombre de la calle. Las constantes referencias a la “*bande des quatre*” (PC, PS, UDF, RPR) cumple precisamente, en una única fórmula integrada, ambos objetivos ya que a la vez que unifica despectivamente a todos los partidos opositores al FN y permite así a éste distinguirse de ellos, los califica como una banda de asaltadores. Aún más claro, según el *National Hebdo*, cercano al FN:

Estamos llamados a elegir entre la plaga y el cólera. No podemos dar nuestro apoyo a este detestable sistema que poco a poco, pero irremediabilmente, está destruyendo nuestro país

El propio LE PEN indica en el mismo sentido:

La quinta república es una vaca loca con SIDA. Los políticos franceses apestan. Por todas partes hay impotencia y corrupción...estamos enfrentados a esta epidemia masiva que amenaza con eliminarnos a todos.

Por otra parte, ese *culto a la confesión* encuentra eco en el FN y se ve reforzado de la mano de constantes referencias a complots y manipulaciones articulados para acabar con el partido. Los agentes principales de esos complots varían dependiendo del momento (cosmopolitismo, sionismo, americanos, masones, europeístas, imperialistas, etc.) y en muchas ocasiones quedan sin especificar, pero en otros casos se permite traslucir el fondo del discurso frontista. Así por ejemplo, la negativa del RPR a llegar a pactos con el FN es considerada como la “evidencia de que los líderes masones del movimiento gaullista están constreñidos por todas las fuerzas oscuras que pretenden dirigir nuestro país contra los intereses de su pueblo”.

Finalmente, numerosos autores han destacado la importancia que la figura del líder tiene en estas organizaciones. En él se encarna la fidelidad al movimiento y al ideario. A este respecto es interesante la conocida escisión del ala mégreteista del FN, pues muestra la potencia del líder y de su absoluto dominio del aparato del partido incluso por encima de sus propios órganos y normas internas, de modo que establece una jerarquía insalvable. El único caso de disidencia con el líder es claramente expresivo de lo que estamos indicando. En julio de 1998, el presidente del FN hace pública su intención de presentar como candidata a su esposa, Jany Le Pen, para las elecciones europeas de junio de 1999. Seguidamente el ala mégreteista pide la celebración de un congreso extraordinario. En diciembre Bruno Mégret es retirado de la dirección de la delegación general, que es

confiada temporalmente al antiguo secretario general del partido, Carl Lang. El 13 de diciembre, los mégrevistas celebran un consejo nacional extraordinario, en espera del congreso que debía celebrarse en enero de 1999. El 23 de diciembre, el comité ejecutivo del FN pronuncia el extrañamiento de Bruno Mégret y los cercanos a él, y anuncia la próxima exclusión de los elegidos que hubiesen participado en el congreso del 13 de diciembre. La disidencia mégrevista celebra su congreso extraordinario en Marignane en enero de 1999. Ante unos 2.500 militantes, el antiguo delegado general y sus compañeros oficializan el nacimiento del FN-Mouvement National, cuyo nombre será transformado en Mouvement National Républicain (MNR) tras una reunión del comité nacional del partido en octubre de 1999. Los resultados electorales del MNR siempre han sido de escasa envergadura.

Ésta ha sido la muestra más significativa de que, en el FN, una de las características organizativas esenciales es el predominio del líder sobre cualquier tipo de traba normativa, así como el respeto a un estricto principio de jerarquía. Ello ha llevado a señalar que la organización partidista del FN se basa en un “Le Pen omnipotente. Además de la ausencia de verdaderos notables locales, el partido sufre de una cuasi inexistencia de estructuras federales por un sistema de autoridad jerarquizado en exceso”.

Como ya indicamos anteriormente el modelo de referencia de esta organización es el Partido Comunista Francés de los años setenta (recordemos que el FN se funda el 5 de octubre de 1972), “confiriendo poco poder a los órganos representativos en el seno del aparato y concentrando los poderes en manos del presidente y su guardia próxima. En la práctica, los congresos...tienen sobre todo un papel simbólico...además hace mucho tiempo que Le Pen ha puesto en marcha un comité ejecutivo, órgano de decisión informal que no aparece en los estatutos del movimiento, pero que reúne a los principales *apparatchicks* del partido alrededor del presidente, y constituye sin duda el lugar real de poder en el FN”.

5. La “ciencia sagrada” [*the “sacred science”*]

El totalismo ideológico mantiene la necesidad de elevar a carácter incuestionable los principios centrales alrededor de los cuales se articula su mensaje. Son cuasi-dogmas que deben ser sentidos. Su visión moral del mundo sólo requiere el acatamiento debido a lo sagrado, reverencia y veneración a los grandes principios. El cuestionamiento de tales principios sólo puede ser fruto de la impureza y la inmoralidad.

Y, tratándose de principios cuasi-sagrados que representan la absoluta pureza, es imposible pensar en ningún compromiso o *componenda* con otros partidos representantes de la degeneración e ideológicamente anatémizados:

Preferimos ser derrotados...no estoy dispuesto a llegar a compromisos con aparatos o responsables políticos que considero ineficaces, impotentes y criminales.

Por otra parte es tarea esencial del movimiento expandir esos principios por toda la sociedad, de modo que *la verdad* alcance a toda la población que puede estar inmersa en el error como consecuencia de la intoxicación a la que se ve sometida. En ese sentido, desde mediados de los años 80 el FN articula toda una red de asociaciones próximas de la más diversa índole cuyo fin explícito es “superar el campo político *stricto sensu* para infiltrarse en los medios socio-profesionales”

Del mismo modo, el episodio de separación del ala Mégrevista ha sido vivido por los partidarios de Le Pen como una depuración de elementos innobles del partido que querían sacrificar la pureza ideológica del movimiento a eventuales combinaciones con los partidos corruptos. Así, como indica Alexandre Délé, “las tensiones internas...llevaron al FN a una ruptura que indudablemente fue el resultado del choque de dos ambiciones, así como del enfrentamiento sin tregua de dos estrategias...por un lado Le Pen y su gente, obsesionados con la conservación de la pureza ideológica del movimiento y rechazando el más leve

compromiso con los partidos del *establishment*, por otra parte: Mégret y su clan, preocupados por la *conquista de responsabilidades* y convencidos de que necesitarán alianzas para tener éxito”.

6. Carga del lenguaje [*loading the language*]

Esa visión maniquea del mundo y todo el corolario de consecuencias que hemos visto encuentra otra expresión privilegiada en la expresión formal del lenguaje. La característica esencial del lenguaje en un entorno de totalismo ideológico es el recurso al cliché, a formulas simples y sencillas: “los problemas humanos más complejos y de mayor alcance se ven reducidos a fórmulas breves, altamente reduccionistas, y contundentes, que puedan ser fácilmente memorizadas y expresadas”. Las fórmulas acaban convirtiéndose, en virtud de su reiterada repetición, en una verdadera jerga utilizada para escapar de los problemas de coherencia lógica que puedan aquejar al discurso del partido; se trata de un verdadero “lenguaje sin pensamiento”.

En este punto, y como se indicó en la introducción, numerosos autores han destacado la enorme importancia que en el discurso del FN tiene el tema de la inmigración, y junto a él las temáticas de la violencia, la inseguridad y la amenaza. Incluso, como indicamos más arriba, este carácter central de la temática de la inmigración ha llevado a algunos autores a tipificar al FN exclusivamente como un “partido anti-inmigración”. La centralidad de este componente en su discurso tiene sentido si consideramos que a partir de este elemento se cumplen diferentes funciones. Se fomenta y articula una identidad, se construye un *nosotros* y un *ellos* particular y acorde con la visión del FN, a su vez la inmigración es presentada como una enorme amenaza que pesa sobre el país y que justifica —en razón del principio superior de la supervivencia— la adopción de medidas radicales que sólo el partido es capaz de adoptar frente a la ineficacia de los políticos tradicionales. Finalmente, presenta una imagen de Francia asediada e invadida no sólo demográficamente sino también de un modo cultural; en definitiva, el país está en peligro de

perder su propia identidad en manos de la invasión extranjera consentida por la *clase política*:

Vienen a Francia desde todo el mundo...los franceses tienen el sentimiento de que ya no están en su casa...los millones de inmigrantes del tercer mundo no son más que la vanguardia de otras decenas de millones más...es absolutamente mortal, suicida, ver cómo entran por millones en nuestra casa.

El discurso del FN se caracteriza así por lo que Lifton denomina carga del lenguaje, por la repetición incesante de clichés, de formulas sencillas simplificadoras, sin matices, omnicomprensivas y dicotómicas; Pierre Tévanian y Sylvie Tissot, indican que los clichés elementales alrededor de los que gira el discurso del FN son básicamente los mencionados: inmigración, violencia, inseguridad y peligro. El propio Le Pen declaraba la temática alrededor de la que procede a “cargar el lenguaje”: “inmigración, inseguridad, paro, fiscalidad, desnatalidad, corrupción política...me dirijo a Francia, la hablo con mi corazón, con mis tripas”.

En la temática de la inmigración el recurso al cliché alcanza el paroxismo ya que en su fondo late una profunda y clara división entre la comunidad esencialista (definida biológicamente) y un exterior amenazador, repetido hasta la saciedad y profundamente cargado de connotaciones emocionales movilizadoras de sentimientos, miedos y angustias profundamente anclados en la naturaleza humana. Así, una y otra vez es asociada la inmigración, tomada en conjunto, con la temática de la invasión, la decadencia, la pérdida de raíces, la muerte, la pérdida de la seguridad alcanzada con esfuerzo o la disolución de la comunidad de pertenencia.

Así, por ejemplo, Jean-Marie Le Pen denuncia a los “indeseables inmigrantes que están llevando a la bancarrota a la seguridad social francesa, que colonizan nuestras ciudades y pueblos, que abarrotan nuestras prisiones, que violan y matan”. El argumento central es, como indicábamos, que su cultura y costumbres son incompatibles con las tradiciones francesas y constituyen una

inminente amenaza para la identidad del propio país y para su supervivencia ya que: “La temporalmente pacífica invasión extranjera pone en peligro la integridad cultural y étnica de Francia”. Según Pierre Vial, miembro de la ejecutiva del FN, “pronto nos veremos enfrentados con una guerra étnica y deberíamos empezar ahora a ayudar a nuestros compatriotas a prepararla”.

En ese mismo sentido, el sistema de *préférence nationale* se ha convertido en un eje articulador del discurso del FN y frecuentemente toma la forma de un discurso marcadamente economicista basado simplemente en criterios de prioridad nacional sobre la población extranjera. Así, presenta propuestas programáticas que van desde el establecimiento de una educación separada para los nacionales y para los inmigrantes, hasta la restricción del derecho de asociación o las limitaciones en la percepción de ayudas sociales —incluido el subsidio de desempleo— y la imposición de tasas a las compañías que empleen a mano de obra extranjera.

No obstante, la otra vertiente —más amenazadora— del discurso, se centra en el peligro vital y cultural que para la nación supone la invasión de inmigrantes, una amenaza que es repetida una y otra vez bajo las más diferentes formas pero, como indicábamos, siempre asociadas a amenazas vitales, a peligros acuciantes:

La nación francesa está basada esencialmente en la sangre, el territorio y la memoria... hay que estar alerta contra la amenaza contemporánea que pesa sobre Francia y su sustancia biológica.

Sin embargo, debido a la existencia de leyes y tabúes antirracistas las “afirmaciones basadas en criterios raciales o genéticos de diferenciación han sido sacados del cuerpo ideológico de la extrema derecha, aunque tales argumentos son plenamente sugeridos por la ideología del FN”, y esporádicamente suben a la superficie. Así, en ese proceso de *carga del lenguaje* el FN procede a una relectura racial de la historia de Francia; el propio Bernard Anthony, líder del sector católico tradicionalista y miembro del Parlamento

Europeo por el FN, indicaba en 1996 que “nuestro país está perdiendo su sustancia intelectual, moral y biológica. Francia está siendo disminuida, invadida, ocupada y degradada”. Mientras, Le Pen no dudaba en establecer una dicotomía de carácter racial entre “civilización” y “barbarie” y entre las capacidades y rendimiento comparativo de los “blancos” y los “negros”.

La mencionada carga del lenguaje, la repetición de clichés y de fórmulas manipuladoras nos remite de nuevo al proceso de *lepenización de los espíritus* que mencionábamos más arriba. Maryse Souchart incide en que esta lepenización del lenguaje se traduce en que “se deja deslizar naturalmente el discurso de *inmigración a musulmanes* ...la lepenización de los espíritus, es evocar las *diferencias* como si hubiese existido en un tiempo anterior una Francia ideal, sin duda blanca, homogénea, absolutamente lisa”. Antoine Math, por su parte, expone la lógica de la carga semiótica utilizada por el discurso frontista, mostrando cómo elementos centrales de su discurso aparecen constantemente asociados con formulas peyorativas; así, los términos recurrentemente asociados en el discurso frontista con el concepto de inmigración y de barrios de la periferia [*banlieu*] son: “reconquista territorial, espacios sin civilizar, salvajes, dispositivo penal, irracionales, indígenas, etc”.

7. Predominio de la doctrina sobre la persona [*doctrine over person*]

Del mismo modo que el individuo debe quedar sumergido por el colectivo, la doctrina debe predominar incontestablemente sobre las personas, sobre cualquier experiencia humana: “Se demanda que el carácter y la identidad sean remodelados no de acuerdo con la especial naturaleza o potencialidades de cada cual, sino para que se adapten a los rígidos contornos del molde doctrinal”. Y, unido a ese rechazo de los principios individualistas, encontramos una visión comunitarista o colectivista de las agrupaciones humanas, una visión en la que la comunidad esencial es, como indicamos más arriba, la nación. Para el FN “los pueblos no son equivalentes. La

distinción más usual es realizada sobre la base de sus orígenes étnicos o culturales”.

De seguir esta misma lógica aparece un enorme peligro ante Francia, consecuencia de la proliferación del *cosmopolitismo*. En este sentido son especialmente amenazadores EEUU y también la Unión Europea, calificada por Le Pen esde sus teorías del complot que asedia a Francia desde la oscuridad, como “ese cadáver que apesta” y un “verdadero crimen contra Francia”, premeditado por los “federastas y los banqueros apátridas”.

El retrato de la humanidad descrito por el FN va unido a una concepción holística de la sociedad, “respecto a la relación entre individuo y grupo, queda claro que en su esquema ideológico la comunidad étnica tiene una absoluta prioridad sobre el individuo... Los individuos no tienen existencia separada, de la que se puedan extraer unos derechos universales, están intrínseca e inseparablemente asociados con un pueblo particular... El compromiso étnico no es un enlace voluntario, sino un vínculo natural. El FN entiende que los hombres y mujeres son esencialmente los herederos de la tradición, la cultura y los valores de la nación a la que pertenecen”, y el deber de los ciudadanos consiste en mantener y transmitir esa herencia:

El interés de la nación es el de cada uno de sus ciudadanos. Nuestros pensamientos y acciones deben estar dirigidos en primer lugar hacia el interés de la nación

No existen derechos individuales más que en la medida en que sean coherentes con el *interés nacional* y con la preeminencia de la nación, en ningún caso es posible extraer ninguna serie de derechos universales, o derechos humanos, ya que parten de la abstracción del individuo, una pura entelequia sin razón de ser. Sólo la nación completa el campo existencial del individuo:

La nación es la comunidad de lengua, interés, raza, memoria y cultura, en la que florecen los hombres. Los vínculos individuales con la nación incluyen sus raíces históricas, la memoria de los fallecidos, el pasado, lo heredado.

En consonancia con todo ello, los principios individualistas son abstracciones sin conexión con la comunidad a la que por naturaleza pertenecen los sujetos. Así, el discurso del FN articula una “comunidad utópica” en la que los rasgos predominantes son esencialmente orgánicos y cuyos pilares están constituidos por los valores tradicionales que se supone que han modelado a la sociedad a través de un proceso de formación histórico mítico. Los términos esenciales de la utopía comunitaria del FN son parte del ideario conservador tradicional y han sido definidos por el propio partido como una “revolución conservadora”. Este concepto fue incorporado al partido a mediados de los años ochenta, cuando el FN buscaba nuevas alianzas entre los diferentes componentes de la extrema derecha francesa y encontró aliados entre los católicos tradicionalistas y algunos miembros del *Club de l'Horloge*. Su característica esencial es el énfasis en las leyes de la naturaleza en lo que respecta al establecimiento de una sociedad orgánica y jerárquica.

Es interesante destacar el deslizamiento doctrinal que ha sufrido el FN a este respecto y que le ha hecho pasar del más descarnado liberalismo económico a una doctrina social-conservadora. Esta última posición frente al neoliberalismo que caracterizó al partido durante los años ochenta, se adopta como parte de la estrategia de presentación moderada adoptada por Le Pen para ampliar su base electoral; esta nueva doctrina ha estado representada principalmente en el seno del partido por la corriente procedente de *Union Solidariste* encabezada por Jean Pierre Stirbois, quien en un principio defendía una tercera vía. No obstante, en los años noventa y de la mano del auge de las críticas al modelo neoliberal imperante en los años ochenta se ha producido una alteración del discurso del FN y un basculamiento hacia posiciones más social-conservadoras en lo económico, lo que ha ido de la mano de la ampliación de la base electoral de extracción obrera del FN¹⁰³, así como de la elevación de la corriente *solidarista* a las posiciones más altas del partido. En este basculamiento hacia posiciones económicamente cercanas al social

conservadurismo, el FN ha ido abandonando su discurso económicamente liberal y adoptando principios corporativistas caracterizados por el organicismo más tradicional. En el programa del FN se establece que:

Una compañía no debe ser un lugar de lucha entre empresarios y trabajadores...sino una auténtica comunidad de trabajo en la que cada uno tenga su propio papel de acuerdo a su situación en la estructura jerárquica.

De acuerdo a lo anterior, en una sociedad organizada jerárquicamente y caracterizada por el organicismo, las asociaciones tradicionales no tienen razón de ser, y los métodos de reivindicación asegurados por los derechos democrático-liberales deben dejar paso a “otras formas de solución de los conflictos”:

Los problemas no pueden ser resueltos yendo a la huelga...tampoco los métodos de las asociaciones tradicionales son aptos para aportar una solución a los conflictos sociales.

Finalmente, en el discurso frontista tiene un lugar destacado el recurso al mito de la “edad de oro”; ya hemos visto profusamente, y volveremos a encontrarlo, las referencias a la concepción de una Francia anterior, pura y poderosa, y a ello me remito.

8. Dispensación de la existencia [*dispensing of existence*]

El último elemento caracterizador del discurso propio del totalismo ideológico es una lógica emanación de lo visto hasta ahora. Como hemos indicado reiteradamente, este discurso se sirve de diferentes mecanismos que establecen una clara división entre puros e impuros, bien y mal, justos y malvados. En consecuencia el totalismo ideológico establece una distinción entre quienes tienen derecho a la existencia, *el pueblo*, y aquellos que son culpables ante el pueblo y a los que en principio nada se les debe excepto el castigo, la expulsión o la erradicación.

El planteamiento de la situación actual como un contexto marcado por la lucha contra el enemigo, ante el que sólo cabe

combatir, se traduce en una constante referencia a amenazas vitales contra el país y especialmente a la existencia de complots. Ya hemos visto varias alusiones al peligro que supone la inmigración, así como la insistencia sobre la necesidad de oponerse a ese proceso antes de que sea demasiado tarde. En el discurso del FN el enemigo a este respecto está claro y lo hemos visto anteriormente, también lo encontramos en el discurso del MNR de Mégret, que tras la escisión del FN mantiene prácticamente inalterada su ideología:

Los doctrinarios del mundialismo...quieren abrir totalmente las fronteras a hombres, culturas y productos extranjeros, promueven el intercambio, la mezcla y el mestizaje como factores de progreso...se trata de una verdadera empresa de destrucción de nuestra identidad, contra...la Francia eterna.

Jean-Yves Gallou, dirigente del movimiento, indicaba que había que hacer frente a una “verdadera guerra racial...que amenaza los cimientos de nuestra civilización”¹⁰⁹. En la misma línea, cargando el discurso sobre la amenaza a que se enfrenta Francia y la necesidad defenderse de un enemigo —que de este modo es completamente deshumanizado—, Car Lang, secretario general del FN denunciaba “la integración que lleva a la desintegración nacional, es decir, a la Francia multicultural, la Francia mosaico, balcanizada, tribalizada”. Finalmente, el *XI Congreso del FN* se abrió en abril de 2000 con el tema central de la “liberación de Francia”.

En ese mismo sentido de lucha contra el enemigo que amenaza la propia existencia, ocupa un lugar privilegiado la seguridad. En el programa del FN se puede leer que “el Frente Nacional, una vez en el poder, considerará el restablecimiento de la seguridad como una prioridad absoluta. Utilizará todos los medios para lograr este compromiso”.

En otras ocasiones el *enemigo* queda en una nebulosa sin definir quedando siempre abierta la opción de incluir a quien se considere apropiado y que no merece más que la expulsión o el castigo. Así, en las diversas

variantes de complot que suelen ser manejadas por el discurso frontista encontramos el complot europeísta: “La Europa de Bruselas y de Maastricht es una máquina de triturar naciones y pueblos”. En ocasiones, éste se presenta unido a otro de los complots favoritos del frontismo: “El complot mundialista cuyo caballo de Troya es la Unión Europea de Bruselas”.

Finalmente el antiamericanismo ha tenido ocasión de manifestarse repetidamente en virtud de las diferentes ocasiones en las que Francia se ha visto implicada en problemas internacionales al lado o frente a EEUU, evocando el “innoble e insoportable espectáculo de un Europa y Francia bajo la bota de Clinton en esta guerra de cobardes y de bárbaros” mientras que “Francia es avasallada por el Nuevo Orden Mundial”. En definitiva: “Los americanos son el enemigo”. Aún más cuando ese enemigo, en este caso, actúa en connivencia con otros participantes habituales en los complots antinacionales: “los americanos se preparan a desgajar Oriente Medio según la voluntad de las utopías masónicas”.

Podríamos decir que *también* los americanos son el enemigo, junto a otros que hemos ido viendo a lo largo de las páginas anteriores y que incluyen: masones, judíos, cosmopolitistas, europeístas o inmigrantes. Es una lista siempre abierta donde no debemos olvidar al enemigo interno, del que son figuras destacadas los inmigrantes, pero también los políticos de la oposición al FN, ocupando entre ellos un lugar destacado como organizadores de complots la ya mencionada “banda de los cuatro”.

Finalmente el demoníaco escenario de peligros, siempre inconcluso, queda algo más visible:

En el cuadro diabólico de la destrucción de Francia, llevado a cabo por los políticos del *establishment*, tras la extinción biológica (la desnatalización Francesa), la submersión migratoria, la desaparición de la nación (el euromundialismo), la cuarta esquina es la del genocidio cultural...La civilización francesa es sistemáticamente destruida.

Conclusión

En este artículo se ha realizado un estudio de los elementos ideológicos centrales del FN partiendo de la constatación de una carencia de trabajos que acometan el análisis del discurso ideológico del FN, frente a la abundancia de análisis que inciden en su vertiente institucional, electoral o sociológica. El carácter performativo de las ideas políticas y el propio compromiso del FN con articular nuevos modos de pensar la realidad que se conviertan en referentes habituales del lenguaje cotidiano, y que encontró su mejor expresión en su formulación de la *batalla del lenguaje* aconsejan prestar una atención especial a la ideología de este partido. Aún más si, como indican algunos autores, se está produciendo una paulatina *lepenización de los espíritus*.

Por otra parte, para salvar el problema tipológico siempre asociado a la catalogación de un partido caracterizado por un discurso enormemente voluble, lleno de ocultaciones, sobreentendidos, velos, eufemismos y torsiones conceptuales, se ha recurrido al modelo de *totalismo ideológico* de Lifton como medio de reducción de la complejidad y que nos permita, así, acometer analíticamente el discurso frontista.

De este modo, hemos podido ver que en el trasfondo ideológico del FN encuentran acogida en mayor o menor medida, y siempre de un modo condicionado por el entorno, los elementos que Lifton ha definido como caracterizadores del totalismo ideológico. Algunos son adoptados por el FN de un modo claro y otros de una forma más larvada, pero ninguno de los elementos del totalismo ideológico es ajeno a la ideología, actuación y organización del FN.

Hemos podido comprobar cómo, ciertamente, sus valores centrales no son los heredados de las tradiciones democrática y liberal sino que se vinculan estrechamente a la extrema derecha e incluso hay elementos populistas, pero también de reacción fundamentalista, racista y, en todo caso, antipluralista. Acierta Marc Swingedow al indicar que “aunque...incidan en su compromiso con la democracia representativa

y tiendan a abandonar su bagaje fascista, se niegan a reconocer los derechos individuales básicos y pretenden restringir esos principios [liberales]”.

Ese mismo compromiso con modelos antihumanistas y ese proyecto de ganar la batalla del lenguaje como primera lucha para alcanzar el poder se traduce estratégicamente en el recurso a formas conceptuales simples, reduccionistas y sencillas, en lo que Lifton denomina *carga del lenguaje*. “Los partidos siguen una estrategia populista postmoderna que apela conscientemente a las ansiedades, a los prejuicios, a los resentimientos más extendidos, y que los explota para alcanzar logros electorales. Políticamente, la derecha radical, en general, extrae su legitimidad de ideas directamente vinculadas a los sentimientos del electorado y la opinión pública —por ejemplo sobre los inmigrantes, los extranjeros, los refugiados— más que a un conjunto bien definido de ideas”.

En último término, la metodología de Lifton, nos permite dar cuenta de cómo ha articulado el FN la naturaleza puramente discursiva de sus formulaciones con el alto componente performativo de su ideología. La *batalla del lenguaje* así como la amplia articulación del FN con toda una red de asociaciones de la más diversa índole, anuncia un proyecto que, más allá de tomar el poder, busca capilarizar amplios sectores de la sociedad francesa y convertir sus referentes ideológicos en elementos cotidianos y centrales en la dinámica política.

Lejos de constituir un repertorio vacío y meramente populista, el discurso del FN presenta marcados componentes *totalistas* que articulan una concepción ideológica autoritaria en la que, como hemos visto, pueden identificarse elementos nucleares que se corresponden con algunos de los pivotes ideológicos alrededor de los que se han construido los autoritarismos *totalistas* tradicionalmente.

Relaciones peligrosas: Un relato sobre la «*Nouvelle Droite*» y el «*Front National*»

Jesús J. Sebastián

Muchos se preguntan: ¿cómo ha conseguido un partido político encuadrado en la derecha radical europea como el *Front National* obtener espectaculares resultados electorales? Pues bien, buena culpa de ello corresponde a la influencia ideológica y al trasvase de intelectuales y activistas por parte de la llamada *Nouvelle Droite* francesa: un ejemplo de los réditos que pueden derivarse del necesario tránsito de una estrategia exclusivamente utópica, cultural y metapolítica a una actividad preponderantemente pragmática, transversal y realpolítica. Pero, ¿cómo llegó a producirse este proceso?

El principio: oposiciones

Jean-Marie Le Pen / Alain de Benoist, el opositor

Desde mediados de la década de los años 80 del siglo pasado, el *Front National* (FN) empezó a trasladar a su programa muchas de las ideas y reflexiones de la *Nouvelle Droite* (ND) o Nueva Derecha francesa, gracias a la incorporación de todo un grupo de intelectuales procedentes del *Groupement de Recherche et d'Étude pour la Civilisation Européenne* (GRECE) y del *Club de l'Horloge*, reunidos en torno a la figura de Bruno Mégret. Pero identificar FN y ND es un grave error porque existen diferencias relevantes e insalvables entre ambas formaciones. De hecho, las relaciones entre Jean-Marie Le Pen y Alain de Benoist nunca han sido favorables a un entendimiento. Entre otras cuestiones, De Benoist siempre ha reprochado al FN su acusada xenofobia anti-inmigratoria y su liberal-capitalismo. Pero lo que sí es cierto es que la ND ha ejercido una influencia notable en el FN.

Algunos analistas, no obstante, como es el caso de André Delorme, consideran que los

grecistas desembarcados en el partido lepenista habrían abandonado sus ideas neoderechistas al mismo tiempo que su militancia. Delorme asegura que “no hay elementos del GRECE en el FN”, alegando que las revistas del grupo, especialmente *Éléments*, atacaban sin piedad a Jean-Marie Le Pen y que su líder intelectual Alain de Benoist siempre habría manifestado su absoluto rechazo por el movimiento nacional francés. Otros, sin embargo, como Roland Gaucher, opinan lo contrario: los intelectuales grecistas enrolados en las filas lepenistas “se han formado en una determinada escuela de pensamiento e, incluso, si ya no forman parte de la *Casa de Benoist*, siguen marcados por ella, del mismo modo en que alguien que ha dimitido de la *Acción Francesa* puede seguir siendo maurrasiano”.

El caso es que Alain de Benoist nunca se ha encontrado en el mismo campo político que Jean-Marie Le Pen. Él mismo ha declarado en múltiples ocasiones que nunca ha confiado su voto a la formación frontista. Pero el pensador francés, en diversas entrevistas, siempre ha dejado claro que no profesaba enemistad alguna por el líder del FN. Para De Benoist, Le Pen es «un hombre valiente y, seguramente, uno de los pocos auténticos hombres políticos de nuestro tiempo ... Cuando he tenido que criticar al Front National no lo he hecho para contribuir a su demonización, ya que, por otra parte, nunca he considerado ni por un momento que representaba una amenaza para la República ... El Front National registró resultados electores importantes, pero no pienso que haya hecho reaparecer a la derecha en la esfera política de una forma positiva. Centrar su discurso en la inmigración, como ha sucedido durante mucho tiempo, inmediatamente lo presentó con un partido anti-inmigrantes, como el partido de la xenofobia y la exclusión. Seguramente era rentable electoralmente, pero se hacía creer que todos los problemas a los que se enfrenta nuestro país se resumen en la cuestión de la inmigración, simplificación que yo no he admitido en ningún momento. La consecuencia fue el renacimiento inmediato de un “antifascismo” –tan anticuado como el “fascismo”– que consolidó un debate en

términos anacrónicos. Así, la inmigración se convirtió en un problema silenciado, del cual ya no es posible hablar con normalidad.»

Una de las principales críticas de De Benoist a Le Pen se centraba en su actitud pro-americana: «Como miembro de la derecha tradicional, Le Pen estaba acostumbrado a razonar desde la perspectiva de “Occidente”, más que desde la de “Europa”. Ésta es una herencia de la época de la Guerra Fría, cuando se suponía que el “mundo libre” tenía que constituir un bloque unido contra la Unión Soviética. Por otra parte, cuando el FN comenzó a tener algún éxito era la época de Reagan y Thatcher. Por tanto, Le Pen, como un verdadero político oportunista decía que era “el Reagan francés”, pero evidentemente no le funcionó. Posteriormente, ha tenido una evolución hacia el anti-americanismo. Y, en consecuencia, también empezó a situarse en contra de la Unión Europea y contra los Estados Unidos, al mismo tiempo. Hoy en día Le Pen ve cómo todo el mundo, bajo la globalización entendida como un Nuevo Orden Mundial, está organizado bajo la dirección y los intereses de los norteamericanos. En una situación así, Le Pen suena como la voz discordante, como corresponde su lugar en el panorama político francés». Este anti-americanismo, inspirado por Bardet, provenía de algunos elementos de la crítica radical a la “ideología americana” realizada por la ND, pero la actitud de Le Pen no se fundamentaba en razones ideológicas o filosóficas, sino en defensa de una posición que fuera rentable electoralmente.

Asimismo, a Alain de Benoist nunca le ha agradado la tendencia de Le Pen de inclinarse a la derecha, en una época en la que la separación izquierda-derecha ya no significa nada, algo que le condenaba por adelantado al guetto de los perdedores y sus nostalgias. En esta crítica, De Benoist piensa que el “partido político” es una forma pasada de acceder al poder, una forma de acción política privilegiada en la época de la modernidad, pero en la actualidad, los que acceden al poder constatan que su margen de maniobra es muy exiguo y que deben sacrificar su programa porque las influencias los superan. La política

abandonó sus instancias tradicionales y son los mercados financieros los que tienen más poder que los Gobiernos y los Estados. Para De Benoist, un movimiento protestatario como el lepenista no tiene ninguna oportunidad de llegar al poder en un sistema donde las posiciones de poder están predeterminadas, de tal forma que sólo gobernarán aquellos que no vayan a cambiar básicamente nada. Para De Benoist, el FN tendría que decidir entre dos opciones: o bien convertirse en un partido respetable, un partido de derecha que, en última instancia, pudiera llegar a ciertos acuerdos políticos con la familia derechista (la UMP), o bien ser el portavoz de las clases populares y medias que sufren los costes de la crisis y que se encuentran amenazadas de un empobrecimiento y desvertebración socio-económica.

Alain de Benoist es consciente de que la relación entre los hombres políticos y los intelectuales siempre ha sido difícil, especialmente en la derecha, donde las reacciones emocionales dominan siempre frente a la reflexión. Los hombres políticos, como Le Pen, miran a los intelectuales con desconfianza, como a seres complejos, cuyas ideas dividen y confunden al electorado. Eso fue, quizás, lo que frustró el desembarco de los intelectuales grecistas en la formación política lepenista.

En definitiva, a Alain de Benoist siempre le llamó la atención del gran número de personas que tomaron en serio, desde el primer momento, a Le Pen, ya fueran partidarios o adversarios. Nunca consideró que Le Pen fuera un peligro, ni siquiera que pudiera alcanzar el poder, si bien estaba convencido de que lo primero que hubiera hecho de alcanzarlo, habría sido adoptar una política lo más moderada posible. Durante varias décadas el “fenómeno Le Pen” ha sido un psicodrama increíblemente constante. Sin embargo, él sedujo a mucha gente, provocando la creencia de que era posible un cambio, utilizando el problema de la inmigración, para ganar las elecciones, pero los dejó con la amarga sensación de haber perdido sus mejores años para nada. El FN de Le Pen

podría haber reactivado políticamente toda una escuela de pensamiento pero, realmente, fue su enterrador. Sin embargo, el “fenómeno Le Pen” sirvió para revelar la profunda crisis que ha afectado a la sociedad francesa contemporánea, con todas sus contradicciones sociales y políticas.

El fin del principio: relaciones

Según Diego L. Sanromán -del que seguiremos su bien documentada exposición (*La Nueva Derecha. Cuarenta años de agitación metapolítica*, CIS, 2008)-, «su presencia (se refiere a la ND) se hará notar especialmente en la adopción por la línea oficial del partido de formas de estrategia de intervención metapolítica centradas fundamentalmente en el terreno cultural». Este giro hacia una especie de “estrategia voluntarista de acción cultural”, según las palabras de Bressat-Bodet, se hará más perceptible dentro de las prácticas de la formación lepenista en tanto los cuadros procedentes del entorno neoderechista pondrán todo su empeño en ocupar los medios de producción del discurso ideológico dentro del FN. «Se podría decir pues –según Sanromán-, que para los nuevos intelectuales orgánicos del partido, el éxito del *gramscismo de derechas* en lo político pasaba por una victoria de las tesis neoderechistas en el interior del partido mismo». No será entonces extraño encontrarse con ilustres representantes del viejo *GRECE* ocupando los consejos de redacción de las principales publicaciones y órganos de prensa del FN, o en los ámbitos destinados al adiestramiento y adoctrinamiento de los futuros cuadros del partido.

Las primeras victorias electorales del FN, con la inestimable ayuda de la derecha liberal-conservadora, lograron llamar la atención de los neoderechistas más inquietos y más concienciados de la necesidad de la acción política, por más que Alain de Benoist se apresurase a marcar las diferencias que separaban sustancialmente al *GRECE* del FN. Comienza entonces una fuga de militantes que se prolongará hasta principios del presente siglo: Hervé Lavenir, Bernard Asso, Roland Gaucher, Hubert de Mirleau, Pierre Debray-Ritzen, Jean-Jacques Murreau, Philippe

Milliau, Pierre Vial, Jean-Claude Valla y Jean Mabire son sólo algunos de los nombres de una larga e interminable lista. Hasta el mismo Guillaume Faye se deja seducir por el atractivo lepenista y colabora en sus campañas, si bien de forma esporádica y efímera, pero romperá con la agrupación grecista en 1987.

Bruno Mégret, el enlace

Pero la figura más importante en este proceso de desafección de la organización de la ND y de afectación al movimiento del FN es, sin duda alguna, Bruno Mégret. Para Sanromán «Mégret habría funcionado, de hecho, como una suerte de polo aglutinador de la facción neoderrechista dentro de la organización dirigida por Jean-Marie Le Pen, y habría contribuido durante un breve período de tiempo a la hegemonía doctrinaria de esa facción en el interior del partido, sobre todo desde el año 1989, cuando se hace con el control de su centro de formación de cuadros».



Mégret figuraba también como el principal promotor de *Identité*, revista teórica del FN cuyo jefe de redacción será Jean-Claude Bardet, antiguo protector de Mégret en formaciones próximas a la *Nouvelle Droite*. Bardet había contribuido, junto con otros dos fundadores del GRECE, François d'Orcival y Pierre Vial, a la creación de la Federación de Estudiantes Nacionalistas (FEN). Se incorporará al GRECE en 1969 donde ocupará el cargo de secretario general adjunto. En 1974 se encuentra también en la gestación del *Club de l'Horloge* junto a Yvan Blot y Jean-Yves Le Gallou, organización que tenía por finalidad difundir las ideas de la *Nouvelle Droite*

dentro de la dirección de los principales partidos de derecha y de la alta función pública. Después de varias experiencias políticas frustradas, Bardet y Mégret se convencerán, al fin, de la necesidad de vincularse al proyecto lepenista en 1986.

Jean-Claude Valla y Pierre Vial, los disidentes

Pero si hay algún veterano del GRECE cuyo trabajo de elaboración ideológica dentro del FN deba ser especialmente considerada, éstos son, sin ningún género de duda, tanto por el lugar destacado que ocupan sus aportaciones a la empresa neoderrechista cuanto por la relevancia que sus intervenciones han tenido en la renovación ideológica del FN, los casos de Jean-Claude Valla y de Pierre Vial. Veamos el currículum que de ellos hace el citado Diego L. Sanromán.

Jean-Claude Valla será responsable de la FEN lionesa y miembro de los comités de redacción del órgano *Cahiers universitaires* y de la revista *Europe-Action*, así como director de una publicación vinculada al grupo de Dominique Venner (entonces jefe de filas de un nuevo nacionalismo francés con proyección europea), *L'Observateur Européen*, cuyo redactor jefe es un jovencísimo Alain de Benoist (bajo el seudónimo de Fabrice Laroche). Valla figurará asimismo entre los miembros fundadores del GRECE, cuya secretaría general ocupará entre los años 1974 y 1978, encontrándose a la cabeza del equipo de redacción de *Le Figaro Magazine* en 1979. En el año 2000 crea la revista monográfica *Cahiers libres d'histoire*, dedicada a la recuperación de la historia reciente desde una perspectiva claramente nacional-revolucionaria. Dentro del FN, Valla ha hecho sus aportaciones fundamentales a la propaganda frontista como miembro directivo de dos publicaciones cercanas a las posiciones de Mégret, la *Lettre de Magazine Hebdo* y el nuevo semanario *Minute*.

Pierre Vial, por su parte, se incorpora muy joven a *Jeune Nation* y, tras su disolución, participa en la creación del *Parti Nationaliste*. Como la mayor parte de quienes conforman la primera hornada de grecistas, formará parte de la FEN y de la redacción de *Cahiers*

universitaires, así como en los comités de apoyo a *Europe-Action*, implicándose en los sucesivos proyectos políticos de Dominique Venner. Vial figura entre los fundadores del GRECE, siendo secretario federal de la *Commission des Traditions*, director de la comisión de historia y secretario general del GRECE entre los años 1978 y 1984. Dirigirá también *Éléments* y la revista teórica de la asociación *Études et Recherches*. Su acercamiento al FN tiene lugar a mediados de la década de los 80 del pasado siglo. En 1988 ya forma parte del Comité central y del Consejo científico de la formación lepenista.



La ruptura definitiva con Alain de Benoist y el GRECE parece haberse producido a comienzos de la década de los 90. En 1995, Pierre Vial funda, con un puñado de veteranos neoderechistas la asociación *Terre et Peuple*, la facción *völkisch* del movimiento nacional-revolucionario francés, con el objetivo de vincular el combate político con el imperativo de lucha cultural, proyecto promete hico que, según el propio Vial, el GRECE habría quedado incapacitado para llevar a cabo eficazmente. Vial y los suyos se convierten de este modo en los más autorizados representantes de la corriente neopagana y europeísta en el marco del partido de Le Pen. De hecho, el grueso de los cuadros de la asociación está constituido por quienes fueron relevantes teóricos del GRECE en su época de mayor actividad. El triunvirato que encabeza *Terre et Peuple* está formado, además de por Pierre Vial, por otros dos históricos de la organización: Jean Mabire y Jean Haudry, junto a otras viejas glorias como Pierre Bérard,

André Delaporte, Stéphane Bourhis o Yvan Blot. Vial cuenta incluso con la simpatía y la colaboración habitual de un Guillaume Faye convertido en francotirador solitario tras su alejamiento del GRECE, y que si algo tendrá que reprocharle al FN es su tibieza y su falta de empuje revolucionario, reproche del que estarían excluidos, sin embargo, el grupo de los identitarios de *Terre et Peuple* o los nacional-revolucionarios de *Unité Radicale*.

Según Alain de Benoist, como veremos después, Pierre Vial fue realmente el único con pasado neoderechista que pasó directamente al FN. En la reunión del consejo nacional del partido en la que se enfrentaban los sectores lepenista y megretista, Le Pen atacó directamente a Vial diciéndole: “Vaya usted a organizar un congreso del GRECE, puede que allí obtenga mayoría”. Por aquel entonces, Le Pen veía conspiraciones por todas partes y seguramente pensó que Vial estaba actuando contra él porque estaba dirigido por la ND. El caso es que Vial abandonó posteriormente el movimiento de Mégret pero no regresó al FN. Alain de Benoist recuerda cómo alrededor de 1978 o 1979 Le Pen se registró para asistir a un coloquio del GRECE y De Benoist rechazó su asistencia, pero la persona que realmente lo echó cuando Le Pen apareció no era otro que el propio Vial. Alain de Benoist hace una breve semblanza de Vial: «Esto podría parecer como un retrato de alguien que no es muy riguroso, pero Vial siempre ha sido sincero. Él es también un hombre valiente, movido principalmente por el entusiasmo, por la militancia de sacrificio. Probablemente pensaba que la mejor manera de morir sería de un paro cardíaco cuando colocaba carteles en la calle ... ».

La intervención de estos ex-grecistas explicaría, en buena medida, el marcado interés por la intervención cultural del FN. En los municipios donde gobierna el FN, el partido se muestra especialmente dedicado a la batalla en el terreno cultural. Sanromán se pregunta la siguiente cuestión: ¿Cómo explicar el desplazamiento de la actividad política del partido hacia lo cultural, teniendo en cuenta que su propaganda electoral parece centrarse de forma constante en asuntos tales como la

inmigración, la seguridad ciudadana, la presión fiscal o la integración europea? O bien: ¿Cuáles son las influencias partidistas dominantes que habrían puesto al descubierto la adopción por el FN de políticas culturales claramente intervencionistas? La respuesta, según el investigador, es simple: la presencia de todo un conjunto de intelectuales procedentes de la ND –y concentrados en el entorno de Bruno Mégret–, para los que la intervención cultural o metapolítica poseería una importancia primordial en las principales fuentes de producción ideológica del partido, en detrimento de la posición ultraliberal y no-intervencionista de Jean-Marie Le Pen. Además, la estrategia cultural del FN habría revelado la pujanza del sector megretista dentro del partido y, al propio tiempo, habría favorecido un mecanismo para escalar posiciones dentro de la organización lepenista, por encima de otras facciones implicadas en las luchas por el poder dentro del FN, como los católicos de Bruno Gollnisch.

El principio del fin: expulsiones

Bruno Mégret, número dos del FN, se encuentra a la espera de la desaparición –física o política–, de Jean-Marie Le Pen para convertirse en su “heredero”. El ascenso del sector favorable a Mégret se hace evidente durante el décimo congreso nacional del FN en 1997, donde el gran derrotado es precisamente Bruno Gollnisch, cabeza de la facción católica. Entonces, la crisis por el poder interno del partido implosiona. En 1999 Le Pen es inhabilitado judicialmente para presentarse a las elecciones europeas, ocasión que aprovecha Mégret para postularse como cabeza del partido, pero Le Pen consigue imponer a su propio candidato. Mégret no abandona y convoca un congreso extraordinario con el objetivo de hacerse con la dirección del FN y de expulsar a su dirigente histórico. Los megretistas, como Ivan Blot y Jean-Yves Le Gallou, manifiestan que “el movimiento pertenece a los militantes, no a una familia”, referencia explícita al nepotismo impuesto por Le Pen. Sin embargo, una de las hijas de Le Pen, Marie-Caroline, se alinea con el jefe de la sedición y es repudiada por su padre. El contraataque de Mégret es

neutralizado y Le Pen consigue expulsar a los disidentes, los cuales formarán la agrupación *Mouvement National Républicain* (MNR).

Con Mégret se marcharán todos aquellos activistas e intelectuales que habían servido de soporte ideológico a su carrera en el seno del partido lepenista: las organizaciones juveniles y el sindicato universitario de extrema derecha, los cuadros del potente servicio de seguridad interno, los sectores próximos a *Terre et Peuple* de Pierre Vial, la revista *Identité* de Jean-Claude Bardet y sus antiguos camaradas del *Club de l'Horlage*, Yvan Blot y Jean-Yves Le Gallou. En suma, todos aquellos que habían compuesto y consolidado la facción *neoderechista* dentro del FN. La inspiración de la ideología elaborada por el *GRECE* en la nueva formación es innegable: el programa de los nacional-republicanos está repleto de elementos procedentes del discurso *néodroitier*: en lo político, sus propuestas están próximas a las posiciones culturalistas y europeístas del primer Alain de Benoist, mientras que en lo económico, las propuestas están más cerca del nacional-liberalismo de Le Pen y claramente alejadas de las veleidades socialistas de Pierre Vial.

Con este partido, Mégret tiene la ambición de sustituir al FN y situarlo en el terreno de la “derecha nacional” y no en el de la “extrema derecha”, giro con el que espera lograr un pacto con otros partidos de la derecha democrática. De hecho, Mégret se congratula, desde su creencia en la desigualdad de las razas, de haber conseguido que una buena parte de la derecha democrática hubiera adoptado la tesis de la “preferencia nacional”. Mégret dirá: “La operación de Le Pen carece de futuro. Le Pen encarna un voto de protesta, pero fracasa cuando se trata de organizar una estrategia gubernamental constructiva. Al día siguiente de la primera vuelta de las presidenciales dijo que Francia tenía que salir de Europa y después dio marcha atrás, ésta es la prueba de que no podrá gobernar”. Mégret se convierte así en un auténtico disidente. Bajo su estilo directo, nada amigo de las declaraciones estruendosas, Mégret es un político radical, extremo más que extremista, que proclama “la necesidad de ser conscientes

de la superioridad de la civilización europea”. Sin carisma personal, ni atractivo físico, este hombre pequeño, de apariencia vulgar, pero con una educación elitista, supo remover los cimientos del aparato político del FN para arrastrar en torno a su figura a todos aquellos que compartían su ambición de llegar un día a gobernar Francia. Sin embargo, sus continuos fracasos electorales le harían abandonar la política en 2008.

Respecto a Mégret, Alain de Benoist, en la entrevista realizada por Frank Adler, opina lo siguiente: «Le Pen podía tener algunos defectos, pero tenía los electores. Mégret tenía partidarios, pero no electores. Y los electores que votaban por el FN no estaban preparados para votar a un ejemplar de segunda mano de la misma cosa. Además, Mégret no poseía los medios, el temperamento, el carisma o la presencia del animal político que era Le Pen. Sus inconvenientes eran su falta de atractivo, su perfil tecnocrático y su personalidad poco comprensiva. No se podía decir que la mayoría de los votantes de las clases populares se vieran reconocidos en él ... El error de Mégret fue olvidarse de que un partido político prospera no sólo cuando se cuenta con los dirigentes y los militantes, sino sobre todo cuando se tiene a los votantes. A Mégret, simplemente, no le gustaban los votantes: era un hombre de gabinete, un alto funcionario. Podía ser un buen organizador, un buen número dos, pero nunca hubiera podido ser un buen número uno».

En esa misma entrevista, Alain de Benoist hace unas declaraciones sorprendentes. Cuando Mégret sale del FN, la prensa escribió que la facción megretista había estado completamente organizada por la Nueva Derecha, pero las supuestas conexiones entre la ND y el FN o el MNR eran puras fantasías. De hecho, según De Benoist, Mégret nunca formó parte de la *Nouvelle Droite*. Yvan Blot y Jean-Yves Le Gallou, por el contrario, sí que fueron miembros del *GRECE*, pero lo habían dejado décadas antes, no para entrar en la extrema derecha, sino en la más respetable y clásica derecha democrática (RPR y UDF). Fue sólo después cuando dieron el salto al FN. El único activista grecista que dio el salto

directamente al FN fue Pierre Vial, el cual también rompió con Le Pen y después con el propio Mégret, al que acusó de ser un títere de Chirac.

El fin: lamentaciones

Es el final –al menos, el principio del fin– de la influencia intelectual de la ND en el FN. El *GRECE*, ya por entonces, había sufrido una lamentable pérdida de seguidores, fieles, lectores y productores ideológicos. Negándose a reconocerse en las familias derechistas tradicionales, ni en el neoliberalismo al uso, ni con el nacional-populismo de ciertos movimientos identitarios, el movimiento grecista habría muerto de *metapoliticismo*, “viendo menoscabado el ascendiente sobre su familia política de origen” y “sin haber sido capaz de ganarse a unos contestatarios que, desde la otra orilla, lo observan con una suspicacia más que justificada”. La agrupación *néodroitier* quedaba arrinconada en un vacío intelectualismo que no dejará de ser denunciado por los neoderechistas disidentes, como en el balance que Guillaume Faye hizo de su compromiso con el movimiento neoderechista, al que reprochaba su excesivo culturalismo y una peligrosa tendencia hacia el aburguesamiento. Faye, después de seguir los pasos de Pierre Vial y de su reencuentro con grecistas asimilados por el FN, en el que probará sin éxito vincular su propuesta de *arqueofuturismo*, intentará reincorporarse a la dinámica del *GRECE*, pero el grupo afecto a Alain de Benoist acabará por excluirlo definitivamente en el año 2000 por su ideología xenófoba y claramente racista.

La formación lepenista será así la ocasión no sólo de una irreparable sangría de neoderechistas, sino también el momento propicio para que algunos de los militantes de primera hora del *GRECE* pasados a las filas del FN sometan a una crítica severa los excesos de la metapolítica y reflexionen sobre los motivos de su fracaso estratégico. Bien es verdad que, para entonces, los grecistas habían ido retirándose de las posiciones de vanguardia que habían ocupado anteriormente, pero el comienzo del ascenso electoral del FN supuso además –siguiendo a Sanromán– una suerte de *retorno de y a la política*

de muchos de aquellos que habían dudado de la eficacia de la política real.

La *Nouvelle Droite* seguiría siendo una escuela de pensamiento antisistema, radical y dinámica pero, como diría Faye, “había sido relegada a la periferia del debate”. Parecía que los únicos candidatos dignos a la sucesión eran Robert Steuckers y Pierre Vial. O el propio *Front National* favorecido por la fuga y el trasvase de “cerebros” desde la ND. La estrategia cultura “metapolítica” de la ND había fracasado frente a la más mediática batalla de la “incorrección política” del FN. A partir de ese momento, se hace necesaria una revisión de las ideas originales de la ND. En primer lugar, una Europa etnopluralista y comunitarista, integradora del Islam y de otras culturas alógenas, debía dejar paso a una Europa etnocéntrica e imperialista, aliada de Rusia para constituir Eurosiberia o Eurasia, contraria al antirracismo diferencialista y al relativismo cultural preconizado por Alain de Benoist y Charles Champetier; en segundo lugar, el abandono del falso tercermundismo, para subrayar que Europa constituye una civilización superior y que la “alianza de civilizaciones” forma parte de la hipocresía de izquierdas, oponiendo al anti-occidentalismo originario un nuevo anti-islamismo; en tercer lugar, oponerse a la hegemonía norteamericana, pero exclusivamente en el plano ideológico, no civilizatorio, pues el objetivo a largo plazo sería una solidaridad occidental contra la amenaza global: el gran peligro ya no procedería de la expansión del americanismo, sino del terrorismo y el inmigracionismo islámicos.

A pesar de que el *corpus* ideológico neoderechista ha contribuido a la renovación doctrinal de las formaciones políticas situadas en el contexto de la derecha radical europea, el *GRECE*, según Stefano Vaj, se ha visto incapacitado no sólo para hacerse un hueco en las grandes antítesis que dominan el debate político, sino también, para imponer aquellas que en sus propios términos articularían la estructura de un *nuevo paradigma* de contornos aún difusos. Una posición neutralista que, según el propio Vaj, habría concluido por anular políticamente a la agrupación. En

definitiva, la ausencia de un discurso realmente pragmático —una utopía concreta y realizable—, la confusión de ideas divagantes entre derecha-izquierda, la falta de una síntesis real entre todos sus referentes ideológicos, serían los errores estratégicos que habrían derivado en su incapacidad manifiesta para ofrecer una respuesta radical y completa al *sistema*.

El futuro: conciliaciones

Marine Le Pen / Alain de Benoist, el conciliador

Después de la expulsión de Bruno Mégret y los suyos, en 2010 se inició oficialmente la campaña por la sucesión de Jean-Marie Le Pen, pugnando por el acceso a la jefatura frontista su hija Marine Le Pen y el vicepresidente Bruno Gollnisch, líder del sector católico dentro del partido. Lejos de ser la mera escenificación de una sucesión dentro del “clan”, se produjo un amplio debate interno. La hija de Le Pen y Gollnisch representaban realidades distintas, tanto generacionales como ideológicas: el segundo encarnaba el núcleo más duro del partido frente a la flexibilidad de la primera, que finalmente se alzó con la presidencia, dejando a su padre como presidente de honor.

El ascenso de Marine Le Pen se asocia a un profundo cambio en su formación política. Ha introducido notables cambios en su discurso. Perrineau concretó este cambio en el hecho de que «intenta introducir un discurso exento de referencias sulfúreas a la segunda guerra mundial y a sus dramas, jugando con las referencias al discurso republicano (laicismo, patriotismo) y reforzando el componente cultural y no étnico del discurso identitario (denuncia de la islamización, del bilingüismo)». Desde esta perspectiva, el nuevo “marinismo” se configura como el más exitoso fenómeno de *aggiornamento* de la derecha populista: ha logrado que el FN deje de ser un partido de oposición al sistema, para luchar por ser una eventual alternativa de gobierno o, al menos, para reemplazar al principal partido de la derecha (la UMP). El espacio político francés parece hallarse ante una embrionaria transición del bipartidismo al tripartidismo, con el “marinismo” como tercera fuerza emergente.

La llegada de Marine Le Pen a la presidencia del FN ha supuesto un giro ideológico relevante: se ha distanciado del posicionamiento liberal-conservador (anticomunista y pro-americano) de su padre y ha dado a su agenda un marcado acento social, medioambiental, transversal, antieuropeo (contra la Europa del euro y de los mercados, no contra la Europa del imperio y de los pueblos) y antiglobalización. Según Jean-Yves Camus, los buenos resultados electorales provienen también del hecho constatable de que el FN empieza a posicionarse de una forma totalmente distinta a la expresada hasta ahora. Han debido meditar sobre el análisis que Alain de Benoist, como observador exterior, había formulado después de las legislativas de 2007: «el futuro del FN dependerá de su capacidad para comprender que su “electorado natural” no es la gente de derecha, sino el pueblo llano. La alternativa no es encerrarse en el búnker de los “puros y duros”, ni tampoco buscar “banalizarse” o “desdibujarse”. La alternativa ante la cual se encuentra hoy confrontado es siempre la misma: querer encarnar todavía a la “derecha de la derecha” “o radicalizarse en la defensa de las clases trabajadoras.»

Alain de Benoist constata que hay tres nuevas inflexiones en el discurso de Marine Le Pen: la acentuación de su crítica al liberalismo económico y el poder del capital, su crítica muy jacobina del comunitarismo y, finalmente, la crítica de la islamización, que parece reemplazar a la tesis anti-inmigración. De Benoist está de acuerdo con la primera, pero desaprueba las otras dos: «es posible denunciar las patologías sociales sin atacar a los inmigrantes que, en algunos aspectos, son también víctimas del sistema ... Sin embargo, parece que es imposible criticar la islamización sin estigmatizar a los musulmanes ... Ello abre una puerta a la multiplicación de las alianzas *contra natura*, con el resultado ya visto de que la derecha y la extrema derecha islamóforas se están convirtiendo en Europa en una parte del sistema ideológico israelí».

Así pues, parece que el discurso anti-inmigración de Marine es casi tan obsesivo como el de su padre. Naturalmente que la

inmigración es un fenómeno negativo, para los propios inmigrantes desarraigados y para la sociedad que los recibe, tanto desde un punto de vista cultural, social, económico, etc., pero sigue siendo válida la crítica que hacía Alain de Benoist a la postura anti-inmigratoria del FN, desde una especie de “multiculturalismo diferencialista e identitario” que, no obstante, irrita a ciertos sectores por su excesiva “neutralidad metapolítica”. Decía De Benoist: «La lógica del chivo expiatorio me resulta insoportable, hacer creer que lo esencial de los problemas a los que se enfrenta nuestra sociedad ... tiene por causa la presencia de inmigrantes en el terreno nacional es simplemente grotesco ... Detener la inmigración implica, a la vez, criticar en profundidad la lógica capitalista y ayudar a los países del Tercer Mundo a romper con los espejismos del desarrollo tal y como lo conciben el BM y el FMI». Al margen de esta opinión personal, no cabe duda que la nueva derecha influyó decisivamente en el discurso anti-inmigratorio del FN por su elitista y anti-igualitaria temática y la promoción del derecho a la diferencia, lo que bien pudo servir de pantalla para ciertas exaltaciones de los prejuicios racistas.

Por otra parte, Alain de Benoist cita lo que dijo Carl Schmitt en 1920: “la era del Estado está en declive”, para denunciar el mantra “marinista” en su apelación a “un Estado fuerte”, considerando que las comunidades inferiores van a desaparecer. «Personalmente –dice De Benoist– creo que la sociedad debe construirse desde abajo, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, y que una comunidad nacional no se construye sobre la ruina de las comunidades particulares ... Es imposible crear un fuerte Estado jacobino sin reprimir la libertad de las comunidades francesas, expresada sobre todo a través de las regiones y de sus peculiaridades».

Respecto a la cuestión social, Alain de Benoist considera que el FN ha brillado por su ausencia en todas las luchas sociales, algo en lo que Marine debía ser más coherente para demostrar a los votantes que el socialismo más real corresponde al FN y no al PS o al PC.

«No es suficiente defender al “pequeño” frente al “grande” o denunciar demagógicamente el “capitalismo global”, también debe denunciar la lógica de la ganancia y de los mecanismos de acumulación de capital, desafiando los valores del mercado y la filosofía vital del negocio, y oponiéndose al utilitarismo y al interés para desenmascarar las nocivas relaciones entre clases que existen en nuestro país.»

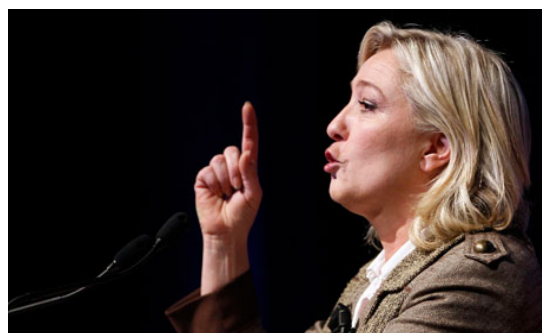
Finalmente, Alain de Benoist se pregunta si Marine Le Pen no caerá en la trampa del “choque de civilizaciones” que podría preparar el advenimiento de un Nuevo Orden Mundial, contexto que se utiliza para fortalecer el poder dominante de Estados Unidos y sus aliados y que podría desencadenar el advenimiento de nuevas guerras globales contra los pueblos no alineados.

Pero las relaciones entre Le Pen hija y Alain de Benoist parecen haber cambiado sustancialmente, al menos, por lo que respecta a los desencuentros entre éste y su padre. Marine, con precaución, no ha descartado proporcionar un foro de debate y opinión para Alain de Benoist, eso sí, con la oposición de Gollnisch, jefe del sector católico, que califica al pensador francés como el “Papa pagano de la extrema derecha”, y con la connivencia de su aliado Jacques Bonnard, que se encarga de cuidar la ortodoxia frentepopulista con sus guiños al bloque identitario y a la nueva derecha popular.

Alain de Benoist efectúa una comparación entre Gollnisch y Marine Le Pen que resulta favorable a esta última: «Gollnisch es inteligente, culto, pero no tiene carisma. Es más bien lento, un pobre organizador; no es tan malo en sus apariciones en televisión, pero todo francés pensará que hay un lado negativo en él. No veo a las masas de electores votando por Gollnisch. Marine Le Pen, en cambio, tiene dos ventajas. En primer lugar, ella es una mujer joven y, por esto, tiene los rápidos reflejos propios de la feminidad que le hicieron, por ejemplo, enfrentarse a Bernard Anthony sobre la cuestión del aborto, porque ella sabe bien lo que el aborto representa para la mayoría de las mujeres. Además, Marine no es una católica militante, la religión no es su

preocupación fundamental, de hecho hace gala de su espíritu laico. Y en segundo lugar, ella no tiene un pasado nostálgico como los veteranos de Vichy o Argelia. Ella es una joven de nuestro tiempo. Y otra ventaja es, por supuesto, su apellido Le Pen, legitimidad familiar que cuenta, sobre todo en la derecha.

De hecho, Marine considera que “no hay ningún problema con las críticas de Alain de Benoist, puesto que él no forma parte del FN. Es muy diferente de las críticas efectuadas por los miembros del partido”. La batalla entre los partidarios del tándem Gollnisch/Bompard y los de Marine Le Pen se encuentra con los cuchillos en alto. Incluso De Benoist ha dejado caer que Marine Le Pen podría “seducir” a los sectores más duros de la extrema derecha. Por su parte, Christian Bouchet, antiguo neoderrechista, no oculta sus simpatías por la joven Le Pen: “Con Gollnisch o Bernard Anthony, la extrema derecha está en ruinas. Pero se puede transformar con Marine Le Pen”.



Alain de Benoist considera que la presidenta frontista se ha embarcado en una mejora de la imagen del partido. Ha luchado contra la “demonización” del FN, en primer lugar, mediante la eliminación de los extremistas nostálgicos de todo tipo, y en segundo lugar, adoptando las referencias y el lenguaje que trascienden en gran medida la antigua división entre izquierda y derecha, especialmente en los campos social y económico. Para De Benoist, Marine Le Pen se ha consolidado como una verdadera política, refiriéndose a su capacidad para alcanzar el poder y no en su habilidad para formar una familia política, algo que la distingue de su padre y de su opositor interno Gollnisch. El FN ha provocado la evolución

gradual de una extrema derecha hacia un movimiento nacional-populista. Ahora, el FN no es sólo una fuerza creciente, que llega a todas las categorías de hombres y mujeres, cualquiera que sea su edad, profesión o situación social, sino que se está consolidando como el partido más grande de Francia. Quizás sea el momento del debate ideológico entre una Nueva Derecha y un Frente Nacional que nunca tuvo lugar.

Para finalizar, reproducimos a continuación una entrevista realizada a Alain de Benoist (publicada en el periódico digital *El Manifiesto*), tras las elecciones europeas de 2014, en la que reflexiona sobre el futuro de Europa y la victoria del Front National:

P- Tal vez se trate de tu paradoja personal: desde hace tiempos inmemoriales siempre te has definido en favor de Europa. Pero los movimientos disidentes que te leen asiduamente optan, a menudo, por posturas más nacionalistas. ¿Cómo resolver esta ecuación con múltiples incógnitas, tanto más difícil de resolver cuanto que no siempre se sabe de qué Europa estamos hablando?

AdB- El principal reproche que se le puede hacer a la Unión Europea es haber desacreditado a Europa cuando las condiciones objetivas que abogan por una Europa políticamente unida son más apremiantes que nunca. Aunque considero que el soberanismo no lleva a ningún sitio, puesto que ningún Estado aislado está en condiciones de hacer frente a los actuales retos planetarios, empezando por el control del sistema financiero, comprendo muy bien las críticas que los soberanistas vierten contra la Unión Europea. Es más, las comparto, puesto que la soberanía que se quita a las naciones no se traslada a una escala supranacional, sino que desaparece por el contrario en un agujero negro. Es más que natural, en tales condiciones, que haya una tentación a replegarse sobre el Estado nación. Pero para mí la consigna no es: “Por Francia, contra Europa”, sino “Por Europa, contra Bruselas”.

P- ¿Qué piensas de la indiscutible victoria del Frente Nacional en las recientes elecciones europeas?

AdB- Es una confirmación de que los franceses no quieren que vayan sucediéndose en el poder, año tras año, unos partidos que realizan la misma política liberal de siempre sin cumplir nunca sus problemas ni conseguir nada de nada.

Por ello, el FN aparece ante la gente como la última esperanza. Al mismo tiempo que marca un indudable giro histórico [...], el resultado del partido de Marine Le Pen está lleno de enseñanzas. Indica, en primer lugar, que ya no funciona la demonización de la que ha sido objeto, por la sencilla razón de que la gente ya no cree en argumentos repetidos hasta tal punto que han perdido cualquier sentido. Pero hay más. Resulta que esta misma demonización, que pretendía deslegitimar a un molesto competidor transformándolo en enemigo repulsivo y odiable, ha conseguido exactamente todo lo contrario: que el FN se instale duraderamente en el centro de la vida política francesa. [...]

Esta victoria electoral también muestra la razón que tenía Marine Le Pen al oponerse a quienes la empujaban a situarse como partido de la “derecha nacional”. Lo que hace actualmente el FN es superar felizmente la disyuntiva derecha-izquierda. Es entre los jóvenes y en las clases populares donde alcanza los mejores resultados: en las elecciones europeas, un 43% de los obreros votaron al Frente, ¡y sólo un 8% a los socialistas! Esta base popular demuestra que el FN ha dejado de ser un partido de protesta para convertirse en un partido capaz de aspirar al poder, al tiempo que su adversario prioritario sigue siendo más que nunca la UMP.

P- Y en este contexto, ¿qué piensas del auge de todos estos movimientos “identitarios” y “euroescépticos” en Europa?

AdB- Su común denominador es, manifiestamente, el populismo. No hay que dejar de repetir que el populismo no es una ideología, sino un estilo, y que ese estilo es compatible con orientaciones muy distintas. Basta, por lo demás, comparar el FN con la Lega Norte en Italia, o el Vlaams Belang en Flandes, para ver hasta qué punto sus posturas son divergentes, ya se trate de regionalismo,

del programa económico y social o de la “laicidad”. El auge de los movimientos populistas traduce evidentemente el descrédito de los partidos de la Nueva Clase, totalmente cortados del pueblo, y la desconfianza de la que son objeto hasta el punto de engendrar auténticos pánicos morales. También pone de manifiesto la increíble amplitud de la crisis de la representación. El FN, que ha sido el partido más votado el 25 de mayo, ¡sólo dispone de dos o tres diputados en el Parlamento! El UKIP, primer partido británico en haber superado, desde 1910, tanto a los conservadores como a los laboristas, ¡sólo cuenta con un escaño en el Parlamento de Londres! ¿Y luego se asombran de que reviente el tinglado!

Tal como están las cosas, ¿qué hacer con Europa? ¿Redefinirla? ¿Encarrilarla de otro modo? ¿Liquidarla de una vez por todas o, por el contrario, darle otra vida, suponiendo que aún sea posible?

Europa es actualmente un gran cuerpo enfermo, paralizado, bloqueado, incapaz de definir su identidad, dispuesta a salir de la Historia para convertirse en un objeto de la historia de los demás, como lo muestra su dócil consentimiento a fundirse en una gran zona de libre comercio atlántica donde se impondrían ineluctablemente las normas medioambientales, sanitarias y sociales de los Estados Unidos. Esta Europa se ha construido desde el comienzo en contra del sentido común, de arriba abajo, sin tener en cuenta el principio de subsidiariedad, sin fijar fronteras y sin que nunca los pueblos hayan estado asociados en su construcción. Es una Europa que, sumida en el buenismo y en la falta de conciencia de sí misma, ha hecho suyos los principios del liberalismo más destructivo. Encarrilarla por otros derroteros implicaría que decidiera ser una potencia soberana y no un mercado, y que esta potencia fuera capaz de encarnar un modelo de cultura y de civilización capaz de jugar su papel en un mundo que volviera a ser multipolar. Lejos estamos de todo ello.

Algo ha cambiado en el *Front National*: Marine Le Pen ha vencido

Ernesto Milá

El papel de Marine Le Pen en la campaña electoral

No es la primera vez que una campaña del Front National ha llamado la atención. Guillaume Faye ya recordaba hace diez años que varios intelectuales franceses insistían en que centro-derecha, centro-izquierda y centro-centro “venden imagen”, pero sólo el Front National hace política. Y hace política porque presenta propuestas concretas. Estas serán más o menos aceptables para el electorado, más o menos discutibles, pero son, al fin y al cabo, propuestas inéditas que se salen del encefalograma plano del resto de programas políticos.

Sarkozy basaba toda su campaña electoral en la recuperación del voto que se inclinaba desde hace seis meses de manera inequívoca hacia la derecha-nacional. En los sondeos la intención de voto que recogía Marine Le Pen llegó a alcanzar el 35%, eso fue lo que decantó a Sarkozy por cifrar el destino de su campaña en recuperar esa masa electoral. De ello dependía su reelección. Lo único que consiguió fue no quedar en ridículo recuperando buena parte de esos votos, pero no los suficientes, entre otras cosas porque el electorado del Front National ha ido variando con el paso de los años. Algo que los estrategas de Sarkozy no entendieron: pensaron que bastaría una pequeña campaña “imperial” en Libia para recuperar a los amantes de “la grandeur” que, por algún motivo, esperaba que fueran mayoritarios en el Front; pensó que mediante una operación visiblemente montada por servicios de inteligencia (públicos o privados) en el arranque de la campaña que generaron por enésima vez el viejo truco del “loco asesino solitario”, en este caso Mohamed Merah, que

le sirviera como excusa para poder situarse en el centro de la polémica anti-inmigracionista, los votos “islamófobos” le afluirían en riada; y, entre la primera y la segunda vuelta, cuando percibió que solamente el 18% de votantes que había entregado su confianza a Marine Le Pen, y acentuó sus declaraciones antiinmigracionistas, lo que estaba haciendo era confesar que su reelección dependía precisamente de los votos de la derecha nacional. O mejor dicho, de los votos que el electorado había entrado a Marine Le Pen y al Front National. Pero algo había cambiado en el interior de esta formación, algo que Sarkozy no entendió y que François Hollande entendió pero no quiso creer. Si Hollande se sentará en el Eliseo es gracias a que Marine Le Pen se negó a entregar sus votos al judío húngaro y no gracias a sus propios méritos o al tirón que pudiera tener en el electorado...

Algo ha cambiado en el Front National

Hace un año se produjo el relevo: Le Pen sucedió a Le Pen, la hija tomó la llama del padre, pero los analistas no percibieron que esto iba a ser algo más que un simple relevo generacional. La hija ha hecho lo que el padre se negó a hacer a pesar de que todo le arrastraba a hacerlo: la conversión del Front National de un partido de la derecha nacional clásica a un partido transversal con una implantación preferencial entre los jóvenes y los trabajadores. A partir de los años 90 era evidente, los estudios sobre el origen de los votos del Front National así lo demostraban, que papá Le Pen tenía tirón creciente entre los jóvenes y entre los trabajadores... pero su política distaba mucho de estar orientada hacia esos sectores. De hecho, las propuestas de aquel Front National y del propio Le Pen eran las de un hombre de derecha nacional más o menos convencional y, si se nos apura, a la antigua usanza, casi un petainista, o un antiguo lector de Maurras que parecía de espaldas a la realidad de los años 90 acaso por la edad. Las ideas de Jean Marie Le Pen no habían cambiado mucho desde que fue el diputado más joven de Francia en la bancada del partido poujadista, ni cuando dimitió de su cargo para presentarse voluntario para combatir en Argelia como teniente de paracaidistas...

Si Jean Marie Le Pen logró alcanzar la segunda vuelta en las elecciones de 2002 fue precisamente porque en Francia el problema de la inmigración había ido demasiado lejos. El hecho de que en aquel momento existieran varios cientos de barrios, verdaderos guetos, en los que la legalidad republicana ya había dejado de existir y el hecho de que la clase política se negara a reconocerlo o que la progresía pidiera más inmigración, más multiculturalismo y más mestizaje, fue el causante de que unos sectores crecientes del electorado popular votara a J.M. Le Pen no tanto por afinidad hacia el programa del Front National como por rechazo a la inmigración masiva. Bastaba entonces con que un candidato desaprensivo y psicópata como Sarkozy, a última hora, el último día de campaña, hiciera un alegato desaforado contra la inmigración masiva, para que ese electorado fuera recuperado por la derecha liberal. Si entre las elecciones de 2002 y las de 2007, J.M. Le Pen perdiera la mitad de sus votos en las presidenciales, eso se debió precisamente a que Sarkozy los recuperó simplemente fotocopiando las propuestas del Front en materia de inmigración repitiéndolas a través de sus altavoces mediáticos, de bastante más volumen que los del lepenismo. Pero eso ya ha terminado.

Ahora hay otro Front National diferente del de hace cinco años. El relevo ha sido mucho más profundo que si se tratase de un mero relevo generacional. Marine Le Pen no se ha limitado a realizar las mismas propuestas que su padre. Eso le ha llevado a un éxito sin precedentes: su candidatura ha sido la más votada entre los jóvenes y entre los trabajadores. La diferencia estriba en que ahora el programa del Front ya no es fácilmente asumible a última hora por el candidato más desaprensivo, ya no se puede copiar impunemente. Y esto por varios motivos.

En primer lugar, la campaña electoral y los resultados de la primera vuelta han servido para transformar lo que hasta ahora era una opción marginal (se puede obtener el 15% de los votos y ser marginal en política, el Movimiento Social Italiano, se acercó a estos

resultados a principios de los 70 y en los años 80 y no pudo nunca ser considerado como un partido más, sino que siempre siguió siendo una fuerza marginal) en la tercera fuerza en discordia. Esta campaña ha llevado al Front National de la periferia de la política, al pelotón de cabeza. El hecho de que Marine Le Pen fuera capaz de debatir (y de qué manera y con qué combatividad y, por supuesto con qué argumentos, demostrando que está al tanto del debate político, económicos y cultural que está abierto en Francia en este momento) y que en el curso de los debates, sus argumentaciones fueran sólidas, ha conseguido que el Front National fuera “desdemonizado”... ahora les va a ser muy difícil a los profesionales del antifascismo y del antirracismo, seguir presentándolo como un peligro para la democracia; era evidente que nunca lo había sido y que ni la hija ni el padre han albergado nunca la intención de derribar las instituciones democráticas ni de abolir las libertades, ni realizar progroms ni atentados a los derechos humanos fueran cuales fuesen...

Además Marine Le Pen es mujer. Seguir presentando al Front National como una fuerza retrógrada, machista, dirigida solamente por hombres acompañados de mujeres sumisas e invisibles, era un arquetipo que solía esgrimir la derecha liberal, el centro y los socialistas y que a partir de ahora ya no podrán utilizar nunca más. De hecho, ha sido la única mujer que se ha presentado a la campaña electoral (a excepción de la candidata ecologista que apenas recogió el 2,31% en la primera vuelta). Estamos aquí muy alejados de otras mujeres que habituales en la derecha nacional. Se nos ocurre, por ejemplo, la figura de Alessandra Mussolini, cuyas oscilaciones políticas casi copernicanas, se unían a una falta de capacidad para enarbolar un discurso coherente en los debates y todo se limitaba a utilizar las “artes napolitanas” en los mismos (gesticulaciones, descalificaciones, excitación de los bajos instintos de los presentes, etc.). Con Marine Le Pen estamos –afortunadamente- ante otro estilo. Y ante otras ideas...

Hace meses se publicó el libro *Pour que vive la France* escrito por la candidata

(asesorada por un equipo de intelectuales y técnicos) en el que se recogían las ideas que iba a defender el Front National y su candidata en esta campaña electoral. Hasta después de la segunda vuelta, la existencia de esta obra apenas ha sido conocida fuera de Francia pero en el vecino país ha sido, sin duda, la obra más comentada y, seguramente, la más leída.

¿Qué nos cuenta Marine Le Pen en esta obra? Nos señala a un enemigo: la globalización y el mundialismo, el neoliberalismo y los “señores del dinero”. A diferencia de su padre, que en las últimas declaraciones todavía seguía considerando que uno de los enemigos era “el comunismo” (que hoy ocupa un papel residual en la política francesa y que, en ningún momento, ni siquiera “por tradición” puede ser considerado como “enemigo principal”), su hija en cambio ha situado con mucha más precisión y actualidad al enemigo. Y con mucho más realismo. Esa es la primera gran diferencia. El discurso anticomunista clásico propio de los años de la guerra fría ha estado completamente ausente. Es más, algunos “intelectuales de derechas”, los equivalentes aquí a libertaddigital o a interecomonia, han acusado a Marine Le Pen de “comunista”... Ahí está Yvan Blot, antiguo cuadro del Front, fugado durante la escisión de Bruno Mégret y dirigente del Club de l’Horloge, un nacional-liberal, que no dudó en calificar a Marine Le Pen como “la última marxista de Occidente” y la ha llamado “Marine La Roja”. Como puede verse, la estupidez de la derecha liberal no es privativa de este lado de los Pirineos.

¿A qué se deben estos exabruptos de la derecha liberal? Hay que leer las páginas de *Pour que vive la France* para entenderlo: Marine Le Pen establece una relación casi gramsciana entre la superestructura cultural y la infraestructura económica y, así por ejemplo, nos dice sobre la globalización: “Es una alianza entre el consumismo y el materialismo para sacar al hombre de la Historia y precipitarlo hacia (...) la era del vacío”. Si hasta ahora la única forma de oponerse a la globalización era “desde la izquierda” (el movimiento de los indignados, por ejemplo, en España debatió sobre quién

podía indignarse y en su democratismo ridículo resultó que la indignación era privativa... de la izquierda. No es de extrañar que la indignación esté a un año de su irrupción en el baúl de los recuerdos) ahora esto ha terminado... Quien intente aislar al Front National como “fuerza del sistema, autoritaria y fascista” está llamado a caer en el ridículo (notorias progresistas de izquierdas como Ignacio Ramonet tienen hoy las más serias dificultades para explicar por qué las clases populares y los jóvenes están siguiendo a una opción “fascista” y cómo es que esta llama a la lucha contra la globalización y el mundialismo de manera mucho más creíble que quienes, como el propio Ramonet, defienden –pobres diablos– “otra globalización”...).

Luego están las fuentes argumentales. Jean Marie Le Pen, como hemos dicho antes era un hombre de derecha nacional clásica. Sus fuentes eran Maurras especialmente y especialmente Maurras, quizás algún otro intelectual contemporáneo (Jean Cau, y algún otro) pero siempre vinculados a su área política. Esto suponía una limitación, algo así como decir, lo único que nos interesa es lo que teorizamos nosotros y nuestra gente, fuera de nuestros altos muros no hay nada que nos atraiga. Y eso contribuyó durante treinta años (entre 1982 y 2012) al aislamiento del Front National y a que sus intentos de participar en el “debate nacional” que se estaba dando en esos momentos en Francia fuera marginal y se permaneciera en el aislamiento. Pero esto ha cambiado. Hay toda una cohorte de intelectuales que son interesantes para la teorización del Front National en tanto que aportan nuevos puntos de vista susceptibles de ser integrados en su discurso, sin duda mucho mejor que en el de cualquier otro partido político. ¿Qué valor pueden tener para el Front National los trabajos del sociólogo Emmanuel Todd, o los de Philippe Azkenazy y sus “economistas aterrados” o los trabajos de Jean Claude Michéa? Un partido que hasta hace poco se alimentaba solamente de las lecturas de Rivarol, Minute y Present, dignos medios de expresión de la derecha nacional pero incapaces de “saltar al otro lado”, ha pasado a incorporar un tipo de análisis nacido

en escuelas de pensamiento que quizás no tengan nada que ver con la derecha nacional, pero que sirven para la construcción de un discurso antimundialista y anclan su crítica a la modernidad sobre datos de aquí y de ahora. La palabra transversalismo se ha convertido en un tópico en el discurso políticamente correcto francés, pero si hay un partido a la vez transversal en el análisis y defensor de los principios, ese es el Front National.



Jean Claude Michéa realiza un análisis extraordinario en el que demuestra en su obra sobre Adam Smith, por qué el capitalismo no puede ser superado desde la izquierda y por qué el fracaso de la izquierda se produjo desde el momento en el que dejó de interesarse por la suerte de los trabajadores franceses y empezó su larga marcha hacia “los excluidos”, los “indocumentados” y las minorías sexuales siguiendo con fidelidad perruna las consignas de la UNESCO y del progresismo más acrisolado. Y también, por supuesto, su propio oportunismo: cuando la clase obrera francesa disminuía en número y se aburguesaba, los “pensadores” de la izquierda creyeron ver en la inmigración a un “nuevo proletariado” que reemplazaría al proletariado tradicional y en una primera fase se entregaron a él y a su defensa, para luego, abandonados por el proletariado tradicional a lo largo del Ventennio 1985-2005, entregarse en brazos de líneas parecidas al zapaterismo español. La propia Segolene Royal, antigua candidata de la izquierda, ex

compañera de Hollande, defendía las mismas señas de identidad del socialismo francés, una especie de zapaterismo con falda. El drama para la izquierda ha sido que hoy sus votos ya no proceden de las clases populares, sino de la progresía ilustrada, es un electorado procedente de la burguesía “progre”, en absoluto un voto popular. A la izquierda europea le toca expiar ahora su pecado contra la racionalidad: el haber creído que una sustitución étnica de la población iba a ser irrelevante para el futuro del país.

También ha sorprendido que Marine Le Pen haya utilizado citas y frases de políticos que no pertenecían a la tradición política de la derecha nacional. Ha llamado la atención que en su libro se contuvieran referencias al antiguo dirigente comunista Georges Marchais (que en 1981 ya aludió a las tensiones que iba a generar la construcción de la gran mezquita de París) o de Pierre Mendes-France, dirigente centrista (que en 1957 ya alertó sobre la necesidad de no abrir las fronteras a no importa qué inmigrantes, sino que lo condicionaba a las necesidades del mercado laboral y del país). ¿Por qué Marine Le Pen ha utilizado estas citas? ¿Por oportunismo? ¿Para sorprender y romper los esquemas derecha-izquierda? En absoluto, por algo mucho más básico: estas citas son historia, pertenecen a personalidades de la política francesa del pasado que son historia, nada más que historia y solo historia y en la medida en que se trata de personalidades respetadas en su tiempo y en la actualidad, vale la pena recordar lo que dijeron porque no estaban diciendo nada distinto a lo que propone hoy el Front National.

Ha sorprendido, así mismo, especialmente a los observadores poco avisados que creían que las razones del antiinmigracionismo del Front National eran simplemente “xenófobas y racistas”. Y resulta que no: que se está contra la llegada masiva de inmigración y contra la alteración del sustrato étnico de Francia y de Europa también y sobre todo por cuestiones sociales. Lo que Marine Le Pen ha pedido es que las entradas de inmigrantes desciendan de las 200.000 anuales de hoy, a 10.000, es decir, que los que lleguen sean los que la sociedad

francesa necesita, ni uno más. Y no solo en defensa de Francia, sino también en defensa de la propia inmigración: esta es la novedad. La llegada masiva de mano de obra innecesaria, contribuye a abaratar los salarios y a generar lo que Marine Le Pen ha llamado “la esclavitud moderna” y las “deslocalizaciones a domicilio”.

Finalmente hay algo más. El Front National propone medidas económicas concretas y viables: pide la “política de relocalizaciones e industrialización” (y es el único en hacerlo, porque todos los demás partidos dan la globalización e incluso el altermundialismo como irreversibles), pide “superar la división entre izquierdas y derechas” (en la que solamente los hemipléjicos mentales pueden creer aquí y ahora), exige “la supresión del derecho de suelo” y la “prioridad nacional” (que consiste en “reservar las diversas ayudas sociales y sus asignaciones familiares únicamente a los franceses” tal como había propuesto Jean Marie Le Pen definiendo la “preferencia nacional”, un concepto rectificado en forma de dar preferencia “a iguales competencias, a personas que tengan nacionalidad francesa”; en viviendas sociales se propone lo mismo). Pero hay diferencias mucho más profundas entre el Front National de Jean Marie Le Pen y el de Marine Le Pen.

En lo relativo a política internacional, por ejemplo. Mientras el padre se había declarado siempre admirador de Ronald Reagan (por su éxito en la lucha mundial contra el comunismo especialmente), su hija es excepcionalmente crítica tanto con la OTAN, como con el “atlantismo” y con el neoconservadurismo que arrancó en aquel período de la historia norteamericana. Es más, si el padre hacía hincapié en la “libre empresa” y denunciaba el “estatismo y el fiscalismo”, su hija —que irrumpe en otro momento histórico y ha comprendido finalmente que las exigencias son otras— dice alto y claro algo que buena sintoniza con buena parte de los intereses de Francia y de los franceses: que hay que “reforzar el Estado y que éste debe controlar la actividad financiera, que hay que poner coto a la especulación y al poder de la banca” y que

no hay que temer nacionalizar, antes que recurrir a más y más privatizaciones, aquellos bancos que no funcionen. El modelo económico no es ni remotamente el ultraliberal o neoliberal, sino el de economía mixta, con un fuerte sector público, una legislación social proteccionista y un salario mínimo interprofesional digno, un Estado capaz de planificar a largo plazo y de mantener en propiedad “sectores estratégicos” de la economía.

Una de las propuestas es particularmente novedosa: aumentar el salario mínimo en 200 francos... financiados no por las empresas sino por una tasa sobre las importaciones. Porque, a fin de cuentas de lo que se trata es de que producir en Francia sea tan rentable como importar y si los aranceles están prohibidos, habrá que recurrir a otras fórmulas para desanimar a quienes pretenden que un tornillo o una coliflor deban producirse allí en donde más barato sea...

Mientras el padre sostenía la necesidad de elevar la edad de jubilación, la hija propone justo lo contrario y lo argumenta: cuarenta años de trabajo son muchos años, no pueden ser más. La jubilación que pueda realizarse a los 60 años, no debe realizarse a los 65. No todo en la vida es trabajar y quien mucho ha trabajado también debe de vivir.

A lo largo de la campaña electoral, el Front National ha logrado conectar por primera vez con los intereses de algunos sectores profesionales, con los enseñantes, por ejemplo. Antes, el Front consideraba que los maestros y profesores eran cómplices en el hundimiento del sistema educativo. Ahora, en cambio, se les ve como víctimas de un sistema perverso generado por unos gobiernos que han querido privar a los jóvenes franceses de espíritu crítico. Y ese sector, que hasta hace poco estaba controlado por la izquierda, a partir de ahora ha visto un camino abierto y sincero en las tesis del Front National.

Podríamos seguir enumerando las diferencias entre lo que hemos dado en llamar “el viejo Front National” y los rasgos del “nuevo Front National”. Habrá otras ocasiones para hacerlo y, desde luego lo que proponemos es una relectura del programa del

Front para percibir qué no solamente ha cambiado su imagen pública, sino sus contenidos y orientaciones.

Profundizar en esa línea política, no abandonarla, no temerla

Por supuesto, cuando una nueva línea política irrumpe, hace falta constatar en primer lugar si es coherente y en segundo lugar si llega al electorado. La segunda cuestión la confirman los mismos resultados electorales obtenidos en la primera vuelta y la derrota final de Sarkozy que se ha debido especialmente a la negativa de Marine Le Pen de apoyar al psicópata que durante sus cinco años de gobierno ha hecho de la mentira y el desprecio al electorado su norma habitual de comportamiento. Sobre la coherencia del programa, quedan por supuesto algunos elementos problemáticos.

Cuando se aborda una nueva línea política (y el Front National esto es lo que ha hecho) siempre subsiste la duda de si logrará captar a nuevos electores y sobre si los electores tradicionales no se sentirán decepcionados. Por otra parte, un partido no puede negar su propia identidad en un momento dado de su trayectoria. El Front National nació como partido de la derecha nacional y su actual transversalismo no puede ignorar ese origen. En los años 80, buena parte del apoyo del Front procedía del electorado conservador. Ahora proceden más bien del electorado popular. En temas como el aborto las posiciones entre ambos electorados pueden ser contradictorias. Marine Le Pen propone en ese terreno la “libertad de la mujer para no abortar”, que no es justamente lo que los sectores católicos del Front proponen “¿aborto? En ningún caso”. Por otra parte, habría la línea divisoria entre el “sector estratégico” de la economía y la “iniciativa privada” son muy difusos y no siempre están claros.

Pero todas estas dudas son poco comparadas con los que el nuevo Front National ha aportado a la política francesa: nuevamente se vuelve a hablar de política, nuevamente hay debates en los que alguno de los participantes disiente del pensamiento único y de lo políticamente correcto, por

primera vez en mucho tiempo, en décadas, no hay solamente una “única política económica” sino que alguien está planteando otra diferente y disonante. Lo “políticamente correcto” no es la ley ineluctable de todo programa político. Y, finalmente, alguien llama a las cosas por su nombre: la globalización ha fracasado, el mundialismo es una amenaza, la volatilidad de la economía un riesgo, los EEUU y el “atlantismo” una ruina, la amistad con Rusia un objetivo y el restablecimiento de un eje París-Berlín-Moscú, mucho más importante que el mantenimiento de una Unión Europea, experiencia que hoy puede darse también como próxima al fracaso de no tomarse medidas reformistas urgentes tanto en la estructura política de Europa, como en la económica y especialmente en el concepto de Euro y de Banco Central Europeo.

El tiempo juega a favor del Front National y de Marine Le Pen. En primer lugar porque el grueso de su electorado es joven y porque es la opción francesa más votada por los jóvenes. Lo que implica que, de saber mantener a este sector social, en apenas 5 ó 10 años, cuando el electorado de los partidos tradicionales vaya menguando y el del Front ampliándose con nuevas promociones de jóvenes, el tránsito a la segunda vuelta estará asegurado. Sea quien sea la mala bestia neoliberal que la derecha francesa puede presentar dentro de cinco años contra Hollande, lo que parece claro es que le resultará todavía más difícil evitar que Marine Le Pen pase a la segunda vuelta. Y, a medida que el Front vaya normalizando su presencia en la vida política francesa, las posibilidades de que en una confrontación en segunda vuelta el electorado opte por las opciones nuevas en lugar de por los *dejà vû*, cobra cada vez más cuerpo.

Quien ha vencido en estas elecciones es, una vez más, un residuo del pasado, la vieja forma de hacer política se resigna a morir, su última esperanza es un tipo parecido a Zapatero que no irá mejor en Francia de lo que fue en España y que en poco tiempo suscitará odios y protestas especialmente en un país mucho más dado a expresar ruidosamente y en la calle sus filias y sus fobias. Sarkozy era el ayer, Hollande (de quien

dudamos que vaya mucho más allá de proponer calma y tranquilidad a las fórmulas neoliberales y a las exigencias tiránicas de destrucción del Estado del Bienestar emanadas por los mercados) es el fracaso anunciado. Marine Le Pen, la tercera fuerza de peso creciente entre quienes tienen un futuro por delante (los jóvenes) y, que, por tanto, también tiene futuro.

Y lo importante es que un cambio radical de política en Francia puede repercutir desdemonizando a opciones similares en el resto de Europa. Nuestra generación (los que tenemos entre 55 y 60 años) vimos caer a la URSS, algo que en nuestra juventud nunca creímos posible; ahora estamos asistiendo al derrumbe del imperio americano y a sus ominosas retiradas de Afganistán e Irak; nos queda, sin duda, ver como los regímenes políticos nacidos en la postguerra y llegados en el furgón de los vencedores, se disuelven como un azucarillo. Sólo esperamos tiempo y salud suficiente como para brindar en su entierro. Una nueva Europa puede nacer y probablemente Francia sea una de sus cunas.

© Ernesto Milà – infokrisis@yahoo.es



Le Pen, ¿la opción de los trabajadores?

Michel Wieviorka

El año pasado, la dirigente francesa Marine Le Pen, líder del ultraderechista Frente Nacional (FN), quedó en tercer lugar en las elecciones presidenciales, en las que salió victorioso el actual mandatario, el socialista Francois Hollande.

La campaña de Le Pen estuvo centrada en desdemonizar el partido a fin de tornarlo más atractivo a un mayor electorado. En este sentido, si bien es debatible si su estrategia fue absolutamente exitosa, los cambios realizados sí pueden tener consecuencias de largo plazo.

Así, según la mirada que se impone entre los expertos, el nuevo rostro del FN intenta resaltar la sutil relación de esa formación con los “invisibles” y los “olvidados”.

Desde 1972 hasta 2011, la presidencia del FN se encontró en manos del padre de Marine, Jean Marie Le Pen, quien en 2002 entró en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales frente a Jacques Chirac. La batalla sucesoria por el puesto de la formación nacionalista y de extrema derecha enfrentó al dirigente Bruno Gollnisch contra la hábil oradora rubia, quien ganó sin mayores dificultades. En ese entonces, Gollnisch encarnaba los valores de los orígenes del FN, aquéllos de la base de miembros, y era generalmente considerado como el protector de la “identidad” del partido. En contrapartida, Le Pen impuso un discurso notablemente diferente, mucho más acorde con el ánimo de una parte significativa de la población. Así, Le Pen lidera actualmente un partido que puede estar en el umbral de una profunda transformación. Incluso, se podría anunciar el comienzo de un “nuevo FN”, según han interpretado los periodistas Caroline Monnot y Abel Mestre.

De esta manera, la campaña por las elecciones municipales y cantorales, de marzo

de 2011, fue la primera oportunidad para poner a prueba el giro discursivo tomado por la nueva presidenta. Mientras que la campaña presidencial de 2012 confirmó que esa nueva estrategia llegó para quedarse. Los sindicatos perdieron su capacidad de actuar como un marco de referencia para la clase trabajadora. Asimismo, es difícil detectar algún tipo de contribución del FN al mundo de las organizaciones laborales.

Invisibles y olvidados

Independientemente de las críticas al sistema financiero y a las calificadoras de riesgo, pero también al margen de las continuas denuncias hacia la centroderecha Unión por un Movimiento Popular (UMP) y el gobernante Partido Socialista (PS) que los convierte en una “casta”, el discurso se focalizó en temas sociales.

El 11 de diciembre de 2011 durante un encuentro en Metz, Le Pen se dirigió a los denominados “invisibles” y “olvidados”: “Los granjeros, los desempleados, los trabajadores, los jubilados, aquéllos de ustedes que viven en áreas rurales del país, ustedes son la mayoría olvidada, invisible, aplastada por un sistema financiero que ha enloquecido. Para la casta política del UMP-PS, aquéllos que ansían una calificación “Triple A”, ustedes son triple nada”.

Entretanto, el debate público se inclinaba, precisamente, a traer a la palestra el tema de las clases bajas de la periferia que transitaban sin ser percibidas por los medios de comunicación o los partidos políticos. Unos pocos días antes del discurso de Le Pen, el periódico Le Monde había publicado una nota bajo el título de “El creciente malestar de los franceses invisibles” y el encuestador François Miquet-Marty acababa de publicar el libro *Les oubliés de la démocratie* (Los olvidados de la Democracia).

En el mundo de la política, esto no era exactamente una novedad. Estos temas se encontraban en todas partes, como quedaba en evidencia en el sitio web Rue 89: Desde la referencia de Sarkozy a aquéllos que no contaban con un status hasta el comentario del ecologista José Bové acerca de los “sin voz”, o

la incesante invocación a la “mayoría silenciosa” que no se identificaba ni con el Mayo del 68 ni con “el pueblo francés común” tan apreciada por el ex primer ministro de Jacques Chirac, Jean-Pierre Raffrin. Asimismo, en una ocasión, el dirigente de extrema derecha Charles Maurras había hablado acerca de la “nación real” en contraposición a la “nación legal” y, por lo tanto, a la República, que él despreciaba. De igual modo, hay frecuentes referencias a ‘la France profonde’, o la amplia masa de franceses que componen las regiones locales, el campo, las provincias, esa Francia católica y campesina.

Pero el discurso de Le Pen tocó recientes desarrollos sociológicos. Estaba uniendo lo que tanto una modernidad industrial como urbana -en sí misma en crisis- había producido, pero también lo que había dejado. El objetivo no era la Francia del viejo campo y el mundo rural sino la Francia de aquéllos que habían perdido frente a la modernización, un proceso en sí mismo en declive.

Los “invisibles” de Le Pen no son los fundadores espirituales de “la Nación” ni tampoco la simbolizan. Son definidos por la sociedad misma y en términos que recuerdan a los utilizados por la candidata presidencial ecologista de 2012, Eva Joly, o por el líder del Frente de Izquierda, Jean-Luc Melenchon. Lo que los define es un sufrimiento que pasa inadvertido, y que es apartado sistemáticamente de los medios políticos e informativos. Los “olvidados” son fundamentalmente los trabajadores, los empleados y aquéllos cuya precaria situación los torna vulnerables.

Un partido de los trabajadores

Apenas medio siglo atrás, la clase trabajadora aún era un actor respetado, incluso central, ya que, como afirmaban Karl Marx y Friedrich Engels, al perder sus cadenas, emanciparían a la humanidad en su totalidad. El trabajador era una figura clave en la vida de la comunidad. La industrialización de la trente glorieuses (los años posteriores a la guerra) iba de la mano de una política de vivienda que confería áreas de los suburbios periféricos para la construcción de edificios y viviendas

municipales (HLM) destinados a trabajadores industriales.

Algunos de éstos eran especializados, otros no, a menudo campesinos de zonas rurales y, sobre todo, inmigrantes. Todos ellos, ya sea que pertenecieran a un sindicato o no, participaban de la misma lucha contra los empleadores quienes evitaban que éstos controlaran sus propios medios de producción: jefes que les imponían sus métodos y sus formas de organización y administración. Así, su conciencia de clase trabajadora se veía afirmada por pertenecer a importantes entidades industriales, los “fuertes del trabajo” que ya no existen en la actualidad.

En 2010, un tercio de los hombres con empleo -aproximadamente 5 millones de individuos- eran trabajadores industriales, y alrededor del 13 por ciento eran mujeres. Algunos se acercan a la condición de clase media, son propietarios de sus viviendas, condición por la que han realizado arduos sacrificios, en particular abandonar los “suburbios” y el HLM por tierras privadas ubicadas en la periferia o incluso áreas rurales.

Dos de cada cinco trabajadores se emplean en la industria de servicios, como embaladores, empleados de depósitos, y personal de limpieza. A menudo trabajan por su cuenta y constituyen una población disímil y fragmentada. Representan un 36 por ciento de trabajadores no especializados y 33 por ciento de trabajadores especializados que votaron en las elecciones cantonales de 2011 por el FN.

Los hombres, y más aún las mujeres, que trabajan fuera de los tradicionales sectores industriales se parecen crecientemente a oficinistas: salarios bajos, sin carrera alguna, sin sindicatos, y con precarios seguros sociales. Para ellos, el dilema es si votar al FN o abstenerse.

Según las cifras presentadas por el demógrafo francés Hervé Le Bras, el porcentaje de trabajadores que votan por el FN creció de 25 por ciento en 2007 a 35 en 2012. Esto significa que constituyen entre un cuarto y un quinto del respaldo al partido. Esto no es un tema menor, pero no es

suficiente para llegar a la conclusión de que el FN es un partido de clase trabajadora y, ciertamente, no es suficiente para interpretar que es un partido de los trabajadores. Entre aquéllos que son especializados, muchos se consideran lejanos a los niveles superiores de la sociedad, es decir a los ricos, a las élites, los poderosos; pero también intentan diferenciarse de los niveles inferiores de la sociedad que consideran una mezcla de inmigrantes que se niegan a integrarse y prefieren vivir de los beneficios de la seguridad social, los pobres que se aprovechan de la asistencia del Estado, y los jóvenes que no son nada más que vagos.

No se encuentran ni en la parte superior ni la inferior y tienen la sensación de que nadie los escucha: “No existimos, no se nos trata bien”, afirmó uno de ellos en un reportaje en Rue 89. En una fábrica en la región del Euro, un joven trabajador explicó: “Votar por el FN es votar por un trabajo. Un voto para el centro, es decir el PS o el UMP, es un voto para los jefes.

Respecto a votar para la extrema izquierda, es votar la clase trabajadora, pero una clase trabajadora de inmigrantes (...) yo voto para la extrema derecha y me digo que posiblemente también esté votando para el jefe, pero, al menos, estoy votando por un trabajo”. Su crítica a los extranjeros es que “sabotean” los salarios ya que ciertos trabajos están destinados a “africanos del norte”.

En una Francia donde se encuentra en marcha una forma de “etnización”, el debate público parece privilegiar temas alrededor de figuras como los «indigènes de la République» (los nativos de la República) o la del Consejo Representativo de las Asociaciones Negras (CRAN), en vez de concentrarse en la figura del trabajador cuya imagen se ha degradado. En este contexto, el FN tranquilamente puede ofrecer una alternativa a estos sectores.

Los sindicatos, puestos a prueba

El FN no sólo encuentra apoyo entre los trabajadores, también impregna sus organizaciones desde las bases. Los sindicatos son débiles y fundamentalmente están establecidos dentro del sector público o

estructuras similares. Estas organizaciones enfrentan dificultades en resistir la penetración de las ideas del FN entre los activistas del llano, y a menudo entre sus líderes. Ningún sindicato sale incólume de la tendencia.

Ejemplos sobran. Podemos mencionar a figuras como el delegado y asistente social de la Confederación Francesa Democrática de los Trabajadores (CFDT), Daniel Durand-Decaudin, quien fue candidato para el FN en las elecciones cantonales de 2011. ¿Y que podemos decir de la polvareda causada por el affaire de Fabien Engelmann? Este delegado del Confederación General del Trabajo (CGT) a cargo de los empleados municipales en Nilvange (región de Moselle) fue candidato por el FN en las elecciones cantonales en Lorraine. Sus colegas de la CGT lo expulsaron.

Este caso conmocionó en el nivel superior de la CGT, debido a que Nilvange un pueblo de clase trabajadora, el corazón de una región devastada por la desindustrialización y una serie de “programas de reestructuración”. Con todo, la izquierda se ve allí como impotente, apartada de las expectativas de dicha clase y acusada de jugar la “carta de la desregulación”, permitiendo al neoliberalismo afianzarse, disminuyendo las tasas para los ricos e instituyendo la flexibilidad del empleo.

En términos más generales, esos sindicalistas que representan al FN en las elecciones cantonales sistemáticamente plantean el mismo argumento: el sindicalismo debería ser apolítico. Sin embargo, en cada uno de los casos, podemos observar exclusiones y procedimientos disciplinarios por parte de los sindicatos, acompañados de la misma explicación: “Nuestros valores se encuentran en oposición a los del FN”.

Sin embargo, para aquéllos que desean combinar el sindicalismo con la representación del FN, sus convicciones políticas y participación sindical no son incompatibles. De hecho, cuanto más uno se acerca a las bases, más detecta la lealtad a las ideas del FN. Denis Pesce, el secretario de UD-CGT en Moselle, explica que “si esas ideas están cada vez más presentes entre nuestros miembros y activistas, puede ser una señal de que nos ha

faltado algo”. Además, admitió que estaba “particularmente preocupado acerca de la resonancia de las ideas del FN entre las clases trabajadoras”.

Esta penetración de las ideas del FN al corazón mismo del sindicalismo, incluyendo aquél de sus miembros más radicales, es a veces atribuida a la crisis de la izquierda o, en algunos casos, a su impotencia. El propio Pesce sostiene que “no existe un sucesor creíble en la izquierda”. Entretanto, no sólo Le Pen y el FN se dirigen a los trabajadores “olvidados” e “invisibles”, sino que simultáneamente atacan a los sindicatos.

Por ejemplo, el Día del Trabajador de 2012, la presidenta del FN afirmó que los líderes de los sindicatos estaban “traicionando a los trabajadores al negociar por detrás de sus espaldas con los poderes políticos y económicos”, al tiempo que, en la marcha, se llevaba una pancarta exigiendo un “sindicalismo nacional”.

Aquéllos del lado del FN en la política que también desean participar de medidas sindicales, exigen que se detenga la inmigración en masa, pero se niegan a atacar explícitamente a los extranjeros que trabajan. Respaldan un Estado con una capacidad regulatoria significativa y apoyan los servicios públicos. Su fervoroso apoyo a la República significa que representan un nuevo FN, el que se halla a años luz del anti-estatismo y de las ideologías ultraliberales al estilo Ronald Reagan transmitidas por Jean Marie Le Pen en los años ochenta.

De este modo, para Alain Gatti, secretario general de CFDT, su compañero y miembro del mismo sindicato Daniel Durand-Decaudin no pudo comprender que había incompatibilidad entre el discurso y programa racistas que son la insignia del FN y aquéllos principios de solidaridad transmitidos por su organización.

“Durand-Decaudin incluso me habló de un miembro de su familia que había sido deportado a Dachau. Y cuando le recordé el comentario de Jean Marie Le Pen de que las cámaras de gas fueron un “detalle de la

historia”, respondió que esa frase pertenecía a Jean Marie y no a Marine”.

Enfrentar la nueva ola

Las estrategias para contrarrestar al FN en los años 1980 y 1990 a menudo se basaron en principios de demonización y apelaban a valores morales, antirraciales. Pero con Marine Le Pen, estas estrategias parecen ser inefectivas.

A pesar de los mejores esfuerzos para señalar que escuchar al FN es un error, los sindicatos, acusados por este partido de traición y de oposición a las autoridades, encuentran dificultad en evitar la penetración de las ideas del FN en el mundo trabajador de manera efectiva.

Los sindicatos tradicionales han perdido su capacidad de actuar como un marco de referencia para la clase trabajadora y el FN se ha apresurado a llenar ese vacío, con un pedido por “sindicatos genuinamente libres” y no “un sindicato de sistema”. Es un hecho que la capacidad de acción y movilización continúan del lado de las organizaciones sindicales: esto pudo verse, por ejemplo, cuando el FN intentó distribuir panfletos denunciando los peligros de reubicar la fábrica de PSA Peugeot-Citroën en la comuna de Aulnay en junio de 2011, y una coalición de militantes de CGT, SUD y NPA lograron evitar esta operación. Sin embargo, el problema es real y profundo.

Una encuesta de Harris Interactive mostró que el 9 por ciento del pueblo francés abiertamente simpatizante con los sindicatos votó por el FN en las últimas elecciones cantonales en comparación con el 15 por ciento de la población en su conjunto. Por otro lado, un estudio llevado a cabo por IFOP indicó que el 25 por ciento de los seguidores del sindicato de ultraizquierda Fuerza Obrera (FO) se estaban preparando para votar al FN en esas mismas elecciones cantonales.

Con todo, el sindicalismo continúa siendo una barrera para el FN, pero cada vez más frágil y bajo amenaza. Éste se ha visto fundamentalmente debilitado. “La gente habla acerca de eso abiertamente en los lugares de trabajo. ¿No deberíamos hacer nada y sólo

esperar los resultados de la primera vuelta?”, preguntan desde la CFDT. Un artículo periodístico en *Libération* confirma esta imagen de un declive que afecta a los activistas como así también a los miembros ordinarios. Jean-Michel Gilles, un delegado de la CGT en las fábricas de Michelin piensa que ninguno de los miembros que representan al personal votará por el FN aun si “los sindicalistas sí cruzan esa línea”. Aunque se ve contradicho por “Brigitte” una delegada de la CGT que sostiene que ella no tiene problemas en votar por Le Pen.

Los trabajadores nunca fueron una categoría políticamente homogénea y la investigación en la sociología electoral, como la de Jacques Capdevielle a comienzos de los años 1970, ha demostrado que podrían votar por la derecha en grandes números. Pero, hasta la década de los años ochenta, tanto el sindicalismo como el comunismo, o incluso el socialismo, brindaron un principio estructural: dieron significado y proveyeron un marco que ancló el mundo trabajador más cerca de la izquierda que de la derecha. Actualmente, el sindicalismo se encuentra en declive; ha perdido su capacidad de establecer un marco y el éxito del FN es esencialmente una señal de dicho declive. Aun así, a pesar de ello, es difícil detectar todo tipo de contribución del FN al mundo de las organizaciones laborales. Sus líderes no respaldan activamente a los trabajadores en sus luchas; o no explicitan su apoyo cuando cierran las fábricas, por ejemplo. Su presencia es más una crítica a los fracasos del sindicalismo tradicional que una contribución concreta.

El plan confeso del FN de crear sindicatos con el sello de su partido y, en términos más generales, su actividad en el lugar del trabajo, no encuentra respuesta de la asociación de empresarios establecidos, la MEDEF. Su presidenta, Laurence Parisot, junto con Rosine Lapresie, publicaron un libro altamente crítico sobre este tema en 2011 y ha expresado públicamente su preocupación sobre el programa económico del FN durante las elecciones presidenciales de 2012. Sin embargo, algunos grupos de empleadores pueden verse tentados por las propuestas del

FN. Cuando “Ethic”, el movimiento de los empleadores, tuvo como presentadora a Le Pen, ella obtuvo una ovación de pie. Pero, nuevamente, la aprobación o simplemente la proximidad ideológica, que son de hecho bastante limitadas, de ninguna manera sugieren que se esté produciendo algo que pueda tener éxito.

Un incidente divertido sirve como ilustración apropiada de las contradicciones en el discurso del FN, dividido entre su propio ardor ideológico y la realidad económica. En el punto álgido de la campaña presidencial de 2012, Le Pen, en pleno vuelo contra el islamismo, dejó caer una bomba: según ella, toda la carne consumida en la región de París fue del ciento por ciento halal (es decir, que cumple con lo prescripto por el Islam en materia alimentaria). Pero, sin saberlo ella, Paul Lamoitier, un representante regional del FN, poseía una carnicería al por mayor. Éste emitió un comunicado anunciando que, en realidad, menos del 2,5 por ciento de la carne de la región era halal. Y rápidamente renunció al FN.

© Copyright by OpenDemocracy. Traducción: Jorge Reparaz



Front National: el partido de la juventud y del obrero

Área Identitaria

Que el Front National tiene sus principales votantes entre clases medias autóctonas, jóvenes y obreros es algo que ya conocemos, un fuerte apoyo social que se repite entre los votantes de los partidos identitarios de toda Europa cansados de las políticas llevadas a cabo por los partidos políticos de la casta sistemática, sean de derechas o de izquierdas, firmemente obedientes a los lobbies internacionalistas que imponen sus consignas globalizadoras y capitalistas, y desencantados con los partidos de extracción comunista más interesados en la defensa de la inmigración extraeuropea que en la de los intereses de los trabajadores autóctonos, uniéndose con ello a las directrices de la banca y de las entidades multinacionales, verdaderos interesados en este tipo de políticas. El Front National se ha hecho eco del desencanto y hartazgo de los franceses hacia una clase política sumisa que desprecia al francés de a pie al que solo acude en época electoral con las mentiras y engaños de siempre, para una vez conseguido el poder continuar llevando a cabo sus políticas capitalistas y anti-nacionales en beneficio de unos pocos. Ha hecho falta que en plena campaña electoral se sucediera un oscuro atentado y se movilizara a la prensa el día después- el mismo día que se elaboraban las principales encuestas electorales- para intentar hacer creer al electorado de una posible complicidad entre el terrorista-que después resultó ser un magrebí islamista- y el FN, para reafirmar las supuestas ideas "de orden" del candidato Sarkozy que estaba acabado hace unos meses, y para marginar y hacer bajar los resultados del FN en las encuestas, un hecho que en esta sociedad guiada por la televisión y los medios de comunicación puede resultar fatal para las esperanzas-más que posibles hace unas semanas- de que la candidata del FN,

Marine Le Pen pasara a la segunda vuelta de las elecciones, tal como logró su propio padre en la candidatura del mismo partido hace diez años y que propició una alianza de los partidos de izquierda y derecha para impedir la victoria electoral del candidato nacionalista.

Reproducimos a continuación algunos fragmentos del artículo "Donde el obrero vota al Frente Nacional" publicado por el diario "El País" donde este medio, claramente contrarias a las formaciones identitarias, narra una situación que no pasa desapercibida a los medios del sistema y al público en general y que da la razón al mensaje y estrategia de los partidos identitarios, hoy por hoy, únicos defensores de los intereses de las clases sociales más desfavorecidas de la población autóctona europea en sus respectivos países, a la par que valedores de nuevas ideas e iniciativas destinadas a reconstruir políticas más sociales y efectivas capaces de romper con la dinámica social y económica impuesta por un sistema que ha demostrado que está al servicio de las más tenebrosas entidades anti-sociales y anti-europeas y que supone que el núcleo principal del voto nacionalista en Francia sea joven y obrero, algo de lo que también se hacía eco el diario "El Mundo" hace veinte días cuando los sondeos situaban a Le Pen dos puntos por encima del candidato Sarkozy:

"Hénin-Beaumont, una mancomunidad que agrupa a 14 municipios y 125.000 habitantes, y su región, Norte-Paso de Calais (reflejada en la agradable película Bienvenidos al Norte de Dany Bonn), eran entonces una especie de Asturias a la francesa, un territorio pobre, húmedo y dominado por el Partido Comunista Francés. Cuando en los años ochenta se acabó la minería y llegó la modernidad poscapitalista con un polo industrial made in France (Renault, Faurecia, Samsonite, Metaleurop, pero también McDonald's y KFC), la pequeña ciudad era un feudo socialista. María Francisca González recuerda que en 1981 "todo el pueblo se tiró a la calle para festejar la victoria de François Mitterrand".

Pero las cosas han cambiado mucho en los últimos años. Desde 2008, la crisis, las

deslocalizaciones y los cierres dispararon el paro en el pueblo hasta las cotas más altas del país, por encima del 15%. Las calles se llenaron de carteles de se vende y de locales de apuestas, el Partido Socialista local dejó de existir como tal en 2009 porque el alcalde de Hénin-Beaumont, Gérard Dalongeville, fue encarcelado por corrupción, y la UMP del presidente protector Nicolas Sarkozy, que siempre había estado ausente, siguió sin aparecer.

González, tan roja y dispuesta como su madre, acompaña a los periodistas a ver el camino que une los concejos de Hénin y Beaumont. “Este es el bulevar de la desolación”, dice. Mientras el coche avanza, hace el recuento de bajas: “Renault despidió a gran parte de su plantilla, Faurecia ha vivido huelgas y despidos salvajes, cerró Metaleurop después de tener dos años a los trabajadores bajo unas condiciones de seguridad lamentables, y con Samsonite fue peor: llegaron unos emprendedores de plantas solares, pero cogieron la subvención del Gobierno para las energías renovables y cuando formaron a los trabajadores cerraron la fábrica dejando en la calle a 1.500 personas. Los típicos patrones bandidos”.

El hundimiento político, social y económico tuvo efectos inmediatos: en 2010, el Frente Nacional sacó aquí el 48% de los votos en las municipales, y en 2011, la ultraderecha superó el 51% en los comicios cantonales, ganando en 21 de los 38 cantones de Pas-de-Calais y rozando el 80% en Beaumont. Marine Le Pen se convirtió en consejera regional e instaló aquí su base del norte: el Frente Nacional había dejado de ser un club de ricos jubilados de la Costa Azul. Como hizo la Liga del Norte en Lombardía, la ultraderecha salía del ostracismo con el voto obrero.

El asalto frentista desmontó el mito que afirma que la inseguridad ciudadana y la inmigración son los dos núcleos en los que se funden los votos y la ideología de la ultraderecha francesa. Las clases populares de esta zona son en gran parte inmigrante o hija de inmigrantes. Y el viejo norte industrializado dejó de ser el señorío donde Dominique

Strauss-Kahn campaba a sus anchas de día y sobre todo de noche con sus contactos en la burguesía corrupta de Lille, donde es alcaldesa Martine Aubry, la primera secretaria socialista.”

“El Frente Nacional defiende que los patrones y los obreros deben marchar unidos contra los extranjeros y reparte octavillas contra los sindicatos”, explica David Noël. “Nosotros queremos volver a la jubilación a los 60 años y nuestro proteccionismo no es nacionalista, simplemente queremos proteger a la industria europea de la explotación de la mano de obra que se produce en países como China. La derecha y la socialdemocracia, que cayó seducida por el dinero, han sido cómplices y por su culpa hoy tenemos las tiendas llenas de productos de Bakú”.

“Esta sensación de invasión, de miedo a la globalización, de alergia al mercado libre es un sentimiento muy extendido en Francia, pero en las zonas más castigadas y alejadas del centro se vive una aprensión especial. Philippe Manière, autor del libro *El país donde la vida es más dura* (Grasset) ha escrito en el *Financial Times* que “la globalización está revelando la injusticia del modelo francés. La promesa de igualdad, central en el pacto republicano, ha sido traicionada porque siempre son los mismos quienes corren los riesgos (especialmente el de perder su trabajo), mientras otros disfrutan las oportunidades (buena carrera y buen salario). Y esto refleja la inmovilidad social de un país (...) donde los caminos del éxito están cerrados para los jóvenes, las mujeres, las minorías étnicas y los que no nacen en buenas familias”.

Esa distancia de las élites, alianza política, mediática y empresarial explica en buena parte el fenómeno del Frente Nacional y a la vez el del Frente de Izquierda, porque los dos beben, más que del apoyo de nostálgicos fascistas y comunistas, que también, del voto indignado y antisistema. Las encuestas reflejan que la opción electoral preferida de los jóvenes de entre 18 y 22 años es Marine Le Pen. Y solo después eligen al socialista François Hollande.”

“Finalmente, a media tarde, aparece un militante confeso del Frente Nacional. Se

llama Xavier, pertenece al partido desde hace ocho años, se jubiló hace dos, a los 55, y trabajaba en la eléctrica EDF. Cuando se le pregunta si es de derechas dice que no como si fuera la peste. ¿Y por qué vota entonces a la ultraderecha? “Porque soy conocido de Marine y porque los otros tienen pocas ideas”.

María Francisca González explica que entre los militantes del Frente Nacional “hay muchos más enfadados que fachas”. Su teoría es que Le Pen “hizo el trabajo que los otros no hicieron, ir barrio por barrio buscando los votos y presentar un candidato nacido aquí. Fueron captando gente descontenta, pero a muchos les da vergüenza decir que votan FN. Hace 15 años no se atrevían ni a salir a la calle, pero ahora se sabe bien quiénes son. Muchos de los despedidos de Metaleurop son militantes. En general tienen el apoyo de los desencantados”.

“Lo mismo sucede en la nación. La gran fuerza electoral de Marine Le Pen son, además de los jóvenes, los obreros. Su candidata preferida es la ultraderecha. Aunque los sondeos han ido bajando su intención de voto hasta el 15% desde el 20% que tenía hace dos meses, Le Pen ha condicionado y dado forma a la campaña de Nicolas Sarkozy. El presidente sabe bien que para ganar el primer turno debe pescar en las turbulentas aguas del descontento social, en los olvidados y las víctimas de la crisis. Y toda su estrategia se ha basado en eso. Seguridad, inmigración, trabajo, una y otra vez.

La única gran diferencia es que el candidato a la reelección tiene garantizado el apoyo mediático y los recursos financieros, mientras Marine Le Pen lleva a cabo una campaña semiclandestina, hecha de mítines los domingos, entrevistas esporádicas y reparto de octavillas en las fábricas. Se diría que es una opción: la ultraderecha avanza casi en silencio, con la complicidad de unos partidarios que no desean manifestar que lo son. Quizá los sondeos no reflejen del todo la realidad de esta Francia silenciosa y huraña que trama su venganza contra las élites nacionales, europeas y globales sin dar la cara.”

A la salida del turno de mañana de Faurecia, una fábrica de componentes para

coches que vive de los encargos de Renault, cada vez menores porque una parte de la producción se ha deslocalizado a Marruecos, los trabajadores se agolpan ante los tornos del aparcamiento. Han pasado tres años haciendo huelgas muy duras y tampoco son especialmente amigables con la prensa. Cuando se les dice que hay huelga general en España, preguntan por qué, pero se niegan en redondo a hablar. Enseguida sale una señorita que explica que esto es una propiedad privada y que debemos abandonar las instalaciones.

En Beaumont, el bar L’Amaryillis es la imagen de la crisis. Tabaco, todos los juegos de azar y loterías posibles, una televisión que retransmite carreras para los apostadores hípicas, y ni un solo cliente a las cuatro de la tarde. Tras la barra, un joven con gafas que se declara apolítico, o mejor “antipolítico”, explica que el Frente Nacional es el resultado del hartazgo. “La gente no cree ya a los políticos de antes. Los tiempos cambian. La izquierda reparte a todo el mundo y la derecha solo a los ricos. Aquí hay mucho paro, mucha inmigración, mucha inseguridad. Tenemos a los gitanos rumanos cerca de Calais y el Gobierno les da 300 euros para que se vayan. Se van a Bélgica y al día siguiente vuelven. Hace falta acabar con todo eso”.

© Área Identitaria.
<http://areaidentitaria.blogspot.com.es>



La derecha radical populista en Europa: discurso, electorado y explicaciones

Aitor Hernández-Carr

A partir de la década de los ochenta un gran número de países europeos han sido el escenario de lo que Taguieff ha calificado como una «ola populista». Esto es, la emergencia al primer plano del escenario político de una serie de formaciones que comparten el rechazo frontal a la población extranjera y la crítica a los partidos políticos tradicionales. La aparición de formaciones con importantes similitudes en un gran número de países ha hecho que se hable de una nueva familia de partidos que ha sido denominada, entre otras formas, «populismo de derecha radical»: «nueva extrema derecha» o «derecha radical populista». La aparición de este tipo de formaciones en prácticamente todo el continente europeo, junto al prolongado protagonismo de algunas de estas, es un indicador de algunas de las temáticas que han marcado la agenda política y social europea (inmigración, desafección política, inseguridad ciudadana, etc.). Asimismo, algunas de estas formaciones han conseguido, hasta cierto punto, condicionar la agenda y el debate público de sus respectivos países.

España es uno de los pocos países del continente europeo que hasta el momento no se ha visto afectado por este fenómeno político. Los motivos señalados para explicar la «excepción» española han sido, entre otros, la excesiva vinculación que ha mantenido la extrema derecha española con el legado del régimen franquista, la relativa juventud del sistema democrático español, la no consolidación de la inmigración como un eje de confrontación política de primer orden y la monopolización del potencial espacio electoral de la derecha radical populista por parte del partido hegemónico de la derecha española (el Partido Popular). No obstante, el crecimiento de las actitudes de rechazo hacia la

inmigración y los partidos políticos tradicionales, junto a los éxitos obtenidos por diferentes formaciones de derecha radical populista en el ámbito de la política municipal, apuntan a un escenario más propicio para la emergencia de este tipo de formaciones.

La posibilidad de una progresiva irrupción de formaciones de derecha radical populista en el escenario político español hace aconsejable acometer un análisis en profundidad de la experiencia europea. Dadas las similitudes entre este tipo de formaciones, esta labor puede aportar importantes claves interpretativas sobre cuál puede ser la evolución del caso español. Con este objetivo, el artículo analiza cuatro facetas centrales para la comprensión de este fenómeno político. En primer lugar se presentan las características de esta nueva «familia de partidos» (base ideológica, proyecto político, etc.). A continuación, se exponen los ejes temáticos que han centrado el discurso político de estas formaciones y se muestra qué franjas del electorado se han visto atraídas por dicho discurso. Finalmente, se desgranán las teorías más influyentes a la hora de explicar la emergencia y los éxitos electorales de estas formaciones.

Europa y la «ola populista»: características de un nuevo fenómeno socio-político

La aparición en un considerable número de países europeos de formaciones que presentan ciertas similitudes en lo que respecta a su ideario y estilo político ha llevado a la necesidad de encontrar un término que defina y describa adecuadamente este fenómeno. El debate sobre cómo nombrar a esta familia de partidos, con las implicaciones que uno u otro nombre conlleva, ha sido tan intenso y falto de consenso que ha sido calificado de «guerra terminológica». No obstante, los diferentes debates que han acompañado estas disputas terminológicas son de gran utilidad a la hora de exponer las características de esta familia de partidos.

Un primer debate lo ha suscitado la relación entre estas nuevas formaciones y lo que algunos autores han calificado como la «extrema derecha tradicional» o «de tradición

fascista». Respecto a esta relación, el politólogo Piero Ignazi considera que, a partir de los años ochenta, se hace necesario distinguir entre dos tipos de partidos en el interior del espacio político de la extrema derecha europea. Un tipo de partidos serían aquellos que el autor califica como de «extrema derecha tradicional» y el otro sería el de las formaciones aquí analizadas y que el autor define como «extrema derecha post-industrial» o «nueva extrema derecha». Según Ignazi, la primera familia de partidos mantiene un vínculo con la tradición fascista y ha experimentado un rápido proceso de marginalización en favor de las nuevas formaciones de extrema derecha.

A partir de la misma premisa sobre la necesidad de diferenciar entre estos dos tipos de partidos, Cas Mudde va un paso más allá y apuesta por distinguir completamente entre la nueva familia de partidos, que denomina derecha radical populista⁶, y lo que considera que es la extrema derecha. Según este autor, la diferencia fundamental estriba en que la derecha radical populista es «(...) (nominalmente) democrática, aunque se opongan a algunos valores fundamentales de las democracias liberales, mientras que la extrema derecha es en esencia anti-democrática, al oponerse al principio fundamental de la soberanía del pueblo». En este sentido, se ha producido un creciente consenso en la literatura especializada en considerar que, a pesar de que pueda existir proximidad ideológica y ciertos puntos de contacto entre las «nuevas» formaciones políticas y la extrema derecha, se trata de dos familias de partidos que deben ser diferenciadas.

Un segundo elemento que ha sido objeto de debate ha sido el de dilucidar cuáles son, si existen, los principios ideológicos comunes de las formaciones de la derecha radical populista. Las dificultades se deben tanto al gran número de formaciones que entran dentro de esta familia política, como al ya largo espacio temporal transcurrido desde que estas emergieron al primer plano del escenario político. Asimismo, algunos autores han hecho hincapié en las dificultades clasificatorias que

conllevan el extremo tacticismo y el oportunismo político de estas formaciones. Pese a todo ello, Casals señala que, si bien es cierto que existen importantes diferencias entre los distintos partidos y que estos realizan considerables giros en cuanto a sus posicionamientos políticos, sí que pueden identificarse unas variables ideológicas centrales y compartidas.

Diferentes autores coinciden en considerar que todas estas formaciones son nacionalistas y que este es su núcleo ideológico central. Sin embargo, Mudde propone que, dado que existen otras formaciones que también presentan algún tipo de ideología nacionalista y que no deben ser confundidas con las de derecha radical populista, se considere el nativismo como su núcleo ideológico central. Asimismo, entiende que el autoritarismo y el populismo también forman parte, en un segundo plano, de dicho núcleo ideológico. Por su parte, Taguieff apunta que estamos ante una forma nueva y específica de populismo. De acuerdo con este autor, si el populismo político clásico se basaba en una apelación a las clases populares o humildes frente a lo que se señalaba como una clase política corrupta, en el discurso de estas nuevas formaciones se apela tanto a estas clases populares como a una comunidad nacional interclasista, frente a un enemigo externo (los inmigrantes) y otro interno (los políticos). Esta doble exhortación hace que estemos ante lo que el autor denomina «nacional-populismo», que tiene en el caso francés su ejemplo paradigmático:

«El nacional-populismo de Le Pen ofrece simultáneamente una voz de protesta y de identidad. Apela al *ethnos* (la nación étnicamente pura) y al *demos* (las clases populares «incorruptas»). Apela al hombre pequeño frente a los grandes hombres y al pueblo en relación a una identidad supuestamente amenazada».

Un último elemento de debate ha sido el de definir cuál es el proyecto político de estas formaciones y la relación de este con el marco institucional de las democracias liberales. La influyente propuesta de Griffin al respecto es que estas formaciones presentan un proyecto y

una doctrina política que puede ser comprendida como un «liberalismo etnocrático». Estas formaciones han adoptado el discurso de los derechos (derecho a la diferencia, derecho a la propia cultura): aceptan que existan puntos de vista discordantes con el suyo, y aceptan las reglas y resultados del sistema de democracia parlamentaria. No obstante, su proyecto político persigue una exclusión permanente y legalmente estipulada de una parte de la población. Una propuesta política que equivale a establecer un sistema de discriminación institucionalizado y validado democráticamente. En este sentido, la paradoja de estas formaciones, y su mayor peligro, se encuentra en que han asumido los postulados del sistema democrático liberal pero quieren que únicamente los miembros del grupo étnico mayoritario sean considerados miembros de pleno derecho de la sociedad.

A partir de este planteamiento, tanto Griffin como Betz coinciden a la hora de señalar que el peligro real de estas formaciones no se encuentra en la posibilidad que anulen las libertades y el sistema democrático, sino que el sistema acepte y adopte sus propuestas discriminatorias y excluyentes. En esta misma línea, Rodríguez considera que estas formaciones no abogan por la supresión de las instituciones y las libertades democráticas, y que han aceptado el juego democrático de forma estructural y no como una mera estrategia política coyuntural. Sin embargo, según este autor, pese a que aceptan el marco constitucional de sus respectivos países, algunos de los valores de estas formaciones sí son anti-democráticos y su discurso puede erosionar considerablemente la legitimidad de las instituciones.

El discurso político

De cara a comprender el fenómeno de la derecha radical populista resulta imprescindible analizar cuáles han sido las temáticas que han centrado su discurso y movilización política. Existe un cierto consenso en apuntar que hay dos temáticas que, pese a no ser las únicas usadas por estas formaciones, han sido los principales ejes

tanto de la acción política como del éxito electoral de estas formaciones. Nos estamos refiriendo a un discurso populista anti-establishment y a un discurso de rechazo frontal a la población extranjera.

Xenofobia anti-inmigrante

El rechazo a la inmigración extranjera es el elemento que, en la actualidad, identifica con mayor claridad a las formaciones de derecha radical populista. La relevancia de esta temática se ha ido acrecentando con el paso del tiempo y ha pasado a ser el pilar de la movilización política de toda la derecha radical populista europea. Asimismo, el rechazo al islam y a la población musulmana residente en Europa ha adquirido en los últimos años un gran protagonismo en el discurso de estos partidos y ha homogeneizado en mayor medida la oferta política de la derecha radical populista europea. Dada la relevancia de esta temática, conviene detallar qué elementos componen este discurso y cómo la derecha radical populista ha conseguido que resulte atractivo para amplias franjas del electorado.

De cara a comprender el uso político que la derecha radical populista ha hecho de esta temática es necesario abordar en primer lugar el contexto ideológico que ha permitido articular un discurso de oposición a la población extranjera. En este sentido, hay que tener en cuenta que en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el recurso al racismo biológico como arma política presentaba escasas posibilidades de éxito. El recuerdo de la experiencia nazi y el progresivo cuestionamiento científico de la división del género humano en razas hicieron que la apelación a una concepción biológicamente determinada del ser humano y a su clasificación en grupos jerárquicamente ordenados quedase fuertemente desacreditada ante la opinión pública. En este contexto histórico se desarrolló un discurso de oposición a la llegada de población extranjera basado en una lógica argumental que no remitía a las viejas concepciones del racismo biológico. Este discurso, que ha sido definido como «racismo cultural» o «racismo diferencialista», es la base a partir de la cual la derecha radical populista ha construido y justificado sus posturas

contrarias a la población inmigrada. En la construcción de este nuevo discurso y en su adopción por parte de la derecha radical populista ha tenido un papel destacado la corriente de pensamiento político conocida como Nueva Derecha Europea (ND). Especialmente a través de su núcleo fundacional y más activo, la *Nouvelle Droite* francesa liderada por el filósofo Alain de Benoist. Para un detallado análisis sobre esta corriente de pensamiento y su relación con la derecha radical populista véase el trabajo de Antón (2006) y, para un análisis de la Nueva Derecha en España, véase la obra de Sanromán (2008).

Con el objetivo de legitimar el rechazo a la población extranjera sin recurrir a las referencias biológicas y jerárquicas del «viejo» racismo, este nuevo discurso desarrolla un esquema argumentativo centrado en el concepto de cultura. La raza es sustituida por la cultura como forma de clasificación de los individuos y de diferenciación entre grupos. La cultura es entendida como una mezcla de valores, estilo de vida y tradiciones y es concebida de forma estática e internamente homogénea. Asimismo, se considera que la pertenencia cultural es fundamental para los individuos, de forma que estos están determinados por dicha pertenencia, sin apenas posibilidad de modificar o alejarse de su background cultural. Finalmente, la nación es identificada con una identidad cultural que se construye alrededor de elementos relacionados con su pasado, mientras que la población inmigrada es abordada a través de su (diferente) pertenencia cultural y, por lo tanto, ubicada en un espacio simbólico ajeno al cuerpo nacional. Partiendo de estas premisas, se concluye que la «excesiva» entrada de población con culturas distintas (los inmigrantes) constituye una amenaza para la integridad cultural de la nación. La oposición a la inmigración se presenta, por tanto, como una defensa de la identidad cultural de la nación, y, en consecuencia, como una defensa de la propia nación.

Un elemento clave en este esquema argumentativo es que se señala que las culturas, y los individuos que las conforman,

no son desiguales sino diferentes, al tiempo que se exalta la riqueza que supone la diversidad cultural. Siguiendo esta lógica, se apunta que defender la identidad cultural propia es la mejor forma de defender la diversidad cultural. El discurso culturalista también señala que las diferentes culturas son mutuamente excluyentes y que su coexistencia física conduce a situaciones conflictivas. Tal y como acertadamente apunta Stolcke: el discurso culturalista «asume que las relaciones entre culturas son por “naturaleza” hostiles y mutuamente destructivas». Esta asunción descansa sobre la creencia de que la xenofobia es un comportamiento inherente al ser humano. Una asunción que implica la comprensión del ser humano como un animal eminentemente territorializado y con una tendencia instintiva a formar grupos internamente homogéneos y hostiles hacia otros grupos.

La clave de este discurso, y la base para su explotación política por la derecha radical populista, está en que articula y resalta la «exterioridad» de los inmigrantes respecto al grupo mayoritario y no, como hacía el racismo biológico, su inferioridad. Una exterioridad que marca tanto la no pertenencia de esta población a la comunidad nacional como la supuesta existencia de profundas diferencias (culturales) respecto a la población mayoritaria. Asimismo, el mantenimiento de las diferencias y la separación entre culturas se presentan como algo necesario (para evitar la homogeneización cultural y evitar conflictos) y propio de la naturaleza humana (los individuos son solidarios con los de su grupo y hostiles con los otros grupos).

El esquema argumental que hemos desarrollado ha sido la base justificatoria a partir de la cual la derecha radical populista ha construido todo un discurso de oposición a la inmigración. Principalmente, ha servido para articular un discurso en que se culpabiliza a los inmigrantes de multitud de problemáticas sociales, y, en consecuencia, para defender la necesidad de una «política de exclusión» de la población extranjera. Este discurso se articula a partir de tres ejes de denuncia de los supuestos males ocasionados por la llegada de

población extranjera. El primer eje es el de la «amenaza cultural». Este discurso, cuyas claves acabamos de detallar, se basa en la reiterada advertencia de que la llegada de un número «excesivo» de individuos con culturas ajenas a la autóctona supone un peligro para la supervivencia de los valores, estilo de vida y tradiciones de esta. El discurso basado en una defensa de la identidad cultural autóctona se ha visto progresivamente complementado con el de la necesidad de defender la sociedad y los valores «occidentales» frente a la amenaza que se considera representa el islam. Un discurso que ha ido adquiriendo un mayor protagonismo desde finales de los noventa y en el que el islam es presentado como una religión intolerante por naturaleza y como la nueva amenaza totalitaria que se cierne sobre las sociedades occidentales. Esta vinculación entre la cultura autóctona y la «occidental» o europea, y la equiparación de la lucha de cada formación en su ámbito de actuación local con una «lucha» conjunta a nivel europeo, no solo ha adquirido un gran protagonismo en el discurso de estas formaciones sino que se ha convertido en el elemento aglutinador de cara a posibles proyectos compartidos a escala europea entre las diferentes formaciones de derecha radical populista.

Un segundo elemento, que deriva de la idea de la incompatibilidad cultural, alude a los supuestos «problemas» que la presencia de población extranjera comporta. Así, se señala que su pertenencia a culturas y sociedades «atrasadas» hace que difícilmente puedan adaptarse a las normas de la sociedad de acogida. Una situación que se considera ha de ser, inevitablemente, fuente de problemas y, en ocasiones, de conflictos. Este planteamiento se ha utilizado para vincular el fenómeno migratorio con problemáticas sociales como son el descenso en el rendimiento escolar de los alumnos autóctonos, la degradación de los barrios de las grandes ciudades y los «problemas de convivencia» derivados, la inseguridad ciudadana o los comportamientos «anti-sociales» de los jóvenes.

Finalmente, un tercer elemento es el de la denuncia de los supuestos perjuicios que a

nivel material implica la llegada de población inmigrada, especialmente para las clases populares autóctonas. Esta denuncia se desarrolla principalmente alrededor de dos cuestiones, el acceso a los recursos públicos y al mercado laboral. En relación al acceso a los recursos públicos se denuncia el coste que suponen los inmigrantes para los diferentes servicios ofrecidos por los Estados de bienestar europeos. Una denuncia que se basa en un supuesto sobre-uso y uso fraudulento de los servicios públicos por parte de los inmigrantes, y, en un supuesto trato de favor hacia la población extranjera en detrimento de la autóctona por parte de la administración pública. Por lo que respecta al empleo, se relaciona el desempleo existente y la progresiva precarización del mercado laboral con la «desleal» competencia ejercida por la población inmigrada.

La propuesta política de estas formaciones para acabar con el supuesto perjuicio que a nivel económico sufre la población autóctona se resume en el concepto de «preferencia nacional». Se trata de una propuesta según la cual el acceso a los recursos públicos y a los puestos de trabajo debe ser en primer lugar para los «nacionales». Una propuesta política que ha sido calificada de «chovinismo del bienestar» y que ha sido una de las armas propagandísticas y electorales más potentes de esas formaciones.

Una retórica populista, una movilización anti-establishment

La definición y comprensión del «populismo» ha sido, y es, objeto de importantes debates y desacuerdos. Pese a que en la literatura sobre la derecha radical populista también existen varias formas de aproximarse a esta cuestión, la mayoría de autores lo han interpretado más como un estilo político o un estilo de comunicación política que como una propuesta ideológica con un contenido específico propio.

La caracterización del populismo como un estilo político se debe a que se considera que en estas formaciones «se expresa más una protesta que una cualidad programática». De tal manera que el populismo de estas formaciones no se basa tanto en una

determinada apuesta ideológica sobre cómo organizar social y políticamente al conjunto de la sociedad, sino que es esencialmente un recurso estratégico para conseguir una movilización política favorable a sus intereses electorales. Esta movilización política se consigue a través de un discurso que realiza un «doble movimiento retórico». En primer lugar se apela a un «pueblo» idealizado que es representado como portador de unas virtudes y de un sentido común que debe extenderse al campo de lo político. Y, en segundo lugar, se presenta a este «pueblo» en oposición a un elemento externo a él (ya sean las élites o la población extranjera). Por lo que se trata de un discurso de confrontación en que el discurso anti-establishment y el discurso anti-extranjeros es el auténtico motor de la movilización populista que desarrollan estas formaciones.

Respecto a la exaltación de las virtudes del «pueblo», algunas formaciones de derecha radical populista han levantado la bandera de lo que consideran que es la «auténtica» democracia, señalando que son los únicos que respetan y quieren dar voz a la soberanía popular. El partido, o su líder, son presentados como un instrumento para liderar una movilización interclasista y supra-ideológica que devuelva la voz y la soberanía al «pueblo». Una propuesta a través de la cual justifi can su rechazo a las adscripciones ideológicas clásicas, declarándolas caducas, y su negativa a situar a su partido a la izquierda o a la derecha del espectro político. En cuanto al discurso propiamente anti-establishment, este tiene como eje el rechazo a los partidos políticos tradicionales y a lo que se denomina la «casta política». No obstante, también incluye el rechazo a las élites culturales (incluyendo a los medios de comunicación) y, en ocasiones, a las élites económicas.

La clave de este discurso populista se encuentra en el hecho de que no cuestiona el sistema de democracia parlamentaria, como ocurría con la extrema derecha tradicional, sino que ataca a los representantes de dicho sistema (principalmente los partidos políticos). De tal manera que, mediante la crítica a unos partidos políticos fuertemente desprestigiados

entre la opinión pública y su discurso de «respeto» por el sistema democrático y exaltación de la soberanía popular, las formaciones de derecha radical populista habrían conseguido superar, en parte, el estigma de ser consideradas formaciones anti-democráticas. Una consideración que les habría conferido la suficiente legitimidad para explotar electoralmente el crecimiento de la desafección política que, especialmente a partir de la década de los ochenta, ha afectado a las democracias liberales europeas.

El electorado

Un elemento central para comprender el fenómeno de la derecha radical populista en Europa es analizar qué franjas de población se han sentido atraídas por los discursos políticos que hemos analizado en el apartado anterior. A continuación abordaremos cuestiones como la extracción social, las características socio-demográficas y las actitudes políticas del electorado de la derecha radical populista.

Numerosos estudiosos coinciden en señalar que desde los años ochenta hasta la actualidad se ha producido una evolución común en el perfil socio-económico del electorado de las distintas formaciones de derecha radical populista. De tal manera que, si durante la década de los ochenta y primeros años noventa podía hablarse de un predominio de individuos de clase media, a lo largo de la década de los noventa se fue haciendo patente la progresiva «obrerización» de este electorado. Asimismo, el crecimiento en el respaldo electoral de estas formaciones a partir de la década de los noventa se ha entendido como la consecuencia de su capacidad para atraer de forma simultánea a estos dos perfiles de población.

Respecto al votante de clase media, se ha señalado que se trata principalmente de comerciantes, pequeños empresarios y trabajadores autónomos. Unas categorías laborales que Evans engloba bajo la etiqueta de auto-empleados y que Ignazi califica de clase media «tradicional». Se considera que son individuos que acostumbraban a apoyar mayoritariamente a formaciones de derecha conservadora y que se habrían radicalizado ante el ascenso al primer plano del debate

público de temáticas como la inmigración, la inseguridad y la identidad nacional. Un tradicional votante de derechas que, insatisfecho por la respuesta de las formaciones de derecha conservadora ante los fenómenos mencionados, habría optado por una opción más extrema.

El voto de clase trabajadora se compone principalmente de trabajadores manuales, trabajadores de cuello blanco de rango inferior y desempleados. El mayor peso numérico de este segundo perfil de población ha hecho que se hable de la mencionada «obrerización» del electorado. Este factor, junto al hecho de que población de clase trabajadora apoye a formaciones de derecha radical, ha llevado a un gran interés por ubicar a nivel ideológico y electoral a esta población. Perrineau defiende que una parte de los votantes de clase trabajadora son antiguos votantes de izquierdas. Una procedencia política que ha llevado a este autor a hablar, para el caso francés, de *gauche-lepenisme*. No obstante, Fysh y Wolfreys han señalado que no hay ninguna evidencia de que estos votantes de extracción obrera se consideren de izquierdas y Mayer entiende que más que de *gauche-lepenisme* habría que hablar de obrero-lepenismo. Según esta autora, el electorado de clase trabajadora de estas formaciones está compuesto principalmente por jóvenes, escasamente politizados y que rechazan ubicarse a un lado u otro del espectro político. En este sentido, considera que, más que de izquierdas o de derechas, lo que mejor define a este electorado de extracción obrera es el término «ninja» (ni de izquierdas ni de derechas).

La coincidencia en el voto entre estos dos sectores sociales, lo que se ha denominado la unión de «la tienda y el taller», ha generado cierta sorpresa entre los estudiosos en la materia. Esto se debe a que se considera que estos dos grupos sociales, clase trabajadora (especialmente los trabajadores manuales) y clase media autoempleada, presentan unas posturas contrapuestas en términos de política económica. Esto es así ya que los individuos de clase trabajadora apostarían por un Estado fuerte que mantenga sus políticas de bienestar

y que regule el mercado de trabajo, mientras que las clases medias auto-empleadas lo harían por un Estado con un mínimo de intervención en materia económica (especialmente en cuanto a impuestos se refiere).

Evans e Ivaldi consideran que la clave para que los diferentes electorados de la derecha radical populista obvien sus contradicciones en materia de política económica está en la propuesta de resolver los problemas sociales a partir de una «visión» etnocéntrica de los mismos. El uso de la temática migratoria sirve para captar las angustias económicas y de protección social de una parte de la clase trabajadora, mientras que una postura autoritaria en materia de ley y orden, con su correspondiente carga xenófoba, sirve para atender los deseos de la clase media tradicional. El hecho de focalizar la atención en la inmigración hace que los dos electorados vean atendidas sus demandas sin prestar especial atención a las posturas en materia de política económica de estas formaciones.

Ivarsflaten ha realizado un detallado análisis sobre esta cuestión y ha concluido que los individuos de clase trabajadora que se sitúan claramente a la izquierda en materia de política económica y los de clase media que lo hacen a la derecha difícilmente no darán su voto a estas formaciones. En cambio, sí que lo pueden hacer los individuos que, dentro de estos dos grupos sociales, presentan posiciones menos «marcadas», o politizadas, en materia de política económica. Estos pueden decidir su voto en función de temáticas como inmigración, ley y orden o protesta anti-establishment. Unas temáticas en que las posturas de una parte de la clase trabajadora y de la clase media puede coincidir plenamente.

Junto al perfil socio-económico que acabamos de presentar, se han apuntado algunas características socio-demográficas de los votantes de estas formaciones que pueden aportar información de interés para la comprensión de este fenómeno. Así, por lo que respecta a las diferencias de género, las encuestas muestran que estas formaciones atraen a un electorado mayoritariamente

masculino. En cuanto a la edad de este electorado, se ha apuntado que sus mejores resultados los obtienen entre la población joven o de adultez temprana. Esta franja de población, que algunos autores sitúan entre los menores de cuarenta años, presentaría una menor fidelidad electoral a las formaciones políticas tradicionales que la haría más susceptible de dar su voto a un nuevo partido político. Respecto al nivel de estudios, hay una amplia coincidencia en señalar que es en los niveles inferiores de formación donde se concentra el mayor porcentaje de votantes de estos partidos.

Por último, se han determinado una serie de actitudes socio-políticas características de este electorado. La mayoría de estudios coinciden en señalar que las actitudes críticas hacia la inmigración y hacia el sistema político son las que más nítidamente distinguen a los votantes de estas formaciones del resto del electorado. Asimismo, los fenómenos sociales que más preocupan a este electorado son la inmigración y la inseguridad ciudadana. Finalmente, en relación a las motivaciones esgrimidas por los electores para dar su apoyo a estas formaciones, pueden señalarse cuatro «motores» de este voto: la inmigración, la protesta contra el sistema político, las temáticas «sociales» (desempleo y protección social) y, finalmente, una demanda de más «ley y orden».

Los motivos del éxito: entre la demanda y la oferta política

La aparición, en un período de tiempo relativamente corto y en un gran número de países, de un conjunto de formaciones con unas características similares, ha generado una amplia gama de hipótesis explicativas al respecto. Las diferentes teorías han tratado de explicar por qué un creciente número de electores se han sentido atraídos por los discursos analizados en el segundo apartado del texto, por qué estos ha sucedido en algunos países y en otros no, y por qué han sido determinadas formaciones políticas las que han podido extraer un rédito electoral de este proceso.

A la hora de presentar las diferentes líneas explicativas que han centrado el interés de la

literatura académica, nos vamos a apoyar en la propuesta de Eatwell de dividir las entre aquellas que se basan en el análisis de la demanda política y las que lo hacen en la oferta. En el ámbito de la demanda política se enmarcan las explicaciones que han apuntado a diferentes procesos y fenómenos sociales que habrían modificado los intereses, actitudes y preferencias de la población, haciendo a una parte del electorado más receptiva al discurso de la derecha radical populista. Por lo que respecta a la oferta, se trata de las diferentes explicaciones que se han centrado en el análisis de factores relacionados con la propia formación política, o con el contexto en el que esta se inscribe, y en sus efectos en el desempeño electoral de estas formaciones. Estos dos enfoques analíticos, en gran medida complementarios, aportan las diferentes variables que hay que tener en cuenta a la hora de tratar de explicar la emergencia de una formación de derecha radical populista.

La demanda política

Las explicaciones sobre la emergencia de estas formaciones que se basan en los efectos que distintos fenómenos socio-económicos y socio-culturales han tenido sobre la demanda política de la población han sido claramente dominantes en la literatura sobre este fenómeno. El atractivo de estas explicaciones, y una de las razones por las que han sido tan influyentes, es que apuntan a unas causas relativamente comunes al conjunto de países europeos. De tal manera que permitirían explicar la aparición de formaciones similares en un mismo período temporal y en un gran número de países.

Su centralidad en la literatura sobre este fenómeno ha hecho que se desarrolle un amplio espectro de hipótesis explicativas al respecto. Con el objetivo de facilitar la claridad expositiva nos centraremos en dos grandes líneas explicativas. La primera se basa en los efectos que diferentes factores socio-económicos han tenido en el electorado, mientras que la segunda hace lo propio con factores socio-culturales. Se trata de dos líneas explicativas que han ocupado un espacio central en la literatura y representan dos perspectivas divergentes en la comprensión de

este fenómeno. Nos interesan especialmente porque tratan de dar una respuesta global al fenómeno y son, en este sentido, las más ambiciosas y completas.

La línea argumental basada en factores socio-económicos señala que el apoyo a estas formaciones proviene principalmente de aquellos que están compitiendo por unos recursos escasos y/o de aquellos que se encuentran en una situación de relativa privación económica. Los individuos que experimentan una creciente vulnerabilidad socio-económica pueden sentirse atraídos por un discurso que ofrece respuestas simples y directas («los inmigrantes y los políticos son los culpables de las dificultades y angustias socio-económicas de la población») y que ofrece soluciones también simples y directas (cierre de fronteras, política de «preferencia nacional», etc.).

Esta línea explicativa parece apuntar principalmente hacia aquellos individuos que se encuentran en una situación de clara privación económica. No obstante, algunos autores puntualizan que el apoyo podría no venir tanto de aquellos que se encuentran en una situación de acuciante necesidad económica como de los que temen que los cambios socioeconómicos les lleven a dicha situación. Minkenberg considera que los procesos mencionados pueden afectar a unos sectores más amplios de la población que los que se encuentran en el último nivel de la escala social, y, que habría que tener especialmente en cuenta a aquellos individuos situados un tanto por encima de dicho nivel y que «aún pueden perder algo». En este sentido, el miedo a la pérdida del estatus socioeconómico puede ser tan o más importante a la hora de espolear el apoyo a las formaciones de derecha radical populista como unas condiciones objetivas de privación económica.

Dentro de esta perspectiva se hace hincapié en la posible competición entre la población autóctona e inmigrada en el mercado laboral y en el acceso a los recursos públicos. La competición por unos recursos escasos llevaría a aquellos que no han podido acceder a dichos recursos, o que temen perder

el acceso, a adoptar una postura de exclusión hacia el grupo social minoritario. Sin embargo, diferentes autores han apuntado la necesidad de ir más allá de la competición étnica y entender en un sentido más amplio las angustias socio-económicas que pueden conducir a un apoyo a la derecha radical populista.

Betz entiende que, además de las cuestiones directamente relacionadas con la inmigración, hay que tener en cuenta todos los procesos relacionados con la globalización económica y con el paso de un modelo de producción fordista a uno post-fordista. Su explicación señala que la internacionalización de los mercados de trabajo tiene como una de sus consecuencias la desprotección de los trabajadores manuales, especialmente los poco cualificados. Al mismo tiempo, el nuevo modelo económico y de producción introduce una presión continua para la adecuación formativa de la población. Un proceso en el que la carrera educativa y la especialización laboral pasan a ser imprescindibles para la empleabilidad de los individuos en el mercado laboral. En este escenario, los trabajadores manuales con un bajo nivel educativo experimentan una creciente sensación de vulnerabilidad y de inseguridad respecto a su posición socio-económica. Estos individuos son los que Betz ha denominado los perdedores de la modernización y que, según esta perspectiva, han engrosado la base social de la derecha radical populista.

La línea argumental basada en variables socio-culturales parte de la idea de que en las sociedades europeas de las últimas décadas del siglo XX, el conflicto por la distribución de los bienes materiales ha ido perdiendo relevancia entre las preocupaciones del conjunto de electores y en el debate político. Paralelamente, diferentes temáticas situadas en el ámbito socio-cultural (posición frente a la inmigración, la idea de autoridad en un sentido amplio, las cuestiones de género, ecologismo, etc.) habrían adquirido un creciente protagonismo en el debate público y en la demanda política de los electores. Esto habría llevado a que, junto al eje económico izquierda-derecha, haya cobrado protagonismo

lo que se conoce como el eje izquierda-derecha «socio-cultural» o «de valores».

La consecuencia de este proceso sería que, para situar políticamente a un individuo, haya que hacerlo tanto en el clásico eje económico izquierda-derecha como en el «nuevo» eje socio-cultural o de valores. Según esta hipótesis explicativa, la politización y la creciente relevancia de las cuestiones culturales habrían permitido que las formaciones de derecha radical populista obtuviesen el respaldo de un importante número de electores. En concreto, habrían obtenido el respaldo de un electorado inter-clasista que se sitúa a la derecha en el eje socio-cultural (especialmente en relación a la temática migratoria). Asimismo, un elemento derivado de esta hipótesis es que se considera que las formaciones de derecha radical populista obtendrán mejores resultados en aquellos momentos en que las temáticas socio-culturales, y no de política económica, estén en el primer plano del debate político y electoral.

La oferta política

En los últimos años se ha otorgado una creciente importancia a la acción de los partidos, y al contexto en el que estos actúan, a la hora de explicar tanto el éxito como el fracaso de las formaciones de derecha radical populista. Este creciente interés se explica principalmente por la creencia de que los modelos de análisis basados exclusivamente en la demanda política presentan ciertas limitaciones a la hora de explicar las grandes diferencias existentes en el apoyo electoral recibido por estas formaciones. Unas diferencias en los resultados que se dan no solo entre países, sino entre formaciones de derecha radical populista de un mismo país e, incluso, en los resultados de una misma formación en diferentes regiones, municipios y áreas intra-urbanas.

La persistencia de estas diferencias en los resultados electorales ha llevado a la constatación de la necesidad de dejar de considerar a los partidos de derecha radical populista como meros «beneficiarios» de unos procesos sociales que escapan a su control e introducir en el análisis la capacidad de estas

formaciones para beneficiarse, o no, de los cambios en la demanda política de la población. En este sentido, los análisis basados en la oferta política parten de la premisa de que en todos los países existe un «potencial» electoral suficiente para este tipo de formaciones. La creación, y las características, de este electorado potencial se explicarían principalmente a partir de las teorías vinculadas con la demanda.

No obstante, el análisis de las variables situadas en el terreno de la oferta política permitiría analizar por qué, y cómo, algunas formaciones consiguen extraer un rédito electoral de este potencial y otras no. En este sentido, el análisis de la oferta política no debe ser entendido como una alternativa a las líneas explicativas centradas en la demanda política, sino que es una perspectiva que trata de complementar a las mismas.

A la hora de analizar las variables relacionadas con la oferta política, nos apoyaremos en la propuesta de Mudde de distinguir entre los factores externos a los partidos políticos y los que aluden directamente a estos. En relación a los factores externos, algunos de estos han sido agrupados en torno al concepto de estructura de oportunidades políticas. Este concepto se desarrolló originalmente en la literatura sobre los movimientos sociales con el objetivo de dar cuenta de la «apertura» o «accesibilidad» de un determinado sistema político para la entrada y participación de nuevos actores, y ha sido crecientemente utilizado en el análisis de la derecha radical populista. Los factores relacionados con la estructura de oportunidades políticas tratan de explicar principalmente la creación de un espacio disponible para la emergencia de una nueva formación.

Uno de los factores que se incluye en el análisis de la estructura de oportunidades es el de la influencia del marco institucional. Esto es, cuestiones como las características de cada sistema electoral y su incidencia en la emergencia de una formación minoritaria, los efectos de las diferentes formas de organización política y administrativa del Estado (si se trata de un Estado federal,

centralizado, etc.) y elementos relacionados con las restricciones legales que puedan existir (prohibición del partido o de algunas de sus actividades). Otro factor que se ha considerado especialmente relevante es el de la influencia del contexto político en la emergencia de estas formaciones. Se trata principalmente de saber qué papel juega el comportamiento de las formaciones mayoritarias a la hora de abrir o no un espacio político que pueda ser aprovechado por la derecha radical populista.

Junto a los factores relativos a la emergencia inicial de estas formaciones, hay que atender también a los motivos de su consolidación o no en el escenario político. En relación a esta cuestión, ha habido un debate especialmente intenso sobre los efectos que puede tener el hecho de que los partidos mayoritarios adopten las temáticas, y el lenguaje, en que la derecha radical populista ha basado su éxito electoral, especialmente en relación a la temática migratoria. Algunos autores consideran que esto puede legitimar a las nuevas formaciones, y por tanto ayudarlas a mantener su espacio político, mientras que otros entienden que hace que las formaciones mayoritarias penetren y recuperen el espacio político que las nuevas formaciones habían conseguido abrir.

Una última temática externa a los partidos, y que tiene una gran influencia tanto en la emergencia como en la consolidación de estas formaciones, es la del papel de los medios de comunicación. En relación a esta temática, se ha señalado que, si bien estos juegan un papel central en el éxito y en el fracaso de cualquier formación política, esto es aún más cierto en el caso de las formaciones de derecha radical populista. No obstante, más allá de coincidir en el papel destacado de los medios, hay un cierto debate sobre si estos deben ser considerados como «facilitadores» del éxito de estas formaciones o como barreras para el mismo.

En relación a la idea de que facilitan la emergencia de estas formaciones, se ha señalado que muchas de las temáticas que los medios recogen con cada vez mayor insistencia encajan perfectamente con el

discurso de estas formaciones (la inseguridad ciudadana, la temática migratoria o los diferentes escándalos acontecidos en el ámbito político). Asimismo, la forma en que se abordan estas temáticas coincide en ocasiones con el discurso simplificador y «de impacto» de la derecha radical populista. Por otro lado, se ha apuntado que la gran atención que los medios prestan a este tipo de formaciones solo puede jugar a su favor. Dicha atención se ha explicado en parte por la creciente tendencia de los medios de comunicación a personalizar el debate político. Un formato que han sabido aprovechar perfectamente algunos de los líderes de estos partidos y que encaja con un modelo de partido, el de la derecha radical populista, que gira alrededor de la figura de un líder omnipresente. En esta misma línea, se ha señalado que todo lo nuevo y «fuera de lo común» acostumbra a atraer la atención de una parte de los medios de comunicación. De tal manera que las propuestas más radicales de estas formaciones, junto con los comportamientos de sus líderes, son susceptibles de generar un gran interés mediático.

Tal y como apuntábamos anteriormente, también se ha considerado a los medios de comunicación como una barrera para el éxito de estas formaciones. Se ha señalado que los medios de comunicación mayoritarios presentan posturas claramente contrarias a cualquier acción de violencia o discriminación hacia una minoría. Así, por ejemplo, la práctica de recoger determinados actos de violencia contra minorías y programarlos repetidamente en un sentido crítico acostumbra a crear «olas» de indignación que pueden deslegitimar y estigmatizar las posiciones de estas formaciones. Asimismo, algunos medios pueden mostrarse abiertamente hostiles a las formaciones de derecha radical populista, incluso liderando campañas en contra de las formaciones en cuestión o de sus líderes.

Por lo que respecta a las cuestiones de la oferta política relacionadas con el propio partido, elementos como el papel de los líderes de estos partidos y la organización interna de las formaciones han sido señalados como relevantes para el desempeño electoral de los

mismos. Así, se ha apuntado que algunos líderes carismáticos tienen un importante papel en los éxitos electorales de estas formaciones. Un peso electoral que puede deberse tanto a la adhesión personal que suscitan entre determinados electores como a su capacidad para atraer la atención pública hacia su formación. No obstante, hay que tener en cuenta que hay partidos exitosos que no están encabezados por un líder de este tipo. Asimismo, varios autores coinciden en señalar que la importancia de estos líderes se concentra en los primeros años de actividad política de las formaciones (en su emergencia): pero que, una vez ya han atraído a nuevos votantes, la labor de fidelizar a estos votantes y mantenerse en el primer plano del escenario político tiene más que ver con el modelo organizativo del partido que con el carisma del líder.

El tipo de discurso e imagen que proyectan estas formaciones ha sido considerado crucial para sus posibilidades electorales. En relación al discurso político, se ha señalado que es fundamental que el mensaje que llegue a la opinión pública sea lo suficientemente «moderado» como para evitar que el partido caiga en, o no salga de, la posición de marginalidad y estigmatización que tradicionalmente ha ocupado la extrema derecha. Más allá de la verdadera ideología de las formaciones, el éxito parece ir íntimamente ligado con la capacidad de presentar sus propuestas sin que la formación sea asociada con la extrema derecha tradicional (en el sentido de tener actitudes anti-democráticas, anti-igualitarias y, en ocasiones, violentas). Es en este sentido que Rydgren ha apuntado que la clave del éxito de estas formaciones se encuentra en que han conseguido que su discurso contra la inmigración y los partidos políticos sea percibido por una parte del electorado como algo «aceptable y relativamente inofensivo», distinguiéndose así claramente de las formaciones abiertamente racistas y anti-democráticas.

En esta misma línea, autores como Eatwell o Goodwin han insistido en que una «batalla» fundamental para el éxito político de estas formaciones es el de la consecución de

una cierta legitimidad ante el electorado. Una legitimidad que las distinga de las versiones violentas y anti-democráticas de la extrema derecha y que, según estos autores, es especialmente relevante para aquellas formaciones minoritarias que están intentando abrirse un espacio político. La legitimidad dependerá de factores tales como la modulación del discurso político que acabamos de mencionar, de la imagen «moderna» del partido y de sus líderes, y del tipo de actividad política que realicen (sobre todo en relación a si abandonan toda expresión de violencia física y abogan inequívocamente por la política institucional).

Conclusiones

La derecha radical populista constituye una familia de partidos que, a pesar de la existencia de diferencias entre los partidos que la integran, comparte una serie de rasgos comunes. Entre estos destaca el nacionalismo (o nativismo) como motor de su acción política, una ideología, o estilo político, populista, y, de acuerdo con algunos autores, una concepción autoritaria del orden social. Estas bases ideológicas conllevan un proyecto político que actualmente tiene como meta principal la exclusión de una parte de la población (la extranjera) y el establecimiento, o mantenimiento, de un sistema de etno-dominación. Una propuesta política cuyo mayor peligro no está en su capacidad, o voluntad, de suprimir el sistema de democracia representativa, sino en la posibilidad de que sus posturas «contaminen» dicho sistema desde su interior.

Los partidos de derecha radical populista han conseguido movilizar, especialmente en momentos puntuales, a una amplia base electoral de composición interclasista. Su discurso sobre la inmigración y su crítica a los partidos políticos mayoritarios han conectado con las inquietudes de amplias franjas de la población. En este sentido, los éxitos electorales de algunas de estas formaciones, y su capacidad para influir en los debates y la agenda política nacional, han hecho que la derecha radical populista sea un actor político de primer orden en la Europa de las tres últimas décadas.

Todo ello muestra que es un error considerar que los éxitos de estos partidos son meros «accidentes» y que sus planteamientos políticos no guardan ningún tipo de relación con los debates y las pulsiones existentes en las sociedades europeas actuales. Tal y como acertadamente señala Mudde, esta aproximación al fenómeno, que sitúa en una cómoda «exterioridad» a estas formaciones, omite que la derecha radical populista es una versión extrema de debates y planteamientos que, en ocasiones, ocupan la centralidad política y social de la Europa actual.

© Reis 136, octubre-diciembre 2011. Extracto sin notas y citas.

La claves del fenómeno Le Pen

Fernando José Vaquero Oroquieta

El libro

El ascenso electoral de Le Pen en Francia generó, en su día, una marea de escritos en los medios de comunicación, así como todo tipo de comentarios entre los tertulianos y columnistas habituales. Pero, transcurridos unos meses, el esfuerzo de reflexión realizado con tal motivo, especialmente desde la izquierda cultural y política, en los grandes diarios de ámbito nacional, se ha esfumado; con la excepción del "dossier" *Los nuevos fascismos* publicado en la revista izquierdista El viejo topo (octubre de 2002, número 171, Barcelona).

La posterior derrota electoral de Le Pen en la segunda ronda, y la fragmentación de la Lista Pim Fortuyn de Holanda, otra de las eclosiones populistas que inquietaron a los voceros de lo "políticamente correcto", tranquilizaron los ánimos, proporcionando argumentos a quiénes caracterizaron al fenómeno, ante todo, de fugaz.

Este olvido, o despreocupación, según se mire, intenta romperlo el libro que comentaremos aquí, *Las claves del fenómeno Le Pen. El hombre que conmovió el sistema* (Producciones y Representaciones Editoriales, S.L., Barcelona, septiembre de 2002, www.pyresl.com). No es el único intento de reflexión global que conocemos al respecto publicado en España, pues debemos mencionar el texto de Ferran Gallego, *Por qué Le Pen* (El viejo topo, Barcelona, 2002), quien, desde una perspectiva de izquierda crítica aborda la tradición de la derecha radical francesa, la crisis de la izquierda, el imaginario nacional-popular, etc.

Veamos, pues, el primero de ellos. Su título ya nos descubre sus pretensiones. El autor, Hervé Blanchart, es presentado como

un periodista que ha mantenido entrevistas con diversos representantes cualificados del Front National y de otros grupos europeos del mismo espectro político. Creemos que es un seudónimo por varias circunstancias: no figura traductor entre los datos técnicos, una fuente documental decisiva a la que recurre es una web española, algunas referencias expresas (como la que señala que "En España sabemos..."), diversas menciones a Barcelona y, para finalizar, que figure Madrid como lugar donde se redacta la conclusión mientras que es París la referenciada en la introducción. Todo apunta, por lo tanto, a que el autor sea algún buen conocedor español del tema, barcelonés para más señas, ciudad en la que siempre se ha mirado con especial interés la evolución de los ambientes neofascistas y populistas europeos.

Este maquillaje de la identidad real del investigador -el autor y editor conocerán sus motivos- no quita valor a la información contenida en este libro. No impide que los razonamientos recogidos sean consistentes y su exposición general consecuente con los mismos. En todo caso, es lamentable que, por las razones que sean, la autocensura se imponga hasta el punto de ocultar la identidad real del autor de un texto que no puede descalificarse a priori. Un indicador, en definitiva, de las limitaciones al pluralismo real existentes en el mundo editorial.

Ciertamente, puede advertirse una cierta sintonía del autor con el populismo descrito, al menos con algunas de sus posiciones. Pero esto no le impide ser objetivo, al descubrir, por ejemplo, una clave interesante de lo ocurrido en Francia que constituye, además, una importante limitación del populismo: la vinculación delincuencia - inmigración, principal argumento lepenista, ha oscurecido otras propuestas en absoluto viables del partido, tales como la salida de Francia de la Unión Europea, el regreso del franco, etc.

Los contenidos del libro

En este libro encontraremos, en buena lógica, una evolución histórica: tanto de los medios humanos de la llamada extrema derecha francesa, como de su principal protagonista, Le Pen. La sopa de siglas radicales puede llegar a abrumar al lector no

iniciado, pero el autor logra que todas ellas tengan su papel en esta historia, bien por el peso de sus ideas, bien por encontrar en su seno a personas que, posteriormente, desarrollarían un papel de cierto relieve en el Front National. Hablamos, en ese sentido, de Serge Martínez, Bruno Megret, Michel Schneider, Jean Pierre Stirbois, Bruno Gollnisch (su previsible sucesor), etc.

Otros personajes con cierto protagonismo en esta historia son Pierre Poujade (en cuyo movimiento encontramos a un joven Le Pen iniciándose en la política populista), Alain Robert, Pascal Gauchon, Tixier -Vignancour, François Duprat, Roger Holeindre, etc.

Los partidos populistas no son, a juicio del autor, una versión remozada de los grupos de extrema derecha y neofascistas. Se trataría de un fenómeno distinto y de alcance continental, propiciado por el agotamiento del discurso político de los partidos tradicionales y su ceguera ante los efectos no deseados ni previstos por una inmigración descontrolada. Son unas formaciones de nuevo tipo, con escasa carga ideológica, dispares entre sí, y con un electorado en parte también procedente de la izquierda. No impugnan el sistema democrático; al contrario, pretenden rectificarlo siguiendo sus cauces legales. Su espacio natural sería el de la derecha, al incidir en unos valores propios de este campo: orden, seguridad, respeto a la ley. También incorpora elementos propios de un discurso izquierdista, como es la invocación a la protección social. Incluso hace propios algunos conceptos del discurso antiglobalizador, como es el rechazo al pensamiento único, un cierto antiamericanismo y lo que se viene llamando, desde posiciones oficiales, la "regresión comunitaria".

Le Pen ha servido de catalizador de estos sentimientos aparentemente dispersos, planteando cuestiones políticamente incorrectas, que ya empiezan a ser afrontadas desde algunos partidos y medios de comunicación: necesidad de un mayor control de la inmigración, lucha contra la delincuencia generada por los ghettos, etc.

En muchas de sus páginas proporciona un auténtico arsenal de argumentos que abordan,

de frente y sin complejos, los desajustes sociales generados por una miope política inmigracionista marcada, en Francia y en casi toda Europa, desde presupuestos progresistas; lo que ha facilitado el ascenso de estos partidos populistas. Y lo hace de la mano de un resumen del libro del pensador francés Guillaume Faye, *La colonisation de l'Europe*, perteneciente al grupo de intelectuales de la llamada Nueva Derecha, en su versión paganizante, por calificarla de manera que nos permita clasificarla fácilmente. Llegados a este punto, podemos preguntarnos: ¿cuál es la pretensión real del autor?, ¿informar de la realidad de este fenómeno o, acaso, proporcionar argumentos razonables a quienes se atrevan a promover, en España, una formación de las caracterizadas en el libro? Seguramente, la respuesta a ambos interrogantes es afirmativa, pues el texto bien puede servir a los dos objetivos.

En líneas generales, si bien los datos y argumentos recogidos son consistentes, algunos de sus contenidos son más ligeros, aunque sin llegar a rebajar la tensión del libro en su conjunto. Uno de los apartados más frágiles, en ese sentido, es el dedicado al presunto antisemitismo de Le Pen, que explica como producto de su persecución por determinados organismos y personalidades de gran peso en la vida pública francesa, todos ellos procedentes de la extrema izquierda y en algunos casos vinculados personalmente con la comunidad judía. No olvidemos que Le Pen es partidario de los palestinos y de la posición de Irak...

España parece ser la excepción europea en las manifestaciones del populismo. El autor, sin duda, es un buen conocedor de la situación española, especialmente la catalana; lo que demuestra sobradamente por las precisas referencias a la evolución y realidad de la extrema derecha española y sus expectativas actuales, después de casi tres décadas de travesía del desierto. Reconociendo, el autor, que el fenómeno de la inmigración no se percibía entre los españoles como un factor generador de especial preocupación, asegura que, ahora, empiezan a cambiar las cosas. De esta percepción, que no es exclusiva de este

autor, parece haber tomado buena nota el PP y el mismo PSOE. El primero, al propugnar, a nivel europeo, un endurecimiento de la política de acceso y permanencia de los inmigrantes. El segundo, cuando ha reclamado que los españoles no pueden perder beneficios sociales como consecuencia de una recepción no controlada de la inmigración. Además, tales medidas han sido sugeridas y alentadas por algunos medios de comunicación.

El futuro nos confirmará si tales medidas llegan a desarrollarse y con qué efectividad, evitando caer en los errores de nuestros vecinos franceses, que permitieron - seguramente sin pretenderlo- la aparición de "ghettos" ajenos a la legalidad republicana; cerrándose con ello el ascenso de una formación populista en España.

A caballo entre la investigación periodística y el alegato doctrinario, este texto sienta las bases para una investigación, en profundidad, de esta importante expresión de la actual crisis europea en su dimensión política, ética, filosófica y social.

© Revista Arbil nº 63



Doce tesis para un Frente Nacional (en España) (1999) *

¿Para qué el Frente? ¿Cómo? ¿Hacia dónde?

Ernesto Milá

1. Política de frente y enfrente de la política

En los últimos años, desde la aprobación de la Constitución, todas aquellas fuerzas políticas y sociales que han intentado hacer una política contracorriente, se han visto, antes o después, anegadas y desmovilizadas. Y no solo en España, sino en todo el mundo, salvo raras y honrosas excepciones.

El proceso de mundialización de la economía, la globalización del planeta, el fin del duopolio USA-URSS, han generado el fantasma del "pensamiento único" y han impuesto lo "políticamente correcto" como único sistema de seudovalores susceptible de ser asumido en la era tecnocrática. No importa que la humanidad y especialmente Occidente viva una situación de estabilidad aparente a costa de aceptar grandes injusticias, no importa que se esté gerenciando el mundo del siglo XXI con ideas que nacieron en el siglo XVIII, no importa que cada vez mas capital esté acumulado en menos manos, ni que la escala de valores se haya hundido hasta desaparecer ante el único valor comprensible para la mayor parte de las poblaciones: el bienestar económico y la tranquilidad, valores comprensibles, pero que para el sistema solo pasan a través del liberalismo económico.

Todos los avances del sistema se han conseguido a costa de renuncias y sacrificios extremos: no solo el progreso económico se realiza a costa del despedazamiento del medio ambiente, sino de la calidad de vida de las poblaciones. Y esto a costa de restringir nuestro análisis al primer mundo y, más en concreto, a Europa Occidental y América del Norte. En el resto del globo, solo hay islas de progreso en medio de miserias generalizadas e

incluso en esas islas de progreso, solo las altas burguesías locales, lo experimentan como propio en medio de arrabales y cinturones de miseria y depauperación.

Nunca como ahora en Occidente se han expandido enfermedades que constituyen verdaderas epidemias, nunca como ahora se ha difundido una cultura de tan bajo nivel y tan bastardizada, nunca como ahora las poblaciones han sido tan ignorantes y carentes de capacidad crítica, nunca como hoy las estructuras sociales han sido tan inestables, nunca las enfermedades mentales tan extendidas, en ningún período de la historia las poblaciones, las ciencias han generado tantos problemas, tantas dudas, tantos temores, como hoy: no es solo la energía atómica, es la experimentación genética, son las consecuencias para el organismo de determinadas tecnologías... nunca como hoy, en un período que intenta ser de racionalidad absoluta, han aparecido tantos y tantos rasgos de irracionalismo, se han seguido a tantos mitos y se han aceptado tantos espejismos.

Nunca tan pocos han concentrado tanto poder: ni la más absolutista de las monarquías, ni el dictador más totalitario. El gran capital monopolista impone sus reglas de juego, compra y vende políticos, empresas de comunicación, desata guerras para hacer subir la bolsa, provoca crisis para comprar acciones a bajo precio, destruye y fragmenta Estados irreductibles o que le resultan sospechosos de serlo, o simplemente por que les ha tocado servir de víctimas expiatorias en la ruleta rusa de la destrucción para mayor gloria del capital inversor. ¿Qué Estado moderno puede estar por encima de las grandes concentraciones de capital cuyos activos superan los presupuestos anuales de muchos grandes Estados? Ellos imponen sus reglas: que no son las de las poblaciones con cuyo trabajo nutren sus engranajes. Ellos controlan la política: cuando es la política la que debe controlar a la economía.

Pero no nos engañemos: el sistema mundial es frágil, recuerda a una estructura diamantina, la más resistente que ha construido la naturaleza... a costa de que no se encuentre su punto de fractura. Una vez

localizado, basta un pequeño empuje para que la estructura salte por los aires en mil pedazos. Algunos autores han buscado distintos símiles para mostrar gráficamente la estructura del Sistema: Guenon lo comparó a una esfera que se ha ido transformando en un cubo, de la estructura más móvil ha pasado a la más estática. Pero ese cubo puede resquebrajarse y en sus grietas pueden insertarse palancas que lo remodelaran.

Hoy existen pocas posibilidades de acción y rectificación del sistema: la cuestión es si vale la pena hacer aun algo y si puede hacerse aún algo.

A la primera pregunta puede contestarse rotundamente: aunque hoy sea evidentemente imposible "cambiar el sistema" de arriba a bajo, si es cierto que pueden obtenerse victorias parciales, crear núcleos y zonas de libertad, preparar las bases para cuando ocurra el desplome previsible del sistema y tener estructuras políticas preparadas para ese momento. No se trata de configurarse como opción de poder, se trata, insistimos, en crear núcleos y zonas de libertad, tener una presencia en la vida política y social de cada país, que, por una parte, intenten rectificar los aspectos más problemáticos del sistema y por otro contribuyan a despertar en nuestros conciudadanos la sensación de que "algo no funciona" y que es preciso reaccionar. Eso o refugiarse en el papel de Casandra, anunciando desastres que finalmente ocurren pero ante los cuales nadie quiere hacer nada. O el papel de místico reconcentrado en sí mismo y sin contacto con el mundo.

No es este nuestro caso: no puede negarse el carácter destructor y terminal del mundo moderno, ni nosotros podemos negar nuestra opción histórica de permanecer en pie entre las ruinas; nunca se ha intentado sacar a la civilización de una sima tan profunda: obviamente, la regeneración global de Occidente no puede realizarse solo en el curso de una generación. Son décadas, sino siglos, lo que se precisa para reestructurar un sistema de nuevo cuño, acorde con el tiempo que vendrá. Y para eso hace falta educación de las nuevas generaciones en otras escalas de valores. Así pues, vale la pena hacer algo, no solo por

nosotros, por nuestro presente, sino por los que vendrán, por nuestros hijos y por los hijos de sus hijos.

A la pregunta de si puede hacerse algo, la respuesta es contundente: sí, algo limitado, pero decisivo; algo que no apunte al corazón del sistema -por obvia imposibilidad-, pero que se aproxime a él; algo que mejore la situación de la disidencia interna y deteriore la del sistema. En un mundo polarizado como el nuestro, un 3 o un 5% de los votos, puede decidir mucho. Un concejal en un ayuntamiento puede tener la llave de muchas decisiones de las que depende la vida de los ciudadanos. Una asociación universitaria puede forzar la revisión de los programas de enseñanza de una facultad. Un sistema liberal permite la oposición interna: realicémosla como nunca antes la hemos realizado. Realicémosla pensando no es apuntalar el edificio semiderruido, sino en crear una estructura empotrada en él, que resista el desplome y sea el embrión de un nuevo modelo de sociedad. La voluntad crea un camino. Basta que la voluntad sea inflexible para que el camino lleve a objetivos graduales. Quizás en principio, no sean objetivos brillantes, de primera página de los diarios, pero cualquier pequeño éxito, cualquier mínimo avance, no lo dudéis, será una pequeña palanca que abra una brecha, por la que penetre una palanca, un punto en el que pueda empezar a actuar un piquete de demolición y una cuadrilla de constructores del orden futuro.

¿Un Frente? Si, es preciso sumar voluntades, añadir brazos, converger proyectos, tener claridad sobre los medios, los fines, los compañeros de ruta, los objetivos a alcanzar, el amigo y el enemigo: es decir, todo lo que Carl Schmidt considera "política". Pues de política se trata. Un Frente para hacer política, no para negar el valor de la política, ni para buscar otras vías alternativas, irreales por inexistentes y limitadas en tanto que niegan el binomio política-economía. Para actuar sobre el sistema o bien se actúa sobre la política o sobre la economía. Vedado lo segundo: solo queda lo primero. La "lucha cultural" eficaz no puede realizarse sin disponer de algunos

mecanismos del poder. Un concejal encargado de cultura en una ciudad de segundo orden estará en mejores condiciones de afrontar una "lucha cultural" que el gabinete más erudito de intelectuales cortados de cualquier posibilidad de adoptar iniciativas tangibles. El intelectual no es aquel que piensa, sino el que hace del pensar una profesión. El político es alguien -o debería ser- que mejorase las condiciones de vida de las poblaciones.

Ahora bien, un "concejal de cultura" puede ser propulsado por un Frente. Una "lucha cultural" en exclusiva es colocarse frente a la política. Está claro lo que apoyamos y lo que negamos.

2. Hacer frente en lugar del frente a frente

Las fuerzas que rechazan el "pensamiento único", lo "políticamente correcto" y el "nuevo orden mundial", dispersan sus energías en lugar de lo que la lógica de la situación implicaría: concentrarlas.

Un caso típico es la Falange. Otro, los ambientes católicos. Finalmente, los ecologistas, traducen de nuevo esa capacidad de desviar los esfuerzos en una permanente guerra civil interior, de carácter fraccional.

La Falange, tradicionalmente dividida en multitud de tendencias sin relación unas con otras y frecuentemente enemistadas hasta el encono fratricida, cifra su éxito en un irrealizable proceso de convergencia y unidad entre sus partes. Lo que nunca, ni siquiera en condiciones favorables se ha conseguido, podrá conseguirse en el futuro. La unidad de la Falange solo podría hacerse en función de un programa, de una revisión ideológica de envergadura, sin apriorismos ni tabúes; la unidad de la Falange solo podría conseguirse forjando una nueva clase política dirigente capaz de 1) hacer limpieza en lo que queda de partido, deshaciéndose de los elementos inválidos para la acción política, de los sectarios incapaces de mantener relaciones sostenidas con gentes que vienen de otras tendencias políticas, implantando la cultura del diálogo interior; 2) asimilando las orientaciones ideológicas, políticas y estratégicas que surgieran de un congreso

digno de tal nombre, culminación de un debate interno, que redefiniera la línea del partido y la clarificada; implantando la cultura del análisis y la coherencia políticas.

Presumiblemente los esfuerzos para marchar en esa dirección y lo problemático de la misma, son tales que surgen las dudas razonables sobre si Falange alcanzará alguna vez su unidad y si lo hará por extinción de tendencias más que por unificación de las mismas, y, finalmente, si la resultante estará algún día en condiciones de afrontar un combate político real.

Hubo un tiempo en el que cabría preguntarse si las siglas FE tenían el prestigio suficiente como para agrupar tras de sí y movilizar las fuerzas del recuerdo. A estas alturas resulta evidente que las siglas FE ya no dicen nada a las nuevas generaciones y han perdido todo interés para las que le preceden. Si hubiera sido de otra forma, la mera aparición del yugo y de las flechas en las papeletas electorales ya habría suscitado un voto no militante. Y lo que se ha obtenido es un voto marginal.

En cuanto a los grupos católicos, su situación es similar. Las distintas familias en las que se agrupa el catolicismo militante, son hasta tal punto diversas y enfrentadas por cuestiones de matiz que para ellos son de principio que, a tenor de la influencia del catolicismo tradicionalista en el seno de la sociedad española -apenas un 2%- vale la pena preguntarse si vale la pena concentrar y desperdiciar esfuerzos en una tarea aparentemente tan vana como imposible de lograr que el tradicionalismo católico asuma una postura política, algo que, por lo demás, ni siquiera Blas Piñar consiguió en su momento. Habría que añadir también que las fijaciones del catolicismo tradicionalista -trilogía aborto, divorcio, contraceptivos- no suscita eco en el electorado y, como máximo supone un lastre en un programa político que quiera ser ágil, capaz de atraer a masas disidentes del sistema e incluso de forjar una ética y una moral que contraste con la actual.

Podría hablarse de otros grupos de opinión de los que ideológicamente no estamos excesivamente alejados y en los que

se produce la misma fragmentación interior que en falange o en el catolicismo integrista. Los ecologistas fundamentalmente permanecen divididos en capillas dependientes de unos u otros partidos (PC/IU, ERC en Cataluña) su autonomía política es limitada y su ausencia de ideología -aquí y en Alemania- concreta y estable hace que sus formaciones oscilen según el viento de los acontecimientos cotidianos. La mezquindad de algunas de sus iniciativas, el utopismo de otras, la obsesión por el medio ambiente que desconoce que la resolución del problema no vendrá por un sistema que ha hecho de su destrucción un medio de su propio desarrollo, el permanente enfrentamiento entre sus camarillas, todo eso hace imposible que el ecologismo pueda alcanzar un lugar estable y prolongado en la vida política española y que en países donde ha logrado hacerse un hueco (Italia, Alemania, Francia) tarde o temprano desaparezca en beneficio de las opciones políticas habituales.

Falange, catolicismo y ecologismo son tres tendencias que muestran un mismo mal: la polémica y el conflicto interno imposibilita cualquier irrupción hacia el exterior. Y sin embargo, en su conjunto y aisladamente, estas tres tendencias engloban puntos interesantes de su acervo doctrinal y, también, en ellas se encuentran elementos dispuestos a afrontar un combate contra el "nuevo orden mundial".

- Algunos falangistas, por su pasado y por su proyecto revolucionario frustrado del cual nunca han terminado por establecer una estrategia realista, a poco que abandonen sus estériles querellas intestinas.

- Algunos católicos, por que pueden aportar una tradición y por que sus ideales chocan de pleno con las ideas dominantes en el mundo moderno, a poco que abandonen su rigidez doctrinal y el rechazo a colaborar con fuerzas no confesionales.

- Finalmente, algunos ecologistas, por su seguimiento crítico de la modernidad, por su temática implícitamente anticapitalista, pueden aportar savia nueva a condición de asumir valores que vayan más allá de los estrictamente ecologistas.

Hay, por supuesto, otras muchas fuerzas políticas y sociales capaces de interesar a una estrategia de Frente Amplio. Baste ahora decir que es fundamental para todos reconocer al enemigo principal y concentrar contra él todas las baterías en lugar de desgastarse en una permanente batalla interior. Y a eso le llamamos "hacer Frente".

Aquí y, por extensión en todo Occidente, hay un solo enemigo: los partidos que aceptan acríticamente y con fidelidad perruna el "nuevo orden mundial", las opciones que contribuyen a mantener el pie con su colaboración y su aquiescencia, las columnas sobre las que se asienta el sistema mundial y su delegación en Europa, los partidos que defienden opciones de confrontación micronacionalista y de secesión. Ese es el enemigo. En España tiene unas siglas: CiU, PNV, PP, PSOE... Resulta absurdo desde el punto de vista de una oposición real al sistema entablar confrontación con otras fuerzas que no sea contra esta "banda de los cuatro", no solo por economía del discurso político, sino también por que es bueno que sean torpedeados desde cualquier óptica y no solo desde la nuestra.

- Los tiempos del "combate anticomunista" ya han pasado y no volverán.

- Los tiempos de la "tercera posición" quedan lejos.

- Hoy solo existe el "pensamiento único" y la "disidencia".

Y quien disiente es nuestro amigo porque combate contra los mismos poderes que nosotros aunque quizás desde una óptica diferente.

3. Imagen del frente e imagen contrahecha

Cero más cero es igual a cero. Concebir un Frente a partir de las organizaciones existentes en la actualidad en las "fuerzas nacionales", es una suma de impotencias. Ni FEJONS, ni DN, ni AUN, en las actuales circunstancias, tienen fuerza suficiente como para liderar un Frente Nacional. Mucho menos si se recurre a organizaciones menores: FEi, AE, etc.

Sin embargo está claro que no existe federación sin federador, ni frente sin núcleo impulsor. Es imposible concebir el Frente Nacional sin pensar que alguna de las organizaciones mencionadas -no existen otras- pueda constituir el núcleo central del proyecto.

Desde el punto de vista de la eficacia política es importante no confundir el proceso de unidad falangista con el proceso de creación de un Frente Nacional. Los falangistas deben comprender que, a estas alturas, su unidad es altamente improbable y no interesa más que a ellos. Desde fuera del ámbito falangista, a nadie se le oculta lo problemático de los llamamientos a la unidad y la fragmentación actual del movimiento. Cuando a mediados de los años ochenta se consolidó, mal que bien, la unidad falangista al acceder Diego Márquez a la dirección del partido, se alcanzó una aspiración histórica que el propio Diego había enarbolado en sus 30 años de actividad política; conseguida la unidad había que preguntarse ¿y ahora qué? Ahora la suma de impotencias ya se había conseguido: ahora ya no podía hacerse nada más... El "congreso ideológico" ni siquiera fue capaz de distinguir entre ideología y programa y, lo que surgió, se mostró incapaz de recuperar los amplios sectores desmovilizados tras la autodisolución de FN y el fracaso/estafa de Juntas Españolas.

Hoy ya no puede perderse ni un momento en semejantes discusiones que solo atañen a los falangistas.

- Confundir la "unidad falangista" con la formación de un "frente nacional", superponer un proceso a otro, constituye una caricatura frentista.

- Limitar las posibilidades de un Frente Nacional a lo que han sido hasta ahora las "fuerzas nacionales" supone una autolimitación incapacitante.

El tránsito hacia un Frente Nacional es un largo camino en el curso del cual hay que forjarse los instrumentos de trabajo.

La formalización de un Frente Nacional es un hecho que se concreta en una etapa muy posterior a su elección como estrategia política por parte de un núcleo central.

Su proceso de constitución sufre distintas etapas:

- 1) Intención explícita por parte de los sectores que constituirán el núcleo central. Elaboración de los documentos políticos y estratégicos que guiarán su actividad.

- 2) Período de construcción de los instrumentos políticos de ese Frente, e intensificación de la actividad de las partes.

- 3) Constitución formal del Frente Nacional.

Y este es un proceso relativamente largo en el tiempo. Es imposible quemar etapas: la mera sigla "frente nacional" no supone que ese frente exista en la práctica. Ya lo vimos con Fuerza Nueva reconvertida en esa sigla que no era sino la décima parte de lo que antes había constituido el partido piñarista, sin ninguna aportación nueva en ningún sentido: ni ideológicamente, ni programáticamente, ni estratégicamente...

La palabra FRENTE define justamente el objetivo a alcanzar y los medios a emplear. Más adelante intentaremos definir los instrumentos, los medios y los fines. Baste decir ahora que la adición de las partes que hoy subsisten de las "fuerzas nacionales" no sería sino un Frente Nacional contrahecho e impotente. Una vez más 0 + 0.

4. Programa máximo y programa mínimo

Establecemos aquí un principio de cuya comprensión depende la comprensión de la línea que proponemos. Vamos a ser claros: queremos una revolución nacional que para triunfar y expandirse tiene que tener una dimensión continental. Esa revolución nacional debe preparar el post-liberalismo en todos los terrenos: debe sustituir las categorías culturales burguesas por otras que primen la cualidad sobre la cantidad, el espíritu sobre la materia, la metafísica sobre la física, la unidad sobre la dualidad... debe sustituir la economía liberal por una economía mixta en la que el elemento determinante de la riqueza de un país lo constituya su fuerza de trabajo, su tecnología y capacidad de investigación en lugar del capital de las mafias que operan en él;

debe sustituir el sistema de partidos por un sistema de representación directa, de carácter orgánico y funcional... No estamos hablando de un reajuste en el seno del sistema, una adaptación o una reforma: estamos hablando de una revolución. Creemos sinceramente que no hay nada de la civilización y de la cultura burguesa que merezca ser mantenido, conservado o rescatado. Estamos persuadidos de que esa civilización burguesa camina hacia su autodestrucción y nos congratularíamos con ver estrangular al último intelectual burgués con las tripas del último intelectual progresista. Así de simple y así de radical.

No creemos que sea un problema de definiciones: aceptaríamos gustosos la palabra revolucionario (por que queremos derribar el orden establecido), pero también la palabra reaccionario (por que reaccionamos contra el caos hecho política cotidiana), y también podríamos aceptar gustosos el término conservador (a condición de definir exactamente que el contenido de la palabra pues creemos que no hay nada nuevo bajo el sol y que el paradigma de las fórmulas del futuro se encuentran en el glorioso pasado de la cultura clásica).

Pero hasta aquí estamos solamente al nivel de las bellas declaraciones que no tienen nada que ver con la política cotidiana. Pues el párrafo anterior no deja de ser una declaración imposible de llevarse a la práctica. No seamos ingenuos: una cosa es el estado actual de nuestro sector político y otro el objetivo final que hemos definido. La distancia es la que separa el 0 del infinito. Así pues, ¿para qué preocuparnos más por un objetivo hoy inalcanzable? ¿Para qué perder tiempo en discutir sobre aquello que está fuera de nuestras posibilidades?

En el otro extremo se encuentra la perspectiva más alejada de nuestro objetivo político final: imaginemos una sociedad como la descrita por Orwell en 1984 o por Huxley o por Wells, un infierno totalitario dominado por una tecnocracia sin principios. O imaginemos también un "estado" en el que la ausencia de Estado nos situaría cerca del horror anarquista. Un mundo ingrátido, sin principios, sin leyes, sin categorías, sin niveles,

sin estructuras, sin ética ni moral, sin tradición... sin historia; verdadera mezcla del ideal liberal americano y de la utopía anarquista europea: el peor de los mundos posible comparado al que hemos definido en nuestro proyecto político. Es otra versión del cero y el infinito.

Podemos sacar algunas conclusiones de este planteamiento: si imaginamos una escalera en la que el peldaño superior esté ocupado por lo que hemos definido como nuestro objetivo político final y el inferior por el cuadro que hemos descrito como sociedad ultraliberal, resulta evidente que hoy nos encontramos en un escalón intermedio separado unos cuantos escalones del nivel más bajo y otros tantos del más alto. Al definir cada uno de estos escalones lo que estaremos definiendo son situaciones políticas nuevas, diferentes esencialmente de la actual: descender un peldaño, por ejemplo, supondría que el proyecto independentista catalán y vasco se consolidara; descender otro peldaño sería ver consolidarse una sociedad multicultural y poliétnica; descender un peldaño más, sería el desmantelamiento del proyecto de la Unión Europea y el renacimiento del riesgo de confrontación franco-alemana en Europa, aparte del encadenamiento de las pequeñas naciones europeas al imperio del dólar.

Y a la inversa: un escalón superior al de la democracia formal que vivimos hoy, sería ir restando espacios de poder a los partidos políticos, fortalecer el poder municipal, consolidar la autoridad del Estado por encima de los partidos, reconstruir la sociedad civil, transferir áreas de poder hoy ocupadas por los partidos a la sociedad civil, reconstruir un embrión de Estado orgánico y comunitario... fases diversas que una vez alcanzadas se utilizan para mejorar las posiciones propias, debilitar al contrario y preparar la siguiente fase de ascenso.

Lo que os estamos proponiendo lo podéis llamar "reformismo radical" o "concepción gradualista del proceso revolucionario".

Los principios de esta concepción son:

- Tener conciencia en cada momento del lugar ocupado en la escalera del poder. Esto permite:

- Definir en cada momento un objetivo concreto, una estrategia específicas y unas tácticas adaptadas a cada instante.

- Definir en cada peldaño automáticamente la política de alianzas y la visión exacta de quien es el amigo y quien el enemigo.

- Responder automáticamente a las situaciones nuevas en función de que los factores que impliquen subir o bajar un peldaño en la escala.

Esto tiene una serie de desembocaduras prácticas: la primera es abolir la antítesis entre programa mínimo y programa máximo. No existe programa máximo en la medida en que no vale la pena preocuparse por definir algo que es irrealizable en esa fase del proyecto político. El programa máximo, en la fase en que nos encontramos, solo puede definirse a nivel de principios ideológicos, no de medidas concretas. Estamos todos de acuerdo en que una de las últimas fases de nuestro proyecto político consiste en desmontar las estructuras capitalistas: cómo se hará eso es algo que hoy no vale la pena discutir. Si se nacionalizará el crédito, si se abolirán las sociedades anónimas, si el gravamen sobre el capital especulativo alcanzará tal o cual índice, todo eso es hoy una discusión absurda y carente de sentido práctico: por una sencilla razón de proximidad: nos queda lejos. Por tanto: renunciamos a un programa máximo; pero no a tener clara nuestra perspectiva ideológica final.

Sin embargo, el programa mínimo si tiene importancia y debe ser reducible a unos pocos puntos, machaconamente repetidos hasta la saciedad, fácilmente comprensibles por todos, capaz de suscitar entusiasmo e interés por parte de un sector de la población, en la medida en que encarna sus intereses y aspiraciones. En otras palabras: el programa mínimo supone el máximo alcanzable en cada fase, esto es, en cada peldaño. Para una tarea frentista no puede ni debe olvidarse la imagen práctica de la escalera que, además, entra

dentro de lo que es propiamente nuestra visión del mundo: un mundo con grados, con niveles, con jerarquías, con verticalidad; parecemos haber sido impregnados por la mentalidad demoliberal, promiscua, para la que no existe otra dimensión que la horizontalidad indiferenciada. Es hora de empezar a ver las cosas desde otro punto de vista, con otra lógica.

5. El enemigo son los otros

No existe posibilidad de abordar un proyecto como el que proponemos si no experimentamos antes un cambio de mentalidad y una transmutación en nuestra forma de ver las cosas.

Antes hemos aludido a la "banda los cuatro" (PNV, CiU, PP y PSOE) como columnas sobre las que se asienta el sistema político español. Cometeríamos un error si viéramos en la composición de esta "banda" un todo monolítico y sin fisuras. No solamente las tienen cada una de sus patas entre ellas, sino en su mismo interior bulle el descontento, la inestabilidad y la fragmentación. Y otro tanto ocurre con el sistema mundial: se comporta generalmente como un todo unitario, pero no es más que una conjunto de agregados frecuentemente en lucha unos con otros. La sabiduría de cualquier conducción política consiste en identificar las contradicciones que existen en el interior de estos bloques y procurar que se agudicen más y más.

No hay que olvidar que periódicamente estos partidos segregan excrecencias (PADE), que cada vez con más frecuencia secciones provinciales de los partidos mayoritarios se configuran como opciones autónomas e independientes sin otra disciplina ni lealtad que sí mismos. Que dentro de partidos mayoritarios se forman corrientes regionales, nacionales o incluso locales, que, de persistir son irradiadas.

Por otra parte, no hay que perder de vista que, aquí y allí aparecen fenómenos de cualquierismo político tal como se llamó en Italia o poujadismo como se conoció en la Francia de los años 50. Se trata de sectores de la burguesía que finalmente experimentan la

sensación de que el sistema mundial también los machaca a ellos. Ellos que tienen mucho que perder y que frecuentemente lo pierden: son los Ruiz Mateos, los Gil... cuyos proyectos políticos estrafalarios crean expectación en torno a él y, frecuentemente son incluso capaces de obtener éxitos puntuales que luego, su incapacidad para traducir en un contexto de política más amplio, dilapida. Al confundir lo personal con lo global, estos partidos tienen un techo marcado por la relevancia social y el interés que despierta su líder. Más allá de lo estrafalario de un Gil o de un Ruiz Mateos, el hecho es que han sido respaldados por el electorado. Y esto demuestra que existe un sector del electorado que antes votó a un partido mayoritario o permaneció en la abstención y que bruscamente se ha sentido huérfano y ha entregado su voto a un "líder", sin preocuparse de lo grotesco del mismo. Si aparecieran más líderes de este estilo, la banda de los cuatro se vería más y más debilitada: luego, se trata de aliados circunstanciales.

Además existe toda una variedad de partidos regionalistas, no nacionalistas, segregados por la derecha del PP. Estos partidos están presentes en Alava, en Navarra, en Baleares, en Valencia, en Asturias, en Santander, etc. Son, por una parte, un signo de los tiempos: tiempos de fragmentación y de ausencia de soluciones globales, tiempos de líderes locales de relativa relevancia. La falta de alternativas políticas obliga al electorado a aceptar cualquier otra vía que evite entregar el voto a los partidos mayoritarios: se prefiere un partido local, "de los que son como nosotros", como si la proximidad fuera un determinante político. Estos partidos como los anteriores no cuestionan nada, no critican los aspectos esenciales del sistema político, se limitan simplemente a pedir máximos para su ciudad o su comunidad, recogen el voto de los descontentos. Son, sin embargo, factores de fragmentación y debilitamiento de las opciones mayoritarias. ¿Por qué no existen en Francia? Por que allí la protesta y el descontento van a parar al Frente Nacional.

También existen partidos de nuevo cuño y, sobre todo, sectores sociales que no pueden aceptar la marcha de los acontecimientos

políticos. Son los sectores lingüísticos que defienden el castellano allí donde las lenguas locales lo sofocan, son sectores juveniles surgidos de la emulación tardía de los métodos y principios de la contestación de los 60 (el Partido Humanista, por ejemplo), son sectores obreros asustados por la progresiva riada de mano de obra inmigrante que vende su fuerza de trabajo por un precio de remate.

Finalmente, existen también sectores culturales hartos de la mediocridad del pensamiento único dominante y que desean ardientemente crear nuevos espacios de discusión y cuestionamiento. El mundo de la cultura es uno de los que más se resienten de la contradicción entre la realidad del mundo moderno y los principios con los que se gestiona y es el que, antes o después, va a reaccionar. No está claro que la reacción sea la correcta: frecuentemente el intelectual tiene tendencia a llegar a las últimas consecuencias del pensamiento dominante, en lugar de contestarlo. Por sus palabras los conoceréis, pero una cosa debe quedar clara: un Frente Nacional no está interesado en una "batalla cultural", ni puede estarlo, está interesado en apoyar a "sus" intelectuales y en que un frente cultural desarrolle una actividad cada vez más amplia, pero su batalla no es cultural; puede integrar la cultura pero ni es el frente más importante, ni el único, ni siquiera el decisivo y, desde luego, no puede liderarla.

¿Qué pasa con Izquierda Unida? IU es como una serpiente de dos cabezas (una anfisbena mítica): de un lado un grupo que se considera integrante de una izquierda tópica, tradicional, anticapitalista, cuya única salida estratégica es la "unión de la izquierda" con el PSOE, cuyos mitos y temas favoritos muestran la podredumbre y la miseria intelectual de la izquierda. Junto a ese conjunto de tópicos existe un partido que recoge una parte del voto de protesta. Difícilmente IU va a superar los resultados ya obtenidos, más bien, ha entrado en la vía de una larga agonía política que le deparará reducción en su techo electoral, fugas hacia el PSOE, desmovilizaciones, escisiones locales, y finalmente, desbarajuste en el período postanguitista. ¿Hemos de recordar que el

principal aporte electoral del lepenismo ha sido las masas que hasta finales de los años 80 votaban al Partido Comunista de Francia? Con todo esto está clara nuestra posición respecto a IU: Olvidemos el fantasma del comunismo, cada vez está más descarnado y diluido, ya no es una bandera política ni una excusa para la movilización. Veamos en IU una organización en crisis que se opone al nuevo orden mundial y en cuyo interior actúan fuerzas de todo tipo: ni es el enemigo principal, ni el secundario, ni siquiera es una enemigo, o no hay que tomarlo como tal. Evidentemente, ante una campaña en favor de la repatriación de los inmigrantes ilegales, IU estará en contra: su dirección, pero no la totalidad de sus bases, ni mucho menos su electorado. IU es -como el PCF- presa de la mitología humanitaria propia de la izquierda tradicional. Los hemos visto en las manifestaciones por la paz en Yugoslavia, permanecer indecisos ante la consigna "OTAN NO" e incapaces de suscitar entusiasmo con los tímidos "Milosevic No". IU, como la izquierda tradicional, está en crisis: no se trata de enfrentarnos, sino de aprovechar su crisis.

6. Un frente es un frente cuando tiene un núcleo de hierro

¿Podemos considerar muy alejado trabajar con grupos políticos como los definidos hasta aquí? Sí, mientras permanezcamos presos de las concepciones que nos han llevado hasta la esterilidad política. Hemos mencionado distintos sectores políticos. Algunos son más importantes que nosotros, otros están a nuestro mismo nivel, otros son simplemente siglas de alcance local, algunos son solo siglas que pueden "lucir bonito" en el cartel que lleve a un Frente Nacional. Vender una idea política es como vender una camisa: hacen falta distintas tallas. En un Frente Nacional hacen falta distintas tallas políticas para que cada ciudadano elector encuentre la medida con la que sintoniza. Pero esas distintas tallas deben estar estructuradas en torno a un núcleo de hierro.

El principio de todo Frente es que no existe sin ese núcleo vertebrador.

No existe núcleo vertebrador sin ideología, ni objetivos políticos, ni estrategia, ni táctica, ni criterio organizativo.

El principio vertebrador del Frente es que un núcleo duro que no tiene fuerza suficiente para alcanzar poder político por sí mismo, debe rodearse de otras fuerzas capaces de ser utilizadas para ampliar su radio de acción.

El símil histórico es la actitud y el papel de los PCs en los Frentes Populares. Nunca una minoría tan exigua logró rentabilizar a unas mayorías tan amplias como las representadas por los Partidos Socialistas.

Hemos hablado de partidos regionalistas, de disidentes del PP, de movimientos sociales, etc. Con solo consolidar una estructura geográfica constituida por entre 100 y 150 cuadros cualificados, perfectamente formados técnica y políticamente, rodeada de 300 militantes activos, es posible abordar un proyecto de envergadura como el que proponemos. Ahora bien, el primer paso, es ese núcleo de hierro.

Eso implica:

- 1) debates políticos tendentes a constituir una línea política operativa
- 2) debates estratégicos
- 3) acopiar documentación: textos, manuales,
- 4) formar equipos: político, relaciones públicas, juventud, operativo, información, etc.
- 5) dar al núcleo coherencia estructural (sentido de camaradería), implacabilidad y eficacia.

¿De qué manera podrían reconvertirse los partidos y militantes actuales en embriones del núcleo duro de un Frente Nacional?

La respuesta es tan obvia que casi resulta ocioso plantearla: convergiendo, limando asperezas, integrándose progresivamente, debatiendo en común. Utilizando las próximas convocatorias electorales para como "primarias": que aquel grupo que logre mejores resultados y muestre una mayor adecuación a la forma de hacer política actual, se convierta en la pieza esencial del núcleo

duro de un Frente Nacional. Tal es la propuesta.

¿Miedo a colaborar con otras fuerzas políticas que no pertenecen a nuestra familia? Es aquí donde podemos aplicar la teoría de los dos cántaros, el de hierro y el de barro que son transportados juntos uno al otro. Si uno de los dos cántaros resultará dañado será, obviamente, el de barro. Otro tanto ocurre en las colaboraciones entre grupos políticos de distinta entidad y familia, solo el que tenga estructuras más sólidas, obtendrá ventajas con la colaboración. Solo tienen miedo a trabajar en el interior de un Frente Nacional aquellos que se sienten inferiores, que saben limitado e incompleto su discurso político, que tienen conciencias de lo inadecuado de su ideología pero se niegan a reconocerlo para justificar su autonomía e independencia... quienes, en definitiva se niegan a hacer política y prefieren diletantismo más desde un club que desde un partido revolucionario.

Núcleo de hierro para forjar un Frente de acción política. Núcleo de hierro para adelantar posiciones, para recuperar la iniciativa política. Núcleo de hierro para rodearse de un amplio espectro de fuerzas políticas que agrupar para subir un peldaño: para pasar de una partidocracia formal a nuevos espacios de libertad, en marcha hacia una sociedad orgánica y comunitaria.

7. Un frente es tal cuando tiene espacio propio

La política diferenciada de una organización en los regímenes partidocráticos occidentales solo es posible cuando esa organización dispone de un espacio propio. Es difícil que en el centro surjan nuevas opciones políticas: allí el espacio está ocupado por dos partidos que desde mediados de los años 80 iniciaron una marcha hacia el centro político, dejando atrás sus posiciones de partida de derecha e izquierda, el PP y el PSOE. Estos dos partidos -y sus socios nacionalistas en la banda de los cuatro- constituyen esa gigantesca formación con aspiraciones de partido único, el partido de la burguesía. Tanto a la derecha como a la izquierda de este gigantesco bloque de centro se abren espacios tradicionales semidesiertos en la medida en

que las formaciones tradicionales han ido allí donde han creído que se encuentra la parte del león electoral.

La elección de un espacio político es de capital importancia por que de ella dependerá la imagen del Frente. Y este tema merece una reflexión de envergadura dadas sus implicaciones. Son varios los elementos a tener en cuenta.

Resulta evidente que existe un espacio extremadamente amplio que va del centro derecha a los confines de la extrema-derecha. El PP ha podido abandonar ese espacio y desplazarse hacia el centro en la medida en que carecía de competidores a su derecha. De otra manera jamás se habría arriesgado a ceder un porcentaje electoral a su competidor. Así pues, un Frente Nacional, si desea disponer de un espacio en solitario en el que desenvolverse a sus anchas: ese espacio está a la derecha.

Pero esta opinión, aparentemente clara y rotunda, merece alguna corrección. La devaluación de los conceptos de derecha e izquierda y su desfiguración, atenúan la rotundidad del concepto expresado antes. ¿En qué se diferencia un discurso de centro-derecha moderado de un discurso de derechas? Apenas en unos cuantos matices circunstanciales y en el énfasis puesto en algunos temas (defensa nacional, política europea, educación religiosa en las escuelas, etc.) pero ninguno esencial.

Además, en nuestra perspectiva gradualista el primer objetivo es restar poder a los partidos políticos, desdibujar sus contornos; nuestro análisis político implica una crítica a la partidocracia y, por tanto, a la derecha, al centro y a la izquierda, utilizando todo el arsenal doctrinal que va desde Ortega a José Antonio. De él deriva nuestra resistencia a utilizar el término "derecha" para situar nuestra opción política. A esto hay que añadir que algunas fuerzas con las que es posible establecer una política de Frente, difícilmente aceptarían una rotulación "de derechas".

¿Derecha? ¿Izquierda? ¿Centro? Nuestro reformismo radical tiene algo de todos ellos, es pues, y tal es la definición, una forma de transversalismo. Tal es el rótulo que debe

aparecer en nuestra propaganda y en nuestros análisis.

La cuestión es ¿existe espacio propio para el transversalismo? Un discurso político para ser comprensible debe ser simple, sencillo y comprensible. Demasiada sofisticación, demasiado eclecticismo puede ser tenido como indefinición e incomprensido por el electorado. Por lo demás, no hay que olvidar que una organización, como la que proponemos, haga lo que haga y diga lo que diga, será siempre considerado como un partido de extrema-derecha... solo quien alcanza un porcentaje electoral superior al 20% puede permitirse el lujo de que lo que dice sea aceptado como tal: es el caso de Fini y su postfascismo, lo cual no quita que Rauti y su MS-Fiamma siga siendo tenido como neofascista y ultraderechista aun cuando sus opciones transversalistas están claras.

Nuestra dificultad para definir un espacio político deriva de que el sistema utiliza una imagen geométrica "hemipléjica": el semicírculo, tomada a imagen y semejanza del parlamento. Pero la realidad social y la realidad del parlamento son sensiblemente diferentes. La perspectiva cambia si consideramos la figura de un círculo en lugar del semicírculo. Mientras que en éste hay vacío más allá de los términos de derecha e izquierda, en el círculo hay un amplio sector que une la derecha con la izquierda sin pasar por el centro convencional.

Todo esto, traducido a términos prácticos quiere decir:

- Existe un amplio hueco a la derecha del PP sin cubrir.
- Ese es el hueco que la lógica del sistema nos reserva.
- Pero esa lógica no es la nuestra (aunque nos beneficie).
- En realidad nuestra perspectiva es transversal y tal es la definición y la línea que debe recoger nuestra agitación y propaganda.
- Así pues nuestro espacio político es el que va de la derecha desierta a la izquierda postcomunista, "por detrás de la Asamblea y dando la espalda al presidente", tal como ya enunciara el grupo "Ordre Nouveau" en los

años 20. Y retener esta figura del círculo en lugar del arco parlamentario debería de constituirse en un tema fundamental de nuestra ubicación y definición política.

A poco que nos fijemos en la situación del Front National veremos que objetivamente se trata de un partido transversalista: con un electorado obrero, con propuestas políticas populistas de un lado, propias de la derecha tradicional de siempre e incrustaciones de alto calado social, solamente el esquematismo simplista de los medios de comunicación ha hecho del Front National una opción "de extrema derecha", cuando resulta evidente que es algo más que eso. Nosotros también aspiramos a ser algo más que eso.

8. Un frente es un frente cuando responde a un análisis político

Si la formación de un Frente Nacional fuera una cuestión que afectara solo a una opción política no habría que darle mucha importancia: se trataría de un mero problema de oportunidad y técnica. Recordamos la llamada "operación Roca" que dio vida al partido reformista. Todo consistía en obtener unos cuantos créditos multimillonarios sobre el que basar el lanzamiento de un partido. El problema radica en que, siendo importante, el dinero no lo es todo y ni siquiera garantiza el feliz desarrollo de una tarea política. El error del partido reformista consistió en suponer que unos políticos improvisados y mercenarios, sin historia, sin trayectoria, sin experiencia ni pasado, sin ideas ni principios, pueden seducir al electorado y convencerle de que le preste su apoyo. El partido reformista no aportaba nada al escenario político, ni su existencia respondía a un acertado análisis político, sino a una ambición de poder por parte de sus promotores: sabedores de que la mayor bolsa de electores se encuentra en el centro político, intentaron crear un partido que ocupara ese centro sin advertir que... ese espacio ya estaba ocupado, si bien no por un centro químicamente puro, si por un centro derecha y un centro izquierda que imposibilitaban cualquier la inserción del primer recién llegado.

Un Frente Nacional -como por lo demás el lanzamiento de cualquier opción política de

nuevo cuño- debe responder a un análisis político, no a un deseo voluntarista o a un ambición imperativa.

Nuestro análisis es este:

- Desde el punto de vista objetivo (el de la situación):

- la situación política española muestra una polarización extrema en dos fuerzas políticas (PSOE y PP) que para poder gobernar cómodamente el Estado precisan de una tercera fuerza, hasta ahora nacionalista. Una cuarta fuerza, hasta ahora con cierta presencia, IU, se encamina hacia su ocaso final.

- esa situación ha distorsionado el panorama político español. Gracias a las debilidades y errores de Suárez durante la transición, España pasó a ser un híbrido de Estado unitario y Estado federal, sin ser ni una cosa ni otra, una "nación compuesta por nacionalidades" según el desafortunado texto constitucional. La geometría política posterior hizo del nacionalismo una especie de enanos privilegiados en aras de la "gobernabilidad".

- en el actual momento político solo existen tres salidas una vez concluya el actual período electoral:

- 1) Mayoría absoluta del PP y gobierno en solitario: aunque las urnas cumplan esta previsión, resulta difícil pensar que podrían gobernar frente al resto del arco parlamentario.

- 2) Mayoría relativa del PP y gobierno apoyado por los nacionalistas: es la situación actual. Este ciclo está agotado en lo que se refiere a colaborar con el nacionalismo vasco y las exigencias del nacionalismo catalán hacen prácticamente imposible

- 3) Mayoría relativa del PP y coalición con el PSOE: la cuestión vasca ha precipitado una aproximación entre ambos partidos que pudiera extenderse a todo el territorio nacional como un intento de recomponer la fortaleza del Estado frente a los nacionalismos.

- salvo la primera opción, el resto son salidas contra natura, que decepcionarían al electorado del PP. La segunda opción

supondría un paso adelante en la desintegración nacional; en las otras dos, nada sustancial cambiaría.

- Desde el punto de vista subjetivo (el propio):

- Aplicando la teoría gradualista y la imagen de la escalera: se trata de ver de qué forma la actual situación política puede experimentar un cambio que mejore nuestras posiciones. Esto implica elegir enemigo principal y enemigo secundario.

- La dificultad estriba en la fragmentación política del país: está claro que en Cataluña y País Vasco, el enemigo principal es el nacionalismo; en el resto de comunidades, la situación varía extraordinariamente y, a nivel nacional, habría que definir al enemigo en función de su colaboración con el nacionalismo. Es decir, cuando fue el PSOE quien pactaba con los nacionalistas en sus últimas legislaturas, es ahora el PP... Será la "gran coalición" PP/PSOE en caso de producirse, etc.

- El objetivo es pues:
- recomponer la Unidad del Estado,
- aislar al nacionalismo periférico y
- liderar una reforma radical de la UE y de la OTAN

- La estrategia es intentar insertarnos en el parlamento con una presencia mínima que, dada la polaridad de fuerzas políticas, jugase, en un sentido u otro, un papel de fulcro de la balanza.

- La táctica es obtener un éxito político local (en elecciones europeas o en algún municipio importante) que desemboque en nuestra entrada en el Parlamento Español.

9. Un frente es un frente cuando responde a una necesidad histórica

La posibilidad de éxito de una iniciativa como la que proponemos y su prolongación en el tiempo depende de que su existencia responda a una necesidad histórica. Es decir, que sea una opción que vaya más allá de lo coyuntural. De ahí el interés en aplicar la

"doctrina de la escalera" e incidir en la concepción gradualista del proceso revolucionario.

Pero hay más. Hoy afrontamos una situación que va mucho más allá de una mera crisis funcional del sistema y tampoco -contrariamente, a lo que decíamos en el pasado- se trata de una crisis estructural: el sistema camina implacablemente y fuera de todo control, hacia su lógica final. Solamente en los últimos tiempos esta lógica ha podido evidenciarse.

Ha hecho falta que cayera el muro de Berlín y se pasara de un sistema de estabilidad basada en un duopolio imperialista, a un sistema unipolar que en diez años se ha mostrado, en cierto sentido (en política internacional y en economía) mucho más inestable, pero que en todos los demás terrenos ha actuado como si fuera una apisonadora.

Es en ese momento cuando los conceptos que ya se evidenciaban oscuramente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, han aparecido a la luz pública: "nuevo orden mundial", "fin de la historia", "pensamiento único", "lo políticamente correcto", etc. Todas estas nociones no son más que los apéndices terminales del mundo surgido en 1789 y de su lógica racionalista, humanista, economicista, burguesa, liberal y capitalista.

Hoy ese pensamiento único apenas tiene respuesta. Incluso aquellos que lo miran con desconfianza e incluso lo censuran y se revelan contra él (Anguita) son incapaces de remontarse hasta sus orígenes y condenar su lógica.

Así pues, desde el punto de vista cultural, no hay más opción que las concepciones cristalizadas en 1789, o bien una visión disidente. No existen terceras vías: Anguita en lo político y los intelectuales de izquierda son la muestra; oponiéndose a aspectos parciales del sistema, no logran huir de su racionalidad central y, antes o después, esa racionalidad se reconstruye en forma de contradicciones insuperables. No lo dudemos: desde el punto de vista cultural, estamos en condiciones de proponer una escala de valores y unos

patrones diferentes a los del "pensamiento único". Y somos los únicos.

Más aun: esa visión cultural y esa escala de valores no nos pertenecen en propiedad, no la hemos creado nosotros, ni nos tenemos por originales en nada: pertenece a nuestra herencia cultural, desde el mundo clásico greco-latino a la humanidad medieval, desde el impulso que generó las páginas más brillantes de nuestra historia hasta la reflexión que hace ahora cien años realizaron los intelectuales del 98 español. Ese pensamiento, ese "estilo", no puede perderse. Mientras exista un solo hombre civilizado que sea capaz de transmitir cultura, existirá esperanza. Pero si esa visión alternativa al pensamiento de 1789 se pierde nada podrá hacerse en el terreno de la reconstrucción política, por que ya, necesariamente, habremos adoptado la escala de valores y principios del adversario.

Esa es nuestra tarea histórica: impedir la desaparición de lo que es Cultura con mayúsculas, ser herederos legítimos y dignos de una tradición y un pasado que nació hace milenios y que hoy agoniza, reconquistar, en definitiva, para un tiempo nuevo y convulso, un estilo y una escala de valores que inspiró los períodos áureos de la civilización occidental.

¿Se puede desertar de una tarea así?

Está claro que un Frente Nacional es una alternativa política que debe buscar la eficacia sobre cualquier otra pretensión. Pero no olvidemos jamás los objetivos finales. Su lejanía actual de un lado y el hecho de que el núcleo central de un Frente sea construido por hombres y mujeres, por militantes, en definitiva, hace que a pesar de lo coyuntural de sus consignas difundidas a nivel popular, contraste con un máximo cuidado por la formación cultural, ideológica y política de los cuadros que vertebran en Frente. No solo habría que diferenciar entre agitación (difusión de ideas, pocas ideas a un público grande: electores) y propaganda (difusión de muchas ideas entre un público minoritario: militantes), sino también entre dos formas de propaganda: una intensiva y otra diluida, la primera de largo alcance y la segunda de carácter puramente operativo, adaptada a la actual coyuntura.

10. Del año cero al arranque: ¿qué hacer? y ¿qué deshacer?

¿Qué hacer?

1) iniciar un proceso de reagrupación entre partidos o fracciones de partidos que se muestren favorables a la constitución de un Frente Nacional.

2) estimular el debate fundamental:

- debate sobre programa.
- debate sobre estrategia (incluida imagen).

- debate sobre tácticas.

- definición del marco ideológico.

3) forjar instrumentos de acción:

- desarrollar los instrumentos de que disponemos en la actualidad, especialmente los informáticos.

- desarrollar y convertir en operativa una Agencia de Prensa sobre informaciones alternativas.

- estudiar la posibilidad de lanzar una revista mensual (o quincenal) con una tirada inicial de 2000 ejemplares, formato tabloide, de 32 páginas, estilo "El Militante", más cuidada desde el punto de vista gráfico.

4) establecer tiempos y definir calendarios, estableciendo un plan de lanzamiento.

5) normalizar relaciones internacionales.

6) recopilar bases de datos: medios de comunicación, antiguos militantes de partidos, personalidades susceptibles de interesarse por nuestra acción.

¿Qué deshacer?

1) ... los viejos usos y hábitos de trabajo que han llevado a la esterilidad y la inanición a nuestro ambiente político.

2) ... compromisos y lealtades con organizaciones que a lo largo de los años hayan demostrado una ineficacia y una ineptitud total para obtener el más mínimo éxito político y el avance de sus propuestas.

3) ... el cerco de silencio que nos envuelve y que no se trata de una

conspiración, sino de la consecuencia lógica de nuestro proceso de extinción política.

4) ... el amateurismo político para el que todo se hace espontáneamente y con amplias dosis de voluntarismo ingenuo.

5) ... el "protagonismo" de veteranos quemados en anteriores combates y que, incluso involuntariamente, pueden generar una imagen polémica del Frente Nacional. Es preciso dar paso a líderes y responsables nuevos.

6) Aislar a los elementos problemáticos y fraccionales y a los ambientes incapaces de comprender que un Frente es inicialmente una comunidad de organizaciones y siglas que tienen intereses comunes aunque no sean exactamente coincidentes en todos los demás puntos, pero que, desde el principio en que se acepta que viajar juntos, se acepta igualmente que es más lo que une que lo que separa.

(*) Texto de 23 de abril de 1999.

© Ernesto Milà - <http://infokrisis.blogia.com> - infokrisis@yahoo.es.

